

NO ME PROMETAS LA LUNA



Laia Andía Adroher

NO ME PROMETAS LA LUNA

Laia Andía Adroher

*Para mis abuelos, por ser mi motor para confiar en las
historias de amor.*

Sinopsis

Irene tiene 26 años y hace un año que pasó una desgracia amorosa que no se la desea a nadie pero que le hace pensar que no va a levantar cabeza nunca. No quiere saber nada del sexo opuesto e incluso teme que va a tener pánico a que la vuelvan a tocar.

Felipe es un hombre de negocios, que no pierde el tiempo y que no dedica más de 2 horas de sus pensamientos a la misma mujer, aunque sin embargo lleva días pensando en Irene, a priori solo como su próximo polvo en mente.

Sus caminos se han cruzado anteriormente, pero hasta que no coincidan en la boda de Gonzalo y Claudia no sabrán que están más cerca que lejos...

¿Va a ser capaz Irene de abrirse a él? ¿Va a conseguir él empatizar con ella?

Prólogo

Había pasado casi un año desde mi ruptura con Luis y todavía no era capaz de levantar cabeza. Pero ¿quién podía culparme? ¿Quién se repone alguna vez de encontrarse a su prometido en la cama con otra? Sí, disculparme, no me he presentado como es debido, pero mi vida es un completo desastre.

Me llamo Irene y tengo 26 años, y ahora sé que estáis pensando que no tengo edad ni para estar casada, pero cuando tienes delante el amor de tu vida te da igual el resto de la sociedad. Conocí a Luis siendo, como quien dice, una niña de 16 años cuando él tenía ya los 22 y desde entonces pareció que éramos la mejor pareja en la faz de la tierra. Vale si, quizás estoy exagerando un poco, pero sí que éramos la felicidad en persona. Nunca consideró que fuese demasiado niña para él, ni yo consideré que no encajaba en su mundo a pesar de la diferencia de edad. Siempre me trató como una princesa y además era la envidia de la mitad de la población. Luis era todo un hombre potente, un chico alto, morenito, con el pelo castaño y los ojos verdes, su cuerpo perfectamente definido y muy bien cuidado, de los que le gustaba el gimnasio, pero sin excederse demasiado y que tenía un estilo único en su vestimenta. La verdad es que nunca pasaba desapercibido y encima era listo, listo de narices, de los primeros de su promoción y que al año siguiente iba a entrar a hacer un MBA. Si juntábamos los dos mundos, teníamos muchas comparaciones odiosas. Yo aún estaba en el instituto, no sabía qué hacer con mi vida, era más bien una persona sedentaria y podía considerarme de las del montón. Pero un día el destino decidió juntar nuestros caminos y ahí estábamos los dos para aceptar el reto. Tuvimos que aguantar muchos comentarios, sobre todo de nuestras familias que no asumieron de primeras nuestra relación, a los amigos también les costó un poco encajarlo todo, pero nosotros sabíamos que podíamos con ello y más.

A los 18 me mudé a su piso, a pesar de tener que aguantar la gran pelea con mi madre y la desilusión de mi padre porque su hija pequeña abandonaba el nido, pero estaba tan profundamente enamorada que todo me daba igual. Todo nos iba bien, nos acoplábamos muy bien en la convivencia y a pesar de alguna rencilla de parejas, no discutíamos nunca. Era como estar en un sueño y encima poder fardar de ello. Poco antes de mi 25 aniversario nos fuimos a

Paris. Siempre nos gustaba celebrarlo a nuestra manera por anticipado para poder desconectar en algún rincón del mundo y ese año con mayor valor porque era mi cuarto de siglo y por cuestiones de trabajo él no iba a estar presente, así que el regalo era más que bienvenido. Y ahí fue, cuando arriba de la Tour Eiffel y sin yo esperarme nada, me lo encontré arrodillado con una caja en la mano. Creo que me paralicé al momento, que mi cara se puso blanca al instante. Sí, claro que me había imaginado que nos casaríamos y que pasaríamos la eternidad el uno junto al otro, pero acababa de finalizar mi máster, estaba buscando un trabajo más allá de mis prácticas, y pensaba que todavía quedaba tiempo para ese gran paso. Pero chicas, no os confundáis, cuando tienes al hombre de tus sueños arrodillado ante ti y pronunciando la frase mágica de “¿Quieres casarte conmigo?” tus neuronas no tienen tiempo de producir lo necesario y te tiras a la piscina sin pensarlo. Evidentemente dije que sí, y esa fue la noche más mágica de nuestra historia.

Pero cuando te dicen que no se pueden celebrar los cumpleaños antes, creerme, es totalmente cierto; siempre tienen que traer problemas, y el mío no tardó en llegar. Su cumpleaños llegaba poco después del mío y como sus 30 no pudimos celebrarlos como Dios manda en privacidad, ya que los 30 es una fecha para celebrarlo a lo grande, decidí que le prepararía yo misma una sorpresa. Además, iba a ser el primer cumpleaños como prometidos, y el último seguramente puesto que el año siguiente ya seríamos marido y mujer. ¡Oh Dios mío! Que bien sonaban esas palabras en mi cabeza. Pues ale, si poco me gustaban las sorpresas, esa fue la que colmó el vaso.

Yo estaba pasando el fin de semana con mis amigas en Madrid y el vuelo de vuelta era el lunes, pero como buena novia soy, lo adelanté para llegar el domingo a última hora y poder felicitarlo en persona a las 00:00. Y ahí estaba yo, saliendo del aeropuerto, cogiendo un taxi para cumplir con el timing que me había impuesto. Y entonces sucedió.... Entré flechada hasta la habitación, y me paré en seco en cuanto abrí la puerta. Si alguien se lo ha preguntado alguna vez, ¿qué se siente cuando te encuentras a tu pareja, novio, prometido, amante, marido o lo que sea en plena faena con alguien que no eres tú? La verdad es que no sabría ni que contestar. No sabría decir la cara que puse, lo que llegué a sentir ni todo lo que me pasó por la mente en ese momento. Creo que me quedé bloqueada, que ni me salieron las lágrimas. No pude ni cerrar la puerta, ni salir corriendo, en fin, no pude ni reaccionar. No es que él reaccionará mucho, porque tan solo pude oír un “Mierda” de su boca y recolocarse en la cama. Tampoco tuve tiempo de fijarme en ella y la verdad es que era lo que

menos me preocupaba en ese momento.

Cuando Luis se levantó de la cama y se dirigió hacia mí, quise matarlo, por mi mente pasaron muchas formas de torturarlo, pero antes de que llegara a mí, cerré la puerta de un portazo y me marché. Intentó ponerse en contacto conmigo durante dos meses, cada día insistía en llamadas, mensajes e incluso lo intentó con alguna de mis amigas, pero mi reacción me sorprendió a mí misma, porque no flaqueé en ningún momento. Bueno, claro, no flaqueé en ningún momento que él supiera, porque llevaba prácticamente un año llorando por las noches, teniendo pesadillas, sin salir de fiesta, sin conocer a nadie... llevaba hundida en la miseria casi un año. Vale, sí, lo reconozco, dramática podría ser perfectamente mi segundo nombre, pero es que mi vida era un drama y un DRAMA, en mayúsculas, por supuesto. Incluso tardé meses en sacarme el anillo de compromiso de la mano.

Mis amigas lo intentaron todo durante los 10 primeros meses, hasta me inscribieron en una página de citas, pero no quería conocer a nadie más. Que no os engañen, un clavo no saca otro clavo y menos cuando tienes el corazón roto en un millón de pedacitos pequeños, eso no se recompone. No se recompone ¡nunca! Habían intentado sacarme a bailar, salir de fiesta, regalarme un viaje, al que evidentemente no fui, pero no se dieron cuenta de lo realmente jodida que estaba hasta que me regalaron una caja de 1000 Palotes y a la semana seguía intacta. Sí, lo sé, es penoso, pero si la gente es adicta al chocolate, al helado o al alcohol cuando está deprimida, ¿por qué no puedo serlo yo a los Palotes de fresa? No le hago daño a nadie y me hago feliz a mí misma, porque son deliciosos y no me importa decir que son mi pequeña droga.

—Esto es muy serio, Claudia enserio tienes que venir para aquí ya —oí como le decía Sandra por teléfono.

Y después del sermón que me dieron, tuve que prometer que ahí empezaba mi nueva vida.

Capítulo 1

Sabía que era un día súper importante para ella y sabía que tenía que estar ahí, ya me había escondido bastante durante todos los preparativos y ellas habían evitado hablar conmigo del tema porque era evidente que la palabra: Boda, no entraba en mi diccionario personal y que incluso hacía que volviera a recaer en mi depresión. Pero no podía fallarle a Claudia por muy en la miseria que estuviera yo. Era un primer paso si quería seguir adelante y afrontarme realmente a cosas que me aterraban, como lo era el matrimonio. Me hacía recordar cuando les conté que me había prometido y ellas me decían que era muy joven para ello, pero la ilusión que les hizo fue descomunal. Sin embargo, yo me sentía culpable porque cuando ella se prometió no tuvo el mismo apoyo por mi parte, de hecho, me lo ocultaron bastante tiempo y casi se me solapó la noticia con la boda, porque la despedida de soltera evidentemente me la salté.

Y ahí estaba yo, en mi habitación del piso compartido con Sandra, ya que Claudia se mudó hacía cosa de ocho meses, poniéndome un vestido que ni siquiera había elegido yo misma.

—Irene por el amor de dios estas espectacular, ¡haz el favor de sonreír! — me increpa Sandra cuando me ve mirándome al espejo de nuestro vestidor.

Sí, correcto, en cuanto Claudia decidió abandonarnos, porque para mí fue un abandono, decidimos que nuestros sueldos serían suficientes para pagar el alquiler y convertimos su dormitorio en un espectacular vestidor al más estilo de Sexo en Nueva York. Y ¿quién no ha soñado nunca con un vestidor como ese? Para mí fue un gran entretenimiento montarlo y me ayudo a estar semanas entretenida con ello, ya que Claudia se mudó poco después de mi ruptura a pesar de que no hacía tanto que viviéramos juntas. Tan sólo 3 meses quizás, pero tampoco podía retenerlas de por vida. Hubiera podido irme a vivir sola, pero vivir con Sandra está muy bien, y así al menos tengo compañía en mis días de bajón, que son prácticamente todos los de mi existencia.

Le hago un mojin por su comentario y me dirijo al baño para poder seguir con la preparación. La verdad es que el vestido es de un rojo pasión, con un escote de palabra de honor, sin mangas que se ciñe hasta la cintura para luego caer en un poco de vuelo. En definitiva, un vestido como el que toda princesa

quiere lucir, así que al menos habían pensado un poco en mí durante su elección y les debía como mínimo disfrutar de la fiesta.

Sandra hacía un par de años que salía con José, un amigo de Gonzalo, el futuro marido de Claudia, por lo que fue fácil pedir que nos pusieron a ambas en la mesa de solteras y así José estaría con sus amigos. Todos ellos conocían mi historia, por lo que no les pareció mala idea y aceptaron colaborar lo máximo posible. Incluso Claudia los amenazó en que, si oía un mínimo comentario durante la celebración, les cortarían las pelotas, y creedme, era muy capaz de ello.

Claudia y Sandra son mis dos mejores amigas, aunque sean 3 años mayores que yo, nos conocemos desde prácticamente mi nacimiento. Nos conocimos en el pueblo ya de muy pequeñas y nos hicimos amigas incluso gateando, a parte como las tres éramos de Barcelona, fue fácil mantener una relación más duradera que los veranos. A pesar de no ir al mismo instituto, de no tener las mismas aficiones en cuanto a actividades extraescolares o de tomar carreras distintas en la universidad, nada de ello hizo que nos separáramos, o que dejáramos de tener nuestros domingos de bravas y cervezas o nuestros días de pádel, que significaba que ellas tenían partidos y yo me animaba a la cena de después. Nuestras parejas tampoco nos habían separado nunca, siempre habían apoyado nuestros planes, y aunque a veces si que intentábamos quedar todos juntos, seguíamos teniendo nuestros momentos de intimidad. Hoy en día es complicado poder tener amigas así, el trabajo acaba absorbiéndote tanto que no tienes tiempo ni para un café. O vas tan ajetreada que las quedadas con los tuyos se van retrasando cada vez más, por eso quizás hasta es bueno poder compartir piso con ellas. En nuestro caso diré que es bastante diferente, puesto que Sandra y yo somos nuestras propias jefas y Claudia trabaja en la clínica familiar, que es lo mismo que tener el horario que le plazca siempre. Así que tengo mucha suerte de tener amigas así y para mí son como una parte de mi familia.

—¿Lista? —me pregunta Sandra sacando la cabeza por la puerta del baño.

—Creo que nunca estaré lista para algo como esto.

—No seas tonta, naciste lista para todo —me dice tendiéndome la mano para salir cuanto antes.

¿Por qué se empeñan siempre en intentar que todo parezca fácil? Para mi nada lo es, y aunque no sea yo la que se casa, parece como si estuviera dando un paso definitivo en mi boda, un paso aterrador a mi parecer. Temo no estar suficientemente preparada para dejar de pensar esta noche. Llevo un par de

semanas sin derramar ni una lágrima, creo que esto ya es un progreso en mi recuperación, incluso he barajado la posibilidad de asistir a un psicólogo para que me ayude a mejorar mi estado de ánimo, pero aún no me siento preparada del todo para hablar de ello con un desconocido, lo tengo anotado en mi agenda con un post-it que voy desplazando en cuanto pasan las semanas.

José nos espera abajo, nos acompañará a la iglesia y a partir de ahí se separará de Sandra hasta el final de la ceremonia, o mejor dicho, hasta que empiece la fiesta post-cena; está ha sido la condición que le ha impuesto Sandra. A mi parecer un poco drástica, José me cae bien, nos conocimos antes que toda mi catástrofe y ha ido detrás de ella desde siempre, pero le costó un poco conquistarla. Sandra siempre ha sido la más dura de las tres con los hombres y le hizo sufrir lo suyo antes de admitir que estaba locamente enamorada, pero se les ve muy bien juntos y las veces que hemos coincidido los tres siempre han mantenido las distancias con respeto, así que tampoco me hubiera molestado que hubieran estado juntos en la boda, al fin y al cabo, Claudia no se va a deshacer de su marido esta noche, así que hubiese sido lo mismo. Pero al menos así podré tener compañía, ese es el lado bueno, el lado malo será que no me dejarán retirarme pronto.

La iglesia está decorada de manera muy bonita, sé que Claudia es la reina de los detalles, y si no me ha pedido ayuda con la organización no ha sido sólo por todo lo que me hubiera dolido, sino porque yo no le presto tanta importancia a las flores y ella es una apasionada con eso. Su ramo sé que es perfecto, lo fuimos a recoger ayer y creo que no he visto un ramo más bonito en la vida. Ha pedido que se hiciera con flores disecadas y tengo el presentimiento de que nos lo va a regalar a nosotras para tenerlo en el piso, ya que no tiene hermanas ni primas, y a su madre le van a regalar uno de rosas también espectacular. Pero en cuanto a la iglesia, han puesto un arco de flores en la entrada, dónde muchos de los invitados ya están haciendo cola para hacerse una foto. De hecho, hay incluso un fotógrafo que te la hace y te la imprime al momento a modo de recuerdo. Creo que esa parte me la voy a saltar, viendo que la mayoría de la gente que espera son parejas.

Entramos rápido dentro, sé que me tengo que sentar en la tercera fila, es como la primera fila donde ya no hay familia, y Claudia lleva más de una semana recordándonos : “tercera fila y a la derecha”, es decir que la zona de la derecha es donde nos vamos a sentar todas esas personas que venimos de la parte de la novia. ¡Qué estupidez! ¿Y si alguien es amigo de los dos? ¿Qué va a hacer entonces? ¿O si una pareja como Sandra y José quisiera sentarse

juntos? ¿Tendrían que elegir? Eso me parecería muy mal por su parte, porque entonces alguno de los novios se podría sentir ofendido si no se sientan en su lado. De todas maneras, en esta boda a mí no me afecta, así que me dirijo hacia mi lugar, mientras Sandra y José se despiden como si fueran a tardar en verse, y de hecho sólo les va a separar un pasillo y una fila, José está sentado una fila más atrás, porque Gonzalo sí que tiene algún primo y un hermano.

Las flores de las puntas son de un rosa pálido; no hay muchas pero suficientes para dar ambiente de ceremonia, y los lazos que las juntan son de tela color blanco roto. En ellas van bordadas las iniciales GC y estoy segura que es obra de su abuela, le encantan estas cosas y si hay alguien más emocionada con esta boda que Claudia, esa es sin duda su abuela. La señora María Carmen ha soñado toda la vida con ver casar a su única nieta, y después del cáncer que tuvo hará dos años creo que este es el mayor regalo que le podrían haber dado. Por lo que me han contado, ha estado implicada en todo el proceso y le ha ayudado mucho en todos los preparativos, creo que ha sido una ayuda mutua, porque a ella también le ha venido muy bien para estar entretenida y feliz, pero sobre todo esto segundo. Así que estoy segura que entre la abuela y la nieta harán que esta ceremonia sea de lo más emotiva.

Una vez sentadas vemos entrar al novio con su madre, y realmente Gonzalo está muy guapo. Ya lo habíamos visto en traje antes, y es que seamos sinceras, un hombre con traje gana muchos puntos, pero hoy desprende una sonrisa especial que le hace que le brille la cara, y no sólo lo pienso yo, porque Sandra interviene de inmediato:

—¡Joder! ¿Has visto a Gonzalo? Tal y como esta, me levantaba yo misma para casarme con él —prácticamente me lo susurra, y estoy segura que no es por el taco que ha dicho en una iglesia, sino por pensar que es incorrecto querer tirarse al novio el día de su boda.

Pero Gonzalo siempre nos ha resultado muy atractivo, aunque muy estilo nuestra amiga Claudia y nunca lo hemos añadido a nuestro listado de chicos follables. Apreciamos mucho nuestra amistad, pero no tenemos por qué esconder que nos parece un hombre de los pies a la cabeza.

—Sí que esta guapo sí —le digo con toda mi calma. La verdad es que ya he desviado la atención del novio, creo que si me centro en la gente que va entrando y comento los modelitos que llevan o lo mal pintadas que van algunas, dejaré de pensar donde estoy y dejaré de estar soñando con la copa de alcohol que necesito en estos momentos.

—¿No estarás pensando en salir por esa puerta no? —me pregunta Sandra

siguiendo mi mirada, que efectivamente está mirando la puerta de entrada.

—No, solo estoy concentrándome en criticar a los asistentes, a tener la mente en otro lado.

—Muy bien, pues hagámoslo juntas, me encanta criticar —me anima ella.

Si algo se nos da muy bien a las mujeres es criticar, y solo falta que se junten dos apasionadas del tema para poder crear la peor revista de la prensa rosa. Nos pasamos los siguiente 30 minutos criticando a todo el mundo, y cuando digo criticar es porque las cosas que encontramos positivas nos las saltamos, eso ya sabemos que lo ve todo el mundo, y si se alardea de lo bueno, nuestra función pierde su gracia. Tengo que reconocer que los minutos se me han pasado bastante rápido, pero tenemos que hacer un parón en cuanto nos avisan que la novia está en la entrada y hay que ponerse en pie para recibirla.

Está espectacular. Ya me habían descrito el vestido, pero verlo puesto en ella es otra historia. Hasta se me cae una lágrima por la mejilla y ya no sé si es por la boda en sí, por los recuerdos de lo que hubiera sido la mía con Luis, de lo guapa que está o de pensar que nos hacemos mayores y este es un paso que lo confirma todavía más. Quizás sea un cúmulo de sentimientos, pero me siento emocionada y creo que no podía estar en otro sitio ahora mismo. Sandra creo que siente lo mismo que yo, aunque le cuesta más exteriorizar sus sentimientos. Digamos que es un poco más bruta y más dura que yo, pero sé que me entiende porque me coge la mano y me la agarra fuerte mientras me susurra: “está preciosa, y a nosotras ya nos llegará”. Por lo visto hoy va a darme una de cal y otra de arena, me va a intentar animar mientras me recuerda dónde estoy, pero se lo acepto porque hoy estoy dispuesta a aceptar muchas cosas, hoy me prometí que cumpliría con mi parte y que a partir de hoy tendría que empezar mi nueva vida. Siendo honesta, esto llevo diciéndolo casi cada día durante el último mes, pero ¡qué diablos! Algún día será verdad.

Una vez Claudia ha llegado frente a Gonzalo, y la mirada que se han dado ha dejado más amor en la sala que el que pueda existir en todo el planeta, el cura decide que es buen momento para empezar la ceremonia. Y aunque para mí podrían ir directamente al: “ya puedes besar a la novia”, por lo visto, tiene que haber una misa de más de una hora, que se va a hacer eterna, así que mejor será que me acomode en el asiento e intente evadir mis pensamientos.

Capítulo 2

Qué poco me gustan las bodas y qué poco me apetece tener que estar en la misa y sobre todo que poco me apetece estar en tercera fila, demasiado cerca como para distraerme con el móvil y poder escaquearme en cualquier momento. Claro que la ocasión lo merece, ¡mi primo pequeño se casa! No puedo entender como alguien ha decidido aguantarlo para siempre. Es como mi mejor amigo, sólo nos llevamos dos años de edad por lo que la mayoría de cosas se las he enseñado yo, pero pensaba también que le había enseñado a ligar, pero por supuesto no contaba con esto, le había enseñado a disfrutar de las mujeres, a divertirse como nunca, no a enamorarse a la primera. Pero no me opondré cuando el cura diga la típica frase de: si alguien tiene algo que decir que lo diga ahora o calle para siempre. O quizás eso solo lo digan en las películas. De todas maneras, me han hecho prometer que no mencionaré nada ni haré ningún discurso que lo pueda dejar en evidencia. Y eso haré. De hecho, Claudia me cae bien, no hemos coincidido mucho últimamente porque al parecer se han acabado los planes de parejas con amigos el último año, que es cuando mi primo me prometió presentarme a las amigas cuando ya estuviera prometido y Claudia no pudiera echarse atrás; esto es lo que se fía de mí. No sé qué historia me contó Gonzalo sobre que una amiga de Claudia lo está pasando fatal por culpa de un imbécil y han preferido guardar un poco de distancia por respecto. Imbécil ella pienso yo, por enamorarse como una idiota. Seguro que el tío sólo buscaba diversión y ella pensaba en su cuento de hadas, en su historia de princesa, que típico y que pringada, si es que todas creen en que los cuentos de Disney son reales, no saben lo equivocadas que están. Que no se compliquen tanto, las queremos para estar en la cama y divertirnos, y además ellas también se lo pasan bien. Entonces que dejen de complicarse la vida y de proporcionarnos más problemas de los necesarios. Pero tampoco quiero juzgar mucho, que no presté mucha atención a la historia.

Otra de las cosas que no entiendo en las bodas es ¿Por qué tiene que llegar la novia más tarde? Tendrían que entrar a la vez y a poder ser rapidito porque la gente no asiste a una boda para observar la ceremonia y lo mucho que dicen quererse los novios. Siendo sinceros, la gente asiste a la boda por el convite y la fiesta. Pero claro, a las mujeres les gusta demasiado ser las protagonistas,

cualquier ocasión es buena para ser el centro de atención, y el día de tu boda no puede ser menos. Yo creo que lo hacen por esto, para que todo el mundo las tenga que observar y, no jodamos, en todas las bodas los novios son los protagonistas, no hace falta forzar la situación. Pero no, ellas no tienen suficiente con ser la protagonista al lado de su marido, sino que necesitan su minuto de gloria y tiene que ser ese, cuando todo el mundo está sentado y la esperan, esperan su entrada triunfal para poder examinar con atención su vestido, que seguro que la mitad de la sala criticaran con gusto, y poder acaparar todas las miradas necesarias antes de compartir protagonismo.

Pero eso ya pasó, y ya debemos estar en mitad de la ceremonia, al menos creo, porque no estoy prestando ni la más mínima atención. Aprovecho para mirar el lado de la novia a ver si hay alguna chica aprovechable, no conozco mucho a sus amigas, siempre me han dicho que tienen pareja o Gonzalo ha preferido que me mantuviera alejado de ellas. No confía en mí, eso ya lo sé, pero sobre todo quería mantenerme alejado porque sabe lo capullo que puedo llegar a ser y quería evitar a toda costa tener una bronca con Claudia por mi culpa.

Pero llegados a este punto, ¿qué más da? Que le eche la bronca a la borrachera porque no voy a ser el único que no pille esta noche y me parece que alguna de las estiradas del otro bando le va a venir bien un buen meneo. Aunque pensándolo bien, he venido acompañado, por obligación casi, y la chica que me han engatusado no está nada mal, pero me gusta el riesgo y esto es demasiado fácil. Será mi última opción, por mucho que la veo muy predispuesta. Soy así de cabrón y lo fácil todos sabemos que aburre. Además, ella iba a asistir igualmente, pero le daba apuro venir sola, así que prácticamente le estoy haciendo un favor, me pidió si podíamos ir juntos, delante de toda mi familia evidentemente, porque Marga es amiga de la familia, y yo le dije que estaría encantado, aunque espero que mi cara no mostrará tanto entusiasmo como la palabra “encantado” pueda transmitir. En definitiva, cuando accedí a acompañarla, no tenía por qué significar nada más, simplemente a que no estaría sola.

Por el otro lado, esta todo bastante complicado, la gran mayoría parece que están acompañadas, aunque por la cara de alguna no sabría decir hasta qué punto están mal folladas. Y un momento... esa de ahí ¿no es Irene Castro? Lo reconozco, hasta para mi es sorprendente acordarme del nombre completo de una mujer y más si ni siquiera me la he follado, pero no olvidaría nunca una mujer como ella. He asistido a todos los eventos de la empresa desde que sé

que ella misma los organiza y está presente durante todo el transcurso de ellos, pero intenté ponerle fichas un par de veces y la primera tan sólo me contesto enseñándome su anillo de compromiso y la segunda me dio un sermón sobre si no entendía que estaba trabajando sin ni siquiera mirarme a la cara, y me puso más cachondo que en toda mi vida. Casi tuve que ir al baño del recinto para pajearme yo sólo de lo dura que la tenía, aunque por suerte conseguí calmar a la bestia cuando mi secretaria se acercó para comentarme no sé qué absurdez.

Sin embargo, no veo ningún hombre a su lado y parece más bien tan aburrida como yo de estar aquí. Esta sentada en tercera fila también por lo que deduzco que debe de ser alguien importante para Claudia o de la familia. La segunda opción queda descartada porque sé que no tiene hermanas ni primas. Así que es amiga y de las importantes si está sentada ahí, aunque dudo, porque si fuera el caso, Gonzalo es más cabrón que yo. No puedes tener una amiga como esa y no fardar de ello, tendría que estar todo el día enseñándonos sus fotos, ya que tiene el puto Instagram cerrado; sí, lo reconozco, intenté cotillearla en su momento.

Creo que me he quedado demasiado embobado, porque cuando voy a volver mi vista a la ceremonia, mi mirada se cruza con la del novio, quien me avisa de que ni se me ocurra. Que bien me conoce mi primo, sabe perfectamente lo que estoy pensando y en el fondo sabe que le voy a hacer el favor de su vida esta noche a esta señorita. Eso por supuesto será una medalla que colgarme a mí, y por lo mandona que la he visto yo trabajando seguro que será algo muy interesante que vivir. Espero que sea al menos en su habitación y yo me pueda marchar dejándole una nota comentando lo borracho que estaba, que lo lamento mucho pero que sólo estaba en la ciudad por el acontecimiento y ya no volveré a aparecer a ningún acto. Muy sencillo, la verdad es que tengo entretenimiento para todo lo que queda de la misa, aunque tengo que anotar varias cosas en mi mente como preguntar quién es, qué importancia tiene para Claudia o por qué narices me la han escondido tanto tiempo. No es que tuvieran que mencionarme su existencia por azar, pero Gonzalo sí que sabía que yo la había visto, ¡joder! Es la mujer más espectacular que he tenido cerca y se lo comenté prácticamente al día siguiente del evento en el que coincidimos por primera vez. Incluso le dije que había sufrido amor a primera vista de lo impactado que me había dejado esa belleza, hubiera podido comentarme al menos que él la conocía. Aunque por otro lado si no lo hizo fue porque sabría qué había después. Hace seis meses que la vi por primera vez, y desde entonces he coincidido con ella 5 veces, pocas al decir verdad, y no le

he guardado tampoco el luto, pero soy muy cabezota, y cuando quiero algo me empleo a fondo hasta conseguirlo, por lo que hoy voy a conseguir ese polvo que lleva seis meses esperándome. Más vale que me ponga a maquinari un plan de inmediato.

Capítulo 3

Estoy sentada en una mesa con mi quinta copa en la mano; sí, parezco una aburrida, pero me matan los tacones que me han hecho poner y no me apetece para nada salir a bailar por mucho que intentan animarme. Estoy tratando de poner mi mejor cara, porque les debo al menos esto, pero saben perfectamente que es el último lugar donde me apetece estar, aunque haya pasado casi un año, para mi sigue siendo todo demasiado reciente.

—Pensaba que todo en las bodas era felicidad —me interrumpe alguien por la espalda.

Me giro con la mejor de mis sonrisas falsas, si algo no se cansan de decirme mis amigas es que me falta simpatía. Vamos lo que viene a ser la borde del grupo, pero yo prefiero pensar que no regalo mi simpatía a cualquiera, mi cara siempre me delata. Pero de verdad que hago el esfuerzo esta vez porque noto como Sandra me está mirando desde la otra esquina y no me apetece un sermón ahora mismo.

—¿Nos conocemos? —me atrevo a preguntar después de examinar al tipo como unos dos minutos.

Yo a este chico lo he visto en algún lado, aunque me sorprende no acordarme porque es un hombre muy pero que muy atractivo y el traje le queda espectacular. Debe medir un poco más de metro noventa, castaño claro, ojos verdosos y un torso que aparenta muy musculado. Lleva un traje azul oscuro con una camisa blanca y los dos primeros botones desabrochados por lo que intuyo que ya se ha sacado la corbata o la pajarita. Sigo pensando que lo conozco de algo, pero no consigo hacer memoria. ¡Maldito alcohol! Si no tuviera tanto en vena quizás me venían los recuerdos. O quizás le estoy idealizando debido a que las copas se me han subido demasiado rápido, seguro que en el fondo no está para tanto.

—No tengo el honor, pero podemos conocernos —me dice sin más con una sonrisa que me permite observar su bonita dentadura. No es que me importe mucho, pero es algo en lo que siempre me he fijado, unos dientes perfectos, bien alineados, blancos y que se vean en su totalidad cuando se curvan los labios siempre son un plus.

“Debo intentar ser simpática”, me recuerdo a mi misma. Pero es que no me

apetece ningún tipo de conversación ahora mismo y menos con un desconocido, y menos con un chico atractivo, y menos con alguien que ha decidido que es mejor opción venir a verme que estar con los demás y menos.... O sea ¿no dice que ha venido a divertirse? pues que lo haga sin mí y deje a los demás divertirnos a nuestra manera. Quizás esta es mi manera de pasarlo bien y él no tendría por qué saberlo; pero podría ser, y entonces estaría interrumpiendo mi diversión. No sé porque no se ha planteado esta parte y ha decidido por sí mismo que yo no me lo estaba pasando bien, así sin más. No entiendo la gente que quiere meterse en la vida de los demás, esta gente que viene a molestar o a invadir la paz que respiro. ¿Quién le dice que no me lo estoy pasando bien a mi manera? ¿Por qué tiene que pensar que no me estoy divirtiendo? Quizás tengo una enfermedad o algo parecido que me hace estar aquí sentada con una copa en la mano, o quizás me duelen mucho los pies porque ya lo he dado todo o quizás.... rebusco mis opciones de excusas posibles para ver con cual convencerlo de que me deje con mi más preciosa compañía, mi quinto “sex on the beach”, que es el único que me entiende ahora mismo. Entonces decido coger el móvil y simular algo improvisado. Tengo algún whatsapp en la pantalla así que puede funcionar.

—Lo siento, me acaban de pedir que le busque unos detalles a la novia para que su madre se los pueda llevar a casa. —me invento haciendo ademán de levantarme.

—Puedo ayudarte si me lo permites —¿enserio? Vale, admito que no soy muy buena poniendo excusas, tampoco me gusta mentir, porque siempre lo digo todo con la cara, siempre digo todo lo que pienso y quizás por eso soy menos simpática de lo que debería en ocasiones, pero por una vez podría salirme bien.

—Mmmm.. no creo que le haga mucha ilusión que veas esas cosas —me apresuro a comentar, a ver si con un poco de suerte pilla la indirecta y me deja marcharme. También intento poner cara de pilla como si se tratará de alguna cosa íntima, aunque espero que Claudia siga llevando bragas, y no tenga que llevárselas su madre ni nada por el estilo.

Por suerte, el universo no esta tan enfadado conmigo y algo mucho mejor que eso me ayuda a librarme del susodicho. El novio aparece, más borracho que una cuba, que ya me ha dejado claro que lo de la noche de bodas es un mito. Nadie llega lo suficientemente cuerdo como para que sea la noche de tu vida, y viendo a Gonzalo estoy segura que no le va ni a funcionar esta noche. Pero a mí me salva la vida, lo coge del brazo y se lo lleva comentando que le

va a presentar no sé quién ni me importa. Estoy segura que ni se ha dado cuenta que era yo la que estaba con él, porque si no al menos hubiera dicho algo, seguro que algún comentario gracioso de los que me suelta últimamente. Siempre que me ve hablando con un chico aprovecha para tirarme cualquier pullita, se cree que me hace gracia, pero me pone de los nervios. Así que una vez que me he quedado sola de nuevo, me muevo para la terraza a ver si con un poco de suerte me despejo un poco.

Pero ese poco se desvanece muy rápido en cuanto Sandra aparece por detrás y me pega un susto de la ostia.

—¿Quién era ese...? mmm... cómo definirlo.... mmmm.... bueno con el que estabas hablando? —creo que o se ha quedado sin palabras al verlo o va más borracha de lo que está permitido.

—No tengo ni idea, pero tampoco me apetece averiguarlo —le suelto, y sueno con menos energía de la que realmente tengo y es complicado porque debo tener ya menos 100.

—Va Irene, no seas aguafiestas... ¡Estás en una boda y hace por lo menos un año que no follas! Yo creo que vuelves a ser virgen —prácticamente lo chilla, tanto que tengo que mirar por si hay alguien al rededor y mi cara debe de ser todo un poema porque añade —vale eso no ha tenido gracia, pero sólo quiero que te follen un poco.

—Por partes, no puedes volver a ser virgen por arte de magia y después, no necesito que nadie me folle. Ni siquiera me gusta follar —¿de verdad que tengo que estar manteniendo esta conversación ahora? Solo me apetecía beber un poco y abstenerme del mundo, hace más de un año que no salgo y por una vez que lo hago lo que menos me importa es el sexo opuesto.

—No puede ser verdad lo que acabas de decir —y su cara me delata lo flipando que está ahora mismo

—Pues sí, no creo que nunca haya disfrutado realmente en la cama. Claro que lo hacía y a menudo, pero siempre pensaba en otras cosas o en que acabara cuanto antes. —claro que no es verdad, o no del todo, ya ni siquiera me acuerdo de mis encuentros sexuales, sólo lo he hecho con un hombre, al que ya no quiero mencionar y estoy intentando borrar todos los recuerdos con él, por lo que eso también incluye el sexo, así que, si he conseguido olvidar esta parte, es que no debía ser muy buena. Pero bueno que lo único que intento es que me dejen tranquila, no creo que sea tan difícil —y tu ¿no tienes a tu futuro maridito por aquí?... ves a ver si lo disfrutas.

—Irene recuerda que prometiste ser simpática toda la noche, aun no la

hemos terminado... te dejo 10 minutos para que reflexiones, pero después te quiero a mi lado dándolo todo en la pista de baile —y parece más una advertencia que un recordatorio.

Sé que en el fondo lo hacen por mí, porque no hay nadie que se preocupe tanto como ellas y me encantaría dejar de ser una carga, pero solo me estoy adaptando, he tardado un año en volver a salir de fiesta, quizás necesite otro para ser simpática y otro para entablar conversación con un chico. Ya estoy intentando dar pasos, pero que respeten un poco mi tiempo. Sé que voy lenta, pero siempre cumplo mis promesas y prometí que iba a haber un antes y un después cuando acabó su charla “definitiva”, así es como la llamarón, y lo voy a cumplir, pero lo voy a cumplir con mis tiempos. Entonces veo que se marcha dejando un beso en mi mejilla para demostrarme que no lo dice de mala gana, sino porque quiere verme feliz.

Definitivamente tengo que salir del hoyo, tengo que sacar fuerzas de donde sea, y no lo hago solo por ellas, o por mi familia que también está sufriendo mucho con todo esto, sino lo hago en gran parte para demostrarme a mí misma que no me hundiré en la miseria por un hombre. Es una promesa que siempre he querido tener presente, que no vale la pena perder tu esencia por nadie, pero claro que cuando pensaba esto no me imaginaba lo que iba a ser mi vida.

Pero entonces decido que ya es hora de hacer un punto y aparte y vuelvo hacia dentro para pedirme mi sexto “sex on the beach”, coger un par de palotes del súper ramo de “Palotes, para que no dejes tu vicio e irradies felicidad esta noche” de los que me ha dejado Claudia en la mesa, me saco los tacones y cojo unas chancletas de la cesta de la entrada y me dirijo hacia la pista.

Capítulo 4

¿De verdad que no se acuerda de mí? Creo que Gonzalo me ha presentado ya como a tres parejas desde que me separó del polvo de mi vida y yo sigo anclado en que ni siquiera se acuerda de mí. No me lo puedo creer. Todas las mujeres se acuerdan de mí, incluso sueñan conmigo y soy el responsable de muchas de sus fantasías, sexuales a poder ser. Quizás ha disimulado muy bien o le gusta hacerse la interesante... o tal vez hay una mínima posibilidad de que ya le hayan advertido sobre mí.

—Deja de darle vueltas, no sabe ni quién eres —interrumpe mis pensamientos mi primo.

—¿Cómo es posible? —no hace falta que le pregunte como sabe en lo que estoy pensando porque nos conocemos demasiado bien, pero si realmente es cierto que no sabe quién soy, él debe saber los motivos.

—Porque no todas las mujeres, por extraño que te lo parezca, se emboban contigo, y Irene no es de esas —tiene razón en que es extraño que no haya fantaseado conmigo, pero ¿qué quiere decir con “de esas”?

—¿De esas? —si alguien puede resolver mis dudas, es él.

—Bueno es la mejor amiga de Claudia así que...

—¿La mejor amiga? ¿Y cuándo pensabas decirme tu esto? —me atrevo a interrumpirlo, o sea, ¿qué amigo esconde esto? —Hace 6 meses que te hablé de ella y ¿no has mencionado este detalle? La mejor amiga de tu mujer es la mujer más guapa que he visto jamás y ¿no te has dignado a presentármela! —vale si, grito un poco, el alcohol no ayuda, pero esto es indignante.

—Felipe, vamos a dejarlo allí, Irene es la chica que te comenté, así que por favor mantén las distancias —me lo dice mientras ya se ha largado.

¿La chica que me comentó? ¿Irene es la que lo está pasando mal por un imbécil? Ahora creo que ya no me resulta tan claro que la idiota sea ella. Claro que quizás sí que fue ella quien se enamoró, pero si yo la tengo en mi cama, no sé si la dejaría salir, aunque por ahora voy a dejar ese tema de un lado, creo que necesito enterarme bien de la historia antes de dar el siguiente paso. Esto concordaría bastante con el hecho de que ya no llevará ese anillo que me pegó en la cara en nuestro primer encuentro y que sea tan reacia a mi presencia. Pero quiero pensar que, si Gonzalo no le ha hablado de mí, puede

que Claudia tampoco, y quizás tengo una ventaja con eso.

Vuelvo a mirar en la terraza, pero ni rastro de ella. Entonces la veo en medio de la pista de baile, con Sandra, esa sí que sé quién es porque coincidimos el día de la entrega de invitaciones, pero no es ella la importante. Irene tiene otra copa en la mano, y si mis cálculos no fallan debe llevar ya unas 8, ¿cuánto aguante tiene esta mujer? No es que tenga físico para ello, es más bien menudita y bastante más delgada de lo que debería, porque, a decir verdad, la veo más delgada de la primera vez que la vi, pero ese vestido que lleva me está matando. Por lo que yo pienso, debe ir más borracha que cualquier mujer de las presentes, aunque lo disimule muy bien. Eso debería ser un punto a favor por si me acerco, pero también me gustaría que fuera muy consciente de todo lo que le quiero hacer esta noche. El rojo le queda espectacular, y llevar la parte de arriba tan arrapada me permite tener una imaginación desbordada sobre lo que podría observar sin él.

Se mueve al ritmo de la música y no sabría con cuál de todos los movimientos quedarme, me apasiona como mueve el culo y parece que incluso tenga una sonrisa en la cara, una sincera, no como la que me ha echado a mí hará un rato cuando la fui a saludar. Deja la copa en una de las mesas y cuando va a pedir otra es Claudia quien la interrumpe y le dice que no más, a cambio le da un par de Palotes. Sí, habéis leído bien, Palotes a una chica que debe tener unos 29 años, que es la edad de Claudia. Pero ya me había fijado en eso cuando vi un ramo de Palotes en su mesa, así que decido guardarme ese detalle por si lo necesito más adelante.

Como ya no tiene las manos ocupadas, me dirijo a la pista de baile a ver si la podemos sacar a bailar, que era lo que intenté hacer hace como una hora, pero esta vez tampoco tengo suerte porque se me adelantan. Fran la coge de la cintura y le da la vuelta para bailar juntos. Fran es amigo de Gonzalo, con José y Pedro, podríamos decir que son los cuatro mosqueteros. Han estado juntos desde del instituto, por lo que los conozco bien a todos, pero Fran es el más pardillo de todos. De los que dirías que será virgen hasta los 40, pero que en realidad tiene más éxito del permitido. Evidentemente, no tiene más éxito que yo, pero sí que suele ser de los que más ha triunfado entre nosotros. Por eso quizás me molesta todavía más que sea él quien este bailando con ella ahora mismo.

Ella no parece molesta del todo, podría afirmar que se conocen o quiero pensar eso, porque con lo borde que ha sido conmigo y la mirada que me ha echado, estaría bien que tratará igual al resto de desconocidos.

—Fran hace meses que lo intenta —me sobresalta José

—¿El qué? —le pregunto mientras me giro y me doy cuenta de que viene con Sandra, pero esta está pidiendo en la barra y es ajena a la conversación.

—Irene —y no dice nada más porque Sandra le interrumpe

—¿Qué dices de Irene? —y por su tono me temó a que ha tocado un tema tabú, o que ha incumplido alguna de las estúpidas reglas de las mujeres que le va a dejar sin sexo esta noche.

—Nada cielo, vayámonos a bailar —le dice cogiendo su teléfono móvil.

Mientras se marchan veo como ella le está dando un sermón y me doy cuenta de que el tema debe de ser más delicado del esperado si nadie puede hablar sobre ello. Y acto seguido tengo la confirmación que necesitaba en mi móvil.

José: Tema tabú.

Agarro a Claudia de la mano, ofreciendo que como mínimo me va a conceder un baile. Nunca he sido exactamente de su devoción, y eso que no me he entrometido con nadie que conozca bien, pero sé que piensa que soy una mala influencia para su marido, y eso que nunca me opondría, porque repito, me cae bien.

—¿No has encontrado presa para esta noche? —me pregunta sin tapujos mientras bailamos pegados el uno al otro.

—La verdad es que si, pero creo que voy a necesitar tu ayuda —si la pregunta ha sido de lo más sincera, ¿por qué no puede ser la respuesta así también?

—Sorpréndeme. ¿Blanca? ¿Patricia? ¿Amada? ¿Clara? —no logro saber si las dice todas a la vez o va haciendo pausas para ver si contesto.

Blanca y Patricia son amigas tuyas de la universidad, de cuando nos conocimos todos, y creo que a Blanca ya me la tiré en su momento, tampoco estoy muy seguro de ello ahora mismo, las fiestas de la universidad eran más bien borrosas. Y Amanda y Clara son compañeras del hospital de Claudia, y tengo que admitir que Clara es una mujer muy atractiva, pero pierde la gracia en cuanto entablas conversación con ella.

—Ninguna de ellas, tengo que renovar el repertorio —le digo mientras se aparta un poco para mirarme bien la cara. Creo que tanto ella como yo, sabe que no hay muchas más mujeres solteras en esta fiesta.

—Sandra tiene pareja, Felipe por favor compórtate —me advierte porque sabe que la última vez que coincidí con Sandra le comenté que porque escondía tanto a sus amigas atractivas.

—Creo que te estas dejando a alguien... —le digo, y puedo ver en su rostro como se está poniendo nerviosa, y no sabría decir si por la falta de información o el exceso.

—Ni se te ocurra —sentencia

—¿Por qué no me la has presentado?

—Irene no es para ti y ni se te ocurra joderle la noche, hoy no. —me lo dice tan seria que incluso me daría miedo si fuera mi madre, pero me quedaré con la parte de hoy no, esa parece más interesante.

—¿Te están molestando amor? —aparece Gonzalo con su tono de gracioso.

—No que va —y hace una especie de risa falsa —voy a irme con las chicas un rato, mantén a tu primo controlado, haz el favor —ni que fuera un crío de cinco años al que hay que vigilar.

Me quedo un rato charlando con Gonzalo y Pedro y mucho más tranquilo des de que las chicas han rescatado a Irene de las garras de Fran y parece incluso mucho más relajada. José se nos une poco después y nos comenta que va a acompañar a Sandra y a Irene a casa y que luego supone que se quedara con Sandra un rato. Quiero ofrecerme a acompañarla yo, pero cuando me pongo recto para dar un paso Gonzalo me aprieta el brazo seguido de una mirada asesina que me deja claro que no debo dar ni un paso más y como le prometí que me comportaría esta noche, obedezco. Pero me apunto mentalmente hacerle prometer que me recompensará este polvo en alguna ocasión, ya me las apañare para que haga lo que debe para hacernos coincidir.

Capítulo 5

Me tumbo en la cama, prometiéndole a Sandra que me encuentro bien y que puede dejarme sola e irse a disfrutar lo que le queda de noche con José. Ya les he jodido bastante la noche como para que sigan preocupándose por mí, a este paso las parejas de mis amigas me van a odiar de por vida y tampoco me entusiasmaba esa idea. Así que en cuanto se ha ido, me echo en la cama, me pongo un poco de música y me permito el lujo de descansar. Y de verdad que lo hago, creo que todas esas copas de más que me he tomado ayudan mucho en esta ocasión. Aunque me puedo sentir muy orgullosa, porque a pesar de que hacía casi un año que no me tomaba una copa, creía que me iban a perjudicar mucho más, pero tampoco me atrevo a decir que si no hice ninguna estupidez era por mi súper control o el control de mis amigas.

Reviso mi teléfono antes de poner la alarma, mañana quiero organizarme la semana. Vienen unos meses muy fuertes en mi trabajo y soy como un poco maniática a la organización.

Fran: Buenas noches cenicienta, un placer volver a verte.

Creo que Fran ha intentado ligar conmigo en alguna ocasión, digo que creo porque siempre ha sido muy atento conmigo y cuando rompí con Luis se mostró más cariñoso de lo normal. Por suerte cortamos las quedadas en grupo poco después, así que hacía unos 8 meses que no coincidíamos, pero el rato en la pista de baile ha estado bien. Bien. Nada más, porque yo no estoy interesada en nada con el sexo opuesto, de hecho, creo que hasta me da repelús solo con pensarlo. Pero, por otro lado, el desconocido sí que me había dejado un poco traspuesta, sobre todo porque parecía muy cercano a todos ellos y nunca lo había visto antes. Creedme, si hubierais visto un hombre así, no se os olvidaría jamás. Por esa razón se me hacía complicado pensar que ya habíamos coincidido antes, pero también es cierto que veo a mucha gente, demasiada, distinta cada semana y es imposible que me acuerde de todo el mundo.

Pero no le quiero dar muchas vueltas al asunto o, siendo sincera, mi cabeza no me permite dárselas, me pide a gritos que me ponga a dormir y por primera vez en mucho tiempo decido hacerle caso.

Me levanto relativamente pronto para la hora que me fui a dormir, pero

sorprendentemente no tengo ni resaca ni sueño y creo que hasta me siento bien, bien de contenta, de feliz y eso es bueno, realmente muy bueno, porque hace exactamente 297 días que no me notaba así. Sé que Sandra no ha pasado la noche en casa, así que tengo el piso para mí, y que respiraré paz durante las próximas 9 horas, antes de que me atormente para decidir la cena y podamos debatir lo que nos espera esta semana.

Me hago un café doble, a pesar de estar despierta y con ganas, necesito mi dosis de cafeína en vena para ponerme a trabajar. Poca gente trabaja los domingos, pero a mí me permite confiar un poco más en mi propósito de hacer las cosas bien, de poder empezar de cero. Llegados a este punto, volveré a haceros un inciso de mi vida. Estudié Publicidad y Relaciones públicas, muy en contra de lo que quería mi madre, que esta carrera le sabía a poco, pero estuve sopesando muchas opciones y finalmente me decanté por ella por las salidas que pudiera tener vinculadas al mundo de los eventos. Luego realicé un máster en organización de eventos y comunicación e hice una especialización en organización de bodas, aunque este tema lo tengo claramente abandonado. Cuando finalicé mi máster, había realizado prácticas en una de las mejores empresas de comunicación de la ciudad, pero yo buscaba algo más que contentar a mis clientes y después de sopesarlo mucho, Luis me animó a crear mi propia empresa.

Fue un duro comienzo, los jóvenes emprendedores no somos muy bien vistos actualmente, y yo tan sólo tenía 24 años y mi experiencia era más bien escasa. Pero la pasión que tenía por ese mundo y lo organizada que podía llegar a ser, fueron más que suficientes para abrirme un camino. Bueno, mentira, la ayuda de Luis fue lo que impulso mi proyecto CastEvents. Los primeros clientes fueron contactos suyos, alguno lo conservo todavía, porque para mí el trabajo es trabajo, y tampoco están directamente conectados con él, son solo conocidos de las familias, por lo que no tendría que sacarlos de mi lista de clientes. Y luego fue prácticamente el boca a boca, que es lo que en realidad funciona. Puedes hacer mucha publicidad, utilizar al máximo tus redes sociales o todo lo que quieras, pero al final, el que hablen bien de ti es lo que realmente cuenta. Tampoco es que tenga muchos clientes; trabajo sola, aunque a veces cojo alguna Freelance para que me ayude si es un evento muy grande o si me coinciden varios en un mismo día, a veces incluso Sandra me ha ayudado con alguno, pero, aunque sean pocos me va muy bien. Y abarco lo que puedo como para no ir desbordada, me tomo mi trabajo muy en serio y si quiero que todo salga bien y salga según lo planeado tengo que estar centrada

en eso, así que de momento no pienso en crecer. El último cliente que acepté fue una consultoría que organiza aproximadamente un acto al mes, cosas sencillas pero que requieren una gran cantidad de detalles y luego unas tres galas al año, la de navidad, unos premios en abril y la gala de verano. Y en eso estoy ahora, en la gala de verano, aunque antes hay otro evento sencillo de por medio que casi tengo controlado.

Enciendo el ordenador para revisar unos e-mails y todas las facturas que se me juntan a final de mes. Esa es la peor parte de ser autónoma, la cantidad de tramites que hay que controlar y tener en cuenta a la hora de cerrar los proyectos, pero si ese es el peso más grande para poder ser feliz, firmaré donde sea más que encantada.

La tarde pasa muy tranquila, vivimos en un dúplex en Pedralbes, por lo que es una zona bastante tranquila, de lo que más me gusta, y solo tenemos unos vecinos en la planta de abajo, un matrimonio mayor que no da muchos problemas y que la mayoría de fines de semana se van al pueblo a descansar, aunque yo juraría que lo de descansar es una excusa, ya están los dos jubilados y descansan a todas horas.

De repente pican al timbre y me parece raro, no espero a nadie, es domingo por la tarde, y poca gente sabe que vivimos aquí. Pero me apresuro a abrir la puerta.

—Me deje las llaves en casa ayer, no me culpes —me dice Sandra poniendo cara de niña buena. Lleva todavía el vestido de la boda, por lo que deduzco que la noche para ella acaba de terminar y que realmente fue bien. Aunque bien no sé dónde acabó, porque a pesar de sus esfuerzos por prometerme que no me abandonará hasta que encuentre el hombre de mi vida, sé que tiene ropa en el piso de José como para cambiarse si algún día decide quedarse a dormir allí.

—Veo que la noche acaba bien —intento hacerme la graciosa, aunque no sé si me sale.

Tengo la sensación de que siempre que hago comentarios de ese estilo se piensan que me molesta más de lo que realmente quiero aparentar. Yo también quiero que sean ellas felices, y sé que lo mío fue una putada increíble pero no por ello quiero que ellas no disfruten de lo que tienen que disfrutar y estoy convencida, o si más no quiero estarlo, que algún día volver a disfrutar yo también como antes.

—Bah, lo normal, Claudia acabó como una cuba, hasta creo que no tuvieron sexo en su noche de bodas, pero quisimos ir todos a desayunar y se

alargó, creo que ni cenaré, me ducho y me meto en la cama directa... o... ¿querías cenar tu? —lo dice todo tan rápido que no sé si esta borracha todavía o nerviosa o qué le pasa, aunque no me da tiempo a contestar —aah no espera, tu todavía debes contarme algo.

—¿Qué?

—¿Quién era el chico que te hizo ponerte colorada? —¿Qué? ¿Me puse colorada? Me estará tomando el pelo.

—Sa, Fran no me saca los colores, creo que esto estaba claro desde hace tiempo.

—Aah claro, Fran... se me olvidaba de que bailasteis juntos, claro, yo me chupo el dedo —y lo dice a modo burla, pero al menos se ha enterado de que no estoy preparada aún para mantener ciertas conversaciones, porque ya se está quitando el vestido y ha encendido el agua de la ducha. Salvada.

Como bien ha dicho, ella no quiere cenar, así que me hago una ensalada más bien sosa y me siento en el sofá a ver algún capítulo de CSI que me permita recargar pilas para la semana que me espera. Y no lo digo por el trabajo, sino porque creo que es la primera vez que vamos a estar dos semanas sin hacer reunión de chicas, y no son dos semanas sino 20 días, que es lo que va a durar la luna de miel de los nuevos tortolitos, pero tengo un evento de por medio, así que vamos a tener la mente más bien ocupada.

Capítulo 6

Han pasado diez días desde la boda de Gonzalo y prometo que llevo 10 días sin follar, y eso en mi anatomía es prácticamente imposible. He tenido un par de citas, pero mi cabeza sigue pensando en ¿cómo es posible que Irene no se acuerde de mí? Algo he tenido que hacer mal, porque no puede ser que no sea su tipo. He intentado preguntarle a José algo sobre ella, pero su única respuesta fue “quiero seguir teniendo mis pelotas intactas” así que puedo deducir que Sandra lo tiene dominado, y con Gonzalo no puedo indagar porque esta de luna de miel, aparte de que Claudia seguro que le habrá fomentado la misma advertencia.

He intentado también acordarme de lo que me contó en su momento, pero imposible. Si es que ya sé que soy un capullo nato, que no presto atención, pero mi cerebro podría retener las cosas y recordármelas cuando las necesito ¿no?. Así que veo que tengo una tarea complicada, pero me gustan los retos y creo que este puede ser uno bueno. Tampoco me voy a colgar, aunque sinceramente me sorprende que haya estado tantos días pensando en la misma mujer, pero eso es porque nos pone que nos rechacen, que nos lo hagan difícil, aunque tenga claro que va a ser ella quien acabe suplicándome las cosas.

Esta noche voy a volver a mantenerme al margen del evento, le voy a dejar el protagonismo a mi socio, solo prometí intervenir en la gala de navidad y en la de verano, así que puedo estar relajado hasta entonces. Me tomaré una copa y esperaré a que acabe su trabajo, me he asegurado que la suite sea para ella, al menos ya que trabajará toda la noche que pueda descansar. Que falso soy, lo sé, no la he encargado directamente para descansar, de hecho, le he cedido la mía para que la podamos compartir, aunque ella todavía no lo sabe.

Llego relativamente pronto, hasta Santi se sorprende. A decir verdad, no sé si por la hora, o porque no vengo acompañado, pero sabe que no me apetece socializar en estos eventos, por lo que tampoco se acerca a preguntar. No tardo en localizarla, no es que sea muy complicado, siempre está o cerca del escenario o con los del catering, es algo que ya tengo bastante estudiado. Está preciosa, va vestida con unos pantalones de pinza negra, una camisa blanca y no lleva americana, se nota que ya es primavera, pero el atuendo que usa para trabajar me apasiona. Una mujer en traje también es muy atractiva, aunque

ellas piensen que el traje es para los hombres. Creo que le brilla la cara más de lo normal, y desprende una sonrisa que no había visto antes, parece como si estuviera más feliz. Eso es buena señal me temo, la encontraré de buenas. O mierda, quizás quiere decir que ya ha encontrado a alguien, o que ha vuelto con su prometido. No, eso no, no lleva el anillo en el dedo y tampoco hace cara de recién follada, esa la conozco bien. Las gafas de pasta que lleva me ponen muy burro, creo que es una de las cosas que más me excitó la primera vez que la vi, la hacen parecer muy sexy en mi impresión, aunque tampoco lo necesita porque ella es sexy de por sí. Debe tener una talla 34, aunque creo que está más delgada que antes, no creo que haya adelgazado una talla. Mide una altura perfecta, 175cm, eso estoy seguro porque cuando la tuve al lado, pude comprobar que me llega perfectamente a donde quiero del pecho, tiene el pelo castaño, una melena muy bien cuidada que le llega por debajo de los pechos. Hoy lo lleva liso, pero sé a ciencia cierta que su pelo es ondulado, y tiene unos ojos color chocolate que con la luz se vuelven de un verde que volverían loco a cualquiera.

Desde donde estoy, ella no puede verme, así que puedo quedarme en este rincón de la barra todo el tiempo que quiera mientras transcurre el acto. Como Santi se encarga de dar la cara por los dos, no tengo que fingir que mis empleados me importan o mostrarme simpático con quien no me apetece. La verdad, es que no tendría ni porque asistir a ellos, en 5 años debo haber aparecido en 10 contados si llega, pero hoy más que nunca tenía que estar aquí. Gonzalo no se enterrará de nada, y a lo mejor cuando vuelva ya está todo olvidado. ¿Cuánto tiempo tarda una mujer en olvidar un capullo que le echó un polvo? Yo no estoy seguro de lo que voy a tardar en olvidar un polvo con una mujer como esta, si ya me está costando meses olvidarme de su nombre y días dejar de pensar en ella, no quiero pensarlo. O quizás es como cuando los niños quieren algo, una vez lo han probado, ya pasan a la siguiente diversión. Sí, yo creo que será más así en mi caso.

En definitiva, me he tomado muchas molestias para que esta noche salga bien. Bueno no, no me he tomado más que la que la cama sea cómoda, pero eso ya es un paso ¿no? Pensé hasta en dejarle un par de Palotes en la mesita de noche, pero no sé si la hubiera asustado con esto y mejor guardarse un as en la manga por si las moscas.

No ha parado de moverse en toda la noche, y me parece muy profesional por su parte, porque todo ha ido sobre ruedas y la comida de este sitio es espectacular, lo que no entiendo es lo que hace hablando con Santi ahora

mismo y parece divertirse bastante, hasta los dos besos que se han dado me han parecido más cerca de los labios de lo que deberían ser. Al final va a resultar que soy el único imbécil de todos mis amigos, y que todos han podido tenerla cerca menos yo. Que bien calladitos se lo tenían todos, o sea, alguien conoce a tal espectacular mujer y no habla de ello, es algo que realmente no entiendo. Yo les hubiera estado fardando de mi conquista durante horas, porque es evidente que nuestras quedadas de póker también nos sirven para hablar de las mujeres. Claro que nosotros no hablamos de ellas como ellas de nosotros, pero hablamos de ellas con nuestros amigos, eso es más que evidente, y ninguno de ellos había mencionado a Irene en ningún momento. Así que cuando veo que ella se marcha con la del catering para organizar los postres, decido que puedo acercarme sin ningún peligro de ser visto.

—¿Así qué ligando con el personal? —le preguntó con mi tono más sutil para este caso

—Técnicamente no es del personal —me corrige —y ¿tú has visto a esa mujer? —claro que la he visto, por eso estoy aquí joder, pero no para ver como se la liga un amigo.

—¿Os conocéis?

—¡Es Irene Castro, Felipe! Lo sabrías si estuvieras más involucrado en todos estos actos. Se encarga de todo esto, de todos nuestros eventos desde hace 6 meses —y se piensa que no lo sé, que equivocado esta.

—Claro que lo sé, me he leído los papeles que firmas, bueno las facturas, pero ¿os conocéis? —parece mentira que sea mi amigo y no capte mi doble sentido de la pregunta.

—Te pillo, ojalá nos conociéramos. Hemos coincidido un par de veces para resolver dudas sobre algún evento, pero cuando la he invitado a comer me ha dado calabazas, ¿Te lo puedes creer? Creo que fue en primaria cuando la última chica me dio calabazas —y en parte me alegro que le hayan dado calabazas.

—Debía de estar esperándome a mí —le digo con una sonrisa de pícaro.

Bromas aparte, nos tomamos una copa mientras me pregunta por la boda de mi primo, y aunque por un momento dudo en comentarle que Irene estaba ahí, somos amigos y no puedo esconderle nada, sopesando que no sería tan cruel puesto que él tampoco me había hablado de ella antes. Luego también tengo que admitirle que me invitó amablemente a marcharme cuando intenté entablar conversación con ella, y nos reímos al instante como si fuéramos dos pardillos de instituto.

Poco después de los postres y con la barra libre empezada y la fiesta en todo su esplendor, vuelvo a localizarla y creo que se está despidiendo de todo el equipo del catering y le deja al DJ un papel, que deduzco que serán las instrucciones de lo que puede ser el cierre o una lista de reproducción que seguir o algo por el estilo. Veo también que busca a alguien, que poco después resulta ser Santi para despedirse, y eso me mosquea un poco más, ¿Por qué se despide de él? Pero decido no comerme la cabeza porque mi noche acaba justo de empezar. Veo cómo se va hacia el ascensor y ya se está haciendo un moño alto en la cabeza, como me gustará deshacérselo yo mismo y poder tirar de ese pelo mientras gime mi nombre.

Por suerte yo no tengo que despedirme de nadie, por lo que me esperaré unos diez minutos, tiempo suficiente para que pueda acomodarse lo justo y después intervendré.

Capítulo 7

Decido que ya es hora de retirarme, prácticamente esta todo recogido y mañana tendré que madrugar para dejar las salas de reuniones a punto. Ya me he despedido de todos los importantes, aunque es extraño porque Santi me ha comentado que hoy estaba su socio por aquí y le hubiera gustado presentarnos. Su socio es uno que siempre me han informado de que no viene, ni siquiera sé el nombre porque ha dicho que quiere estar lo más lejos posible de estos actos de socialización, así que me ha parecido un poco raro que estuviera por allí, y más que no estuviera con Santi entonces y lidiaran los dos con sus empleados, pero supongo que ya tendré ocasión de conocerlo en la gala de verano.

Subo a mi habitación, una cosa de las que adoro de mi trabajo es poder disfrutar de la comodidad del hotel, incluso en alguna ocasión puedo hacerme un baño de relax antes de meterme en la cama, quizás hoy lo haga, es realmente necesario. Además, hoy me han entregado la suite, según la recepcionista no tenían otra habitación y la empresa ha pedido exclusivamente que me la quedará yo, para que no hubiera discusión entre los jefes. Me saco los zapatos de tacón, que me han matado los pies, quince horas de pie y sin parar no son compatibles a esta altura, pero si algo no he dejado de ser es una profesional; y empiezo a ponerme cómoda cuando alguien pica a la puerta.

—Me han dicho que quizás necesitas la última copa —se atreve a decir justo al abrir la puerta, aunque la última o la primera es lo primero que pienso- o bueno....- hace una pausa mientras me pega un repaso descarado —mejor podemos tomarla en tu habitación.

Me doy cuenta entonces que voy en sujetador y llevo ya el pantalón desabrochado. El cansancio no me ha permitido ni darme cuenta de que he abierto la puerta sin más y eso lo único que significa es que tengo ganas de meterme en la cama y de ponerme a descansar cuanto antes.

—¿Qué haces tú aquí? —es el mismo tipo de la boda de Claudia y no lo he visto desde entonces, ¿cómo demonios me han encontrado?

—Esa no es una información relevante, la copa si. —se atreve a afirmar, mientras cada vez que me habla va observando todo el esplendor de mi cuerpo.

Si algo me han enseñado es que una vez ya has hecho el ridículo no vale la

pena echarse atrás, así que hubiera sido peor si me hubiese alarmado, de esta manera le resto importancia a estar desnuda frente a un hombre tan atractivo y le resto importancia a que piense que está buenísimo.

—Va a ser que no señorito —le digo con mi mejor sonrisa de “lárgate de aquí cuanto antes” y decido cerrarle la puerta de golpe.

Sí, ya dije que la simpatía no es lo mío, bueno la simpatía con quien no creo que se la merezca. No tengo ganas más que de meterme en la cama, y no sé ni qué hace el aquí ni me interesa.

Sin embargo, no puedo evitar quedarme pensativa en la cama de porque me ha encontrado aquí, ¿esa es su mejor carta para quedar con una chica? Tampoco es que piense mucho, si realmente le hubiese apetecido esa copa, hubiese vuelto a llamar ¿no?, la verdad es que tengo cero práctica en este campo como para saber cómo tengo que actuar y quizás por eso no actúo.

Por ejemplo, Santi me ha pedido en varias ocasiones que discutamos los temas de los actos durante un almuerzo, una comida y una vez dijo una cena, pero no sé si lo hace para no perderse horas de trabajo o realmente porque quiere tener una cita conmigo. Y eso me crea confusión porque no sabría cómo actuar si fuera el segundo caso, o sobre qué me tengo que poner por si estoy pillando mal las señales, porque no puedo negar que Santi es muy atractivo, es un clásico de típico hombre rubio con los ojos azules por el que cualquiera perdería las bragas. Sin embargo, a mí no me despierta eso y os prometo que lo he intentado. Pero ya os he dicho que creo que les estoy cogiendo tirria a los hombres y me va a salir como una alergia el día que se me acerque alguno.

No quiero pensar más en ello, quiero tumbarme en la cama, ponerme alguna cosa en la televisión, que en realidad me pongo para no tener que pensar y poder concentrarme en otra cosa, y dormirme.

Hoy me he levantado muy relajada y despejada, me he tomado un café solo, he podido rebajar mi dosis de cafeína debido a lo radiante que me siento, debe haber sido la cama, porque tampoco he tenido pesadillas esta vez. Cojo un par de Palotes de mi bolso, lo cual también es buena señal, porque casi no me quedan de los del ramo de Claudia. Aunque pensándolo bien no sé si es buena señal o mala, mi azúcar en vena creo que piensa que es más la segunda opción, pero me ayudan a combatir mi estrés y son parte de mi felicidad, así que prefiero pensar en positivo.

—¿Me dejarás invitarte a comer el jueves para detallar la gala de verano?
—me pregunta Santi mientras acabamos de dar un repaso a todas las salas y nos sentamos a esperar a que lleguen los asistentes.

Creo que podría estar bien, es un buen comienzo si mi objetivo principal es rehacer mi vida una vez por todas, y supongo que rehacerla implica también en el bando sexual, aunque bueno, es solo una comida con el sexo opuesto, tampoco vayamos a mayores. Santi tampoco conoce mi historia, por lo que tampoco lo hace por pena ni algo parecido y es un hombre simpático y atento, así que podría estar bien discutir ese asunto fuera de la oficina. Con mis clientes habituales lo hacía a menudo, íbamos a cenar en alguna ocasión o quedábamos para tomar algo y poder debatir detalles más cómodamente, ellos también necesitan salir de la oficina, y como yo no tengo despacho, siempre ha sido normal. Sin embargo, con Santi siempre me ha parecido más difícil, quizás porque es un hombre atractivo, quizás porque me he visto más vulnerable con él, no sabría definir el motivo exacto, pero quizás sea hora de empezarlo a tratar como el resto.

—Está bien, podríamos ir al Santaclara, eso está cerca de vuestras oficinas y yo no vivo muy lejos, si le parece bien.

—Me parece estupendo, siempre y cuando deje de hablarme de usted. Reservaré mesa en ese sitio entonces.

Y ahora mismo me siento súper orgullosa del paso que acabo de dar. He quedado con un hombre. Vale, sí, es una reunión de negocios, pero he quedado con un hombre, y con un hombre atractivo. Cuando se lo cuente a las chicas van a estar muy orgullosas de mí. He dado un paso agigantado y lo mejor de todo es que él no lo sabe, así que no tengo porque sufrir por nada.

El resto del día va todo sobre ruedas y creo que hasta tengo una sonrisa más horas de lo que estoy acostumbrada y no por la no cita que tengo, sino porque he sido capaz de decir que si a una proposición como esta. Y tan feliz estoy, que cuando llego a casa es lo primero que le cuento a Sandra.

—No te lo vas a creer —le digo con las manos en las espaldas, una sonrisa en mi rostro al puro estilo niña buena.

—Tiene que ser gordo si lo dices tu —y lo dice como intentando picarme.

—¡Tengo una cita! —suelto casi de un grito

—¿Cómo? —creo que ya estaría sacando el champan si no fuera porque se le han salido los ojos al preguntarlo.

—Bueno, técnicamente no es una cita, es una reunión de trabajo, pero con un hombre, un hombre muy atractivo.

—Cuéntame más —me ordena, adelantándose a la cocina para salir con dos copas de vino —esto se merece una copa entre semana.

—O dos —le digo.

Y posteriormente le pongo al día. Le cuento que Santi es el copropietario de la consultoría nueva con la que estoy trabajando en sus actos, que siempre ha sido muy amable conmigo y que me lo había comentado en alguna ocasión, pero que hoy he decidido decirle que sí y que hemos quedado el jueves, pero que no se lo cuente a Claudia hasta su vuelta la semana que viene, que esta es capaz de adelantar el billete con esta noticia. Se que parece una chorrada, pero si vierais como he vivido el último año, entenderíais que eso es mejor que cualquier acontecimiento posible.

—Me alegro de que hayas aceptado, se te ve feliz Irene, se te ve feliz —y sé que lo dice de corazón

—Yo también, ¿crees que seré capaz de volver a sentir algo alguna vez? —sé que mi tono parece de preocupación, pero es más una sensación de pena.

—Estoy segura de ello, y este recuerda es un primer paso.

No sabe lo que la quiero y la suerte que tengo por tenerla a mi lado y por primera vez le voy a dar la razón en algo, y es que este es un primer paso, aunque cuando me tumbo en la cama no lo tengo tan claro como antes.

De hecho, nunca he tenido una cita, empecé con Luis con 16 años, no había tenido citas antes y luego solo he estado con él durante toda mi vida, ¿voy a saber comportarme? No tengo ni idea de lo que se puede decir o hacer en una cita. Vale, no perdamos los nervios, realmente no es una cita, no se ha pedido como tal, solo vamos a poner los puntos de un evento. Es como una reunión profesional, pero me va a ver comer. Como odio eso. Odio que alguien me mire a la boca cuando como, me da mucha vergüenza, no sé cómo me ve la otra persona y si estoy haciendo mucho el cerdo o no, me gusta comer como la gente normal, pero no en petit comité. Creo que estoy entrando en un ataque de pánico y todavía tengo dos días para pensar en ello, pero no estoy segura de poder hacerlo. Claro que nadie dice que él esté interesado en mí, quizás lo hace más por cortesía o para darme las gracias. Sí mejor me centro en esto segundo y dejo de darle vueltas a cosas que no tienen sentido. Toda ira bien, será como cuando estoy en su despacho, pero con un plato delante, pediré una ensalada ligera y poco más, si me quedo con hambre ya merendaré más, o iré bien desayunada por si acaso, aunque si me pide compartir ya estoy muerta.

Irene por favor deja de pensar. YA.

Y así es como me tengo que tomar una Dormidina para poder meterme en la cama e intentar dejar mi mente en blanco para poder dormir y afrontar lo que queda de semana, además en una semana ya tendremos a Claudia por aquí y ella también mostrará su orgullo hacia a mí. Con un poco de suerte superaré

la prueba con sobresaliente y podré obtener doble felicitación por su parte.

Capítulo 8

Aún estoy un poco sorprendido de cómo me cerró la puerta en mis narices sin más la semana pasada, creo que ni siquiera me miró el paquete, y eso que lo tenía totalmente a la vista después de verla con ese sujetador negro de encaje. ¿Quién abre la puerta así sin preguntar antes quién es? Porque si cada vez que me acerque a ella me va a recibir así, voy a tener que educar muy bien a mi miembro para advertirle que tarde un poco más a despertarse. Pero es que ni siquiera se inmutó ni un minuto para vestirse, ponerse algo o lo que fuese. Llego a llegar un poco más tarde y quizás ya no llevaba pantalones tampoco. Pero tengo que dejar de crearme esas imágenes a la mente, o echar un polvo ya, porque tengo las pelotas demasiado concentradas.

Hoy hemos quedado con los chicos, no suelo ir a estas quedadas regularmente a no ser que haya póker o fútbol de por medio, pero el viernes hemos quedado para ver el documental de la boda. Sí, lo sé, una quedada apasionante, pero me ha comentado que el “hemos quedado” significaba en esa ocasión con las chicas, así que como deduzco que sabe muy bien que voy a asistir solo por la presencia de Irene, me ha advertido que si quiere que me abra la puerta de su casa, hoy tenía que venir a tomar una copa.

Estamos en el Mirablau, arriba de todo de la ciudad, con unas vistas de Barcelona espectaculares. Este sitio ha perdido un poco en los últimos años, pero sigue teniendo unas vistas privilegiadas y con el buen tiempo que hace sería un desperdicio perderselas. Hemos empezado hablando del viaje de novios, un tema que para mí es aburrido por lo que me he entretenido un poco con el móvil o las vistas, tengo que añadir a mi lista de cosas que hacer robarle el teléfono a mi primo para obtener el de Irene, sé que si se lo pido no me lo va a dar ni en pintura. No sé en qué momento se ha desviado la conversación, pero tengo que controlar mis impulsos cuando oigo el comentario de Fran

—¿Va a venir Irene el viernes? —lo dice como si fuera la noticia, y la noticia debería ser el resumen de la boda, pero es una información que, aunque ya sé de antemano, me interesa.

—Si, por eso estoy aquí. —comenta Gonzalo y su tono se pone un poco más serio.

—¿Cómo esta? —pregunta Pedro. Y entonces pienso que vamos a tener una charla, una charla seria. ¿Enserio los chicos tenemos esas cosas? Prefiero pensar que Claudia lo ha amenazado con algo si no mantenía esta conversación con nosotros.

—Bien mejor, les prometió a las chicas que iba a intentarlo y ha sido ella quien ha pedido que nos viéramos todos.

—Creo que estuvo a punto el otro día de tener una cita con un tipo que se llama Santi —suelta José sin más y por la cara de todos eso parece la bomba más grande del mundo, Fran le ha soltado una mirada asesina y yo todavía estoy en shok. ¿Santí? ¿mi Santi?

—¿Alguien puede explicarme que pasa aquí? —me decido a preguntar, todos ellos saben que no conozco a Irene, pero José cree que es más relevante lo que está contando él.

—Se ve que tuvieron una reunión o algo por el estilo y él le propuso seguirla en una comida, pero a modo profesional, aunque Sandra ha preferido decirme que está segura que fue a modo cita —y conociendo a Santi, estoy a favor de Sandra en este caso —Sandra me llamó al instante por lo emocionada que estaba con el asunto, pero dos días más tarde, me comentó que se había rajado en el último momento —buena elección —porque dice que el hombre está demasiado bueno para ir a comer con él —aquí lo fulmina Fran y lo fulmino yo —mierda, creo que Sandra me va a matar si se entera que lo he contado.

—Bueno el caso es que ha sido ella la que ha decido juntarnos, así que Claudia me ha pedido —lo sabía, todo esto es cosa de Claudia —que os comportéis —y lo dice mirándome a mí, pero veo como Pedro le suelta un codazo a Fran.

—Lo prometo —dice Fran

—Es sencillo, las únicas reglas son no mencionar a Luis bajo ningún concepto, no preguntarle como está y no intentar ligar con ella —sentencia Gonzalo.

—¿Quién es Luis? —la pregunta me sale sola, claro que deduzco que es su ex, pero quiero que me refresquen la historia.

—¿Enserio? —prácticamente saltan los 4 a la vez, o quizás Fran no ha dicho nada porque sigue pensando en cómo va a hacer lo de no ligar con ella.

—Sabéis que os escucho siempre a medias, así que alguien puede aclararme que es lo que pasó con Luis para no meter la pata —lo digo como restándole importancia al asunto, aunque sé que después tendré una charla con

Gonzalo por ello.

—Tío, se lo encontró en la cama con otra el día que fue a hacerle una sorpresa por su cumpleaños, con los preparativos de la boda a medio hacer — me suelta Pedro como si fuera algo súper normal.

Por puntos, si vas a engañar a alguien, tienes que asegurarte de que no te va a pillar, así que un poco imbécil sí que es él. Después si quieres casarte con alguien, tienes que tener superado eso de las infidelidades, sino no te cases, como yo que no creo en el matrimonio ni en el ser felices para siempre porque no creo que pueda mantener sexo solo con una mujer, pues si eres de estos, no te embarques en este barco, ósea que un poco más idiota también. Luego ¿el día de tu cumpleaños? Ya sé que un polvo es un buen regalo, pero acaso ¿no conoces ni la mujer con la que estás? Hasta yo sé que Irene debe ser la típica que lo tiene todo organizado y las fechas controladas para no perderse ocasiones como esas. Así que sí, definitivamente él era un capullo integral, solo me falta evaluar qué grado de imbecilidad tiene ella.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos? —pregunto, y creo que se ha convertido en una conversación con Pedro, porque Fran, Gonzalo y José están hablando de Sandra.

—Casi 9 años, ha sido el único en su vida, empezó con 16 —sí, como podréis observar, Pedro es el más sensible de nosotros y el que más escucha tanto a nosotros como a las mujeres, creo que por eso esta soltero, es demasiado sensiblón.

“¿Nueve años?” Me repito para mí mismo, esta chica está realmente chiflada. Ha desperdiciado toda su juventud prácticamente. A ver, que sigue siendo joven, muy joven, y tiene mucho por delante, pero ¿por qué no disfrutó de la vida mientras pudo? ¿No ha follado más que con un hombre en toda su vida? Eso me deja en muy buen lugar, voy a poderle demostrar demasiado fácil que soy mejor.

—¿Cuántos años tenía él? —ahora ya es puro cotilleo, pero Pedro sé que lo sabe todo, así que sin la mirada de supervisión de Gonzalo puedo enterarme de lo que sea.

—Entonces tenía 22, era 6 años mayor que ella —lo dice poniendo una cara de “imagínate el panorama”

Pero yo solo puedo imaginarme dos cosas, la primera es como sería Irene con 16 años para cautivar a un chico de 22, porque ahora es espectacular, pero con 16 años debía ser solo una cría. Si el hombre, por llamarlo de alguna manera, tiene 6 años más que ella, significa que es un año mayor que yo y yo

con 22 años me fijaba en las de 25, no en las de 16, así que tenía que estar como ahora por lo menos para que el tipo perdiese el culo de esta manera. Y la segunda cosa que pienso es que le van los chicos maduros, así que puedo entrar en su ranking de hombres. Vale, maduro dependiendo del sentido en que lo mires, pero si nos centramos solo en la diferencia de edad, yo entro en sus posibilidades, y me gusta ser positivo.

El resto de la copa es entretenida, pero tengo dos conversaciones pendientes antes de irme.

—Necesito que me cuentes que sabes de Santi —nunca les he hablado de Santi, aunque a Gonzalo si y me sorprende que no haya dicho nada, porque sabe que Irene se encarga de nuestros eventos, pero le puedo hacer esta petición a José sin levantar muchas sorpresas.

—Ui ui ui ¿y este interés? —si dónde no hay inteligencia no hace falta buscarla, no hay que ser muy listo para saber quién es el pardillo, a día de hoy sigo sin entender que es lo que le fascina a Sandra de este.

—Quiero saber a qué atenerme el viernes —vamos a ser sutiles para no decirle claramente que me la quiero llevar a la cama.

—Sandra me contó muy poco, no nos hemos visto este fin de semana así que tampoco me ha puesto al día —me lo dice burlándose de mi como si fuéramos dos marujas cotilleando

—José... —le advierto poniendo la cara lo más serie posible

—Está bien, está bien. Solo me comentó lo que he dicho. A ella le parece un hombre atractivo, pero teme ponerse nerviosa si están fuera de su despacho, de no saberse comportar o de estar interpretando mal las señales, tiene como una especie de fobia a las citas y, según Sandra, cree que el hombre le gusta, porque le impone mucho y además le envió un mensaje bastante bonito cuando descartó la invitación.

Y con esa explicación me tengo que dar por satisfecho porque deciden que es hora de marcharse. No la noté yo muy nerviosa el día del evento, más bien hasta parecía divertirse con él, quiero pensar que es porque durante el trabajo lo tiene controlado. Pero ¿qué quiere decir con que él impone? Santi tiene pinta de modelo alemán, o eso le han dicho siempre, pero también tiene cara de no haber matado una mosca nunca, y una mosca no sé, pero a alguna la hubiera podido matar de un orgasmo seguro. Voy a tener que hablar con él al respeto, porque sé que no le supondrá un problema, ya hemos compartido mujeres alguna vez, pero me gustaría ser el primero en esta ocasión.

—Felipe espero que te comportes el viernes, Irene no necesita tus

“servicios” —me comenta Gonzalo mientras vamos en busca de mi coche, y dice servicios poniéndole énfasis en la palabra.

—Yo sabré como animarla, te lo prometo —y me meto en el coche lo más rápido posible para esquivar esta conversación.

Capítulo 9

Hemos quedado en el Starbucks de al lado del Princesa Sofía, Claudia volvió hace un par de días y como ahora vive por la zona, es el que más cerca nos queda. Nos ha ido contando su viaje por encima, pero como el viernes hemos quedado con los chicos para ver las fotos y videos de la boda, ha preferido que nos reunamos antes las tres. La verdad es que se lo agradezco, porque, aunque ya empiezo a estar mejor y hasta el otro día me planteé aceptar la invitación para ir a comer con Santi para preparar los detalles de la gala de verano, me va bien que las chicas me aprecien lo suficiente como para hacer una pequeña introducción juntas. De hecho fui yo quien propuso vernos todos juntos, ellos me caen bien y ya está bien de tener esta norma de quedar sin el sexo opuesto, puedo tener amigos, eso no sería malo, y mientras las respeten a ellas puedo lidiar con ello. A parte, Pedro y Fran también me caen bien, son un poco especiales en sus cosas, y con Pedro tenía mucha confianza, aunque tendré que empezar a ponerle freno a la simpatía que desprende Fran conmigo o hacerle entender que sus intenciones son muy buenas, pero no son compartidas, que difícil va a ser eso.

Sandra y yo hemos llegado un poco antes, es lo bueno de trabajar en casa y tener nuestro propio horario. Claudia vendrá directamente del hospital y así ya podrá tener su bebida a punto, que a esta hora hay bastante gente por aquí.

Nos sentamos las tres en una de las mesas de la esquina. Aunque podríamos estar en la terraza porque hace muy buen tiempo, siempre preferimos estar dentro y no tener que sufrir a los fumadores.

—¿Vuelves preñada? —esa es la primera pregunta que se le ocurre a Sandra

—¡Qué bruta eres! ¡Claro que no! —y lo dice con gracia, aunque todas sabemos que Claudia quiere quedarse embarazada pronto y que probablemente lo haya intentado en su luna de miel, no era la pregunta más necesaria en este momento.

—¡Oh! Qué decepción, pero cuéntanos tu viaje igual —la invita ella.

El viaje ha sido bastante interesante, fueron primero a Japón para visitar Tokio y Osaka a modo turista, aunque ella hubiera preferido ir a Kioto, sabía que volverían alguna vez a ese país y pudo ceder la última palabra a su

marido, y luego fueron a descansar a las Maldivas, un clásico. Últimamente todas las parejas deciden ir a descansar a una playa paradisiaca y yo pienso, ¿por qué no van a los 70 cuando realmente necesiten descansar? Claro que no soy muy objetiva, soy más bien reacia a la playa, aunque tener una playa privada para ti quizás sea algo diferente a la visión que tengo yo de la playa. Pero el viaje le ha sentado bien, viene más morena de lo habitual, y ya era la más morena de las tres, así que eso no me gusta mucho, pero irradia felicidad.

Se ha pasado dos horas contándonos todo lo que han tenido tiempo de hacer, y es que a Claudia le encanta dar todo tipo de detalles, aunque no sean relevantes, creo que estoy al punto de decir que yo misma he estado en este viaje. Pero por otro lado debe de ser normal querer hacernos participe de algo tan importante para ella, así que no la culpo.

—¿Me he perdido algo estos días? —hace la pregunta al aire, pero sé que lo pregunta más por mí que por Sandra.

—Poco, estoy centrada en mi trabajo —me limito a contestar.

—¡No mientas! —salta Sandra —el otro día hasta pensó en tener una cita.

—¡No era una cita! Era una comida para detallar un evento, teníamos una reunión y el hombre propuso seguirla en una comida dos días más tarde.

—Y resulta que el hombre está más que como un queso —puntualiza Sandra para que no haya ninguna duda al respecto.

—Sí, eso es cierto, por eso rechacé.

—¿Rechazaste la invitación porque el hombre era atractivo? —sé que parece ilógico, nadie rechaza una invitación a un hombre que se llevaría a la cama, pero no estoy en igualdad de condiciones que la gran parte de la población.

—Me entró el pánico —admito —ya he aceptado quedar con los chicos, vamos a empezar por lo básico y poco a poco —prefiero argumentar mi respuesta.

—Hablando de los chicos, se va a apuntar el primo de Gonzalo, es amigo de todos ellos, pero Gonzalo nunca ha querido que lo conocierais, porque es más bien... ya me entendéis.

—Un cabrón —añade Sandra

—Por decirlo de alguna manera.

—Está bien —concluyo —no va a venir de uno más —y la verdad es que no me importa, ellas van a estar aquí y he lidiado con un cabrón 9 años, ahora tengo que poder con esto y mucho más.

Seguimos hablando de nuestros días aquí y aprovechamos también para

sacar el cumpleaños de José que está a punto de llegar y este año le caen los 30, así que Sandra piensa que habrá que hacer algo especial, aunque él no sea muy participativo de realizar una gran fiesta. Algo tendremos que pensar, al menos con los de siempre. También hablamos un poco del verano, para saber qué planes tienen ellas, ya que yo no tengo ninguno y sé que van a intentar partirse las vacaciones para que yo no me quede sola en la ciudad. Tampoco es que me afecte estar sola, pero se lo agradezco igualmente porque así no me puede entrar el bajón. El verano pasado fue bastante duro, fue mi primero soltera y era todo demasiado reciente como para poder afrontarlo.

Era también el primer año que no me iba de viaje con Luis y pude saber por amigos en común que él sí que iba a realizar uno, concretamente se iba a Budapest, que era el destino que habíamos pactado juntos para ese año, por lo que la noticia dolió el doble. No me quisieron dar muchos detalles ni decirme con quien se iba, por lo que eso acabó de destrozarme porque para mí era evidente que se iba con la otra, y sí, voy a seguir llamándole la otra siempre. Así que ese verano me fue muy bien que estuvieran conmigo y si no fuera por ellas probablemente no hubiese sobrevivido.

Una vez nos hemos puesto un poco al día de todo, y que ha llegado la hora de cenar tenemos que despedirnos. Claudia ahora es una mujer casada, y en su casa se han prometido que la hora de cenar es sagrada a no ser que se hayan avisado con antelación. Con los trabajos de ambos tampoco tienen tiempo de verse mucho, así que al menos quieren aprovechar esos momentos para poder estar juntos. Sandra y yo podemos decir que tenemos un poco lo mismo. Ella intenta abandonarme lo mínimo en los momentos de cena, y soy consciente que lo hace principalmente para que coma, ya adelgacé mucho en su día y lo pasé muy mal con el tema de la comida puesto que se me cerró bastante el estómago y me costó volver a coger el ritmo, así que ahora me vigila sin decírmelo. Se piensa que no me doy cuenta, pero soy más lista de lo que cree, y tampoco me apetece a volver a pasar por ello.

Llegadas a casa, conecta el Netflix y nos ponemos a ver capítulos de Grace & Frankie. Ya la hemos visto mil veces, pero Jane Fonda nos gusta mucho y esta serie nos permite desconectar y reírnos un rato. Aunque si lo pienso desde fuera, prefiero enterarme de una infidelidad al momento, que enterarme cuando sea vieja de que mi pareja lleva 20 años enamorada de un hombre. ¡Menudo marrón!

—¿Te has dado cuenta de lo feliz que venía Claudia? —me pregunta Sandra mientras pone una pizza en el horno.

Si, nuestras cenas no son muy elaboradas, pero de momento nuestro cuerpo nos permite tener estas costumbres.

—La verdad es que sí, me alegro un montón por ella. —y lo digo sinceramente, que una de tus mejores amigas sea feliz, te incita a ti misma a serlo un poco.

—Ojalá me pasará a mi lo mismo.

—¿Quieres que José te lo pida?

—Pues... no hemos hablado del tema... pero... —y esto es sorpresa para mi, Sandra nunca ha sido muy de bodas, y tampoco sabía que se lo estuviera planteando.

—¿Enserio? —es la única pregunta que se me ocurre cuando veo su cara.

—Aix no sé... —me dice poniéndose nerviosa y tapándose la cara con un cojín.

A partir de ahí, nuestra conversación se basa en sus miedos sobre este paso y en los miedos que tiene que José no piense igual que ella al respecto. Aunque yo estoy segura que él la quiere tanto que no tardará en hacerlo y probablemente ya lo hubiese hecho si las cosas conmigo hubieran sido más sencillas. Y si estuviera en lo cierto, se lo agradezco, no sé si que mis dos mejores amigas se casarán al mismo tiempo y con todo lo que me pasó a mí en ese momento, me hubiese sentado realmente bien, así que agradezco que espere un poco más. Tampoco quiero pensar en cuando ocurrirá. Eso significaría que me quedaré sola, no sola en el mundo, pero sola en el piso, y no estoy segura de estar preparada para ese momento. De verdad que quiero estarlo, pero no me lo he planteado todavía.

Hoy me meto en la cama feliz, las cosas dentro de mi están mejorando por momentos, y la felicidad que transmiten los de mi alrededor contribuye a ello positivamente. Me encanta verlas feliz, me encanta que me quieran tanto como para ayudarme a que yo lo sea también, y estoy segura que el año acabará mucho mejor.

Capítulo 10

Después del día de locos que tuve ayer, tengo muchas ganas de fin de semana, mañana nos hemos prometido que vamos a ir a descansar a un spa y necesito el masaje más que nunca. Sinceramente lo necesito a menudo, se me contractura bastante la espalda cuando me paso el día con el ordenador, creo que nunca he encontrado una postura correcta para trabajar. Pero mañana me apetece especialmente porque hace mucho tiempo que no vamos las tres.

Antes de esto, hoy nos reunimos todos, y hace tanto tiempo que esto no pasa, que parezco una niña asistiendo a su primera fiesta de cumpleaños. No estoy nerviosa, pero podría estar emocionada. Y parece realmente una tontería, un comentario de niña pequeña, pero para mí es mucho más que esto, he vivido todo este tiempo como en mi burbuja, me costó mucho poder volver a salir incluso a la calle, y a pesar de que los vi a todos en la boda, para mí no es lo mismo. Sé que va a ser una cena entretenida y me va a gustar estar con todos ellos. Tengo ganas de volver a recuperar mi confianza con Pedro y volver a ser nosotros mismos. Creo que es lo que más me apetece esta noche, aunque sea con todos presentes. Sería un primer paso, que últimamente estoy dando muchos de estos.

—¡Irene vamos tarde! —me grita Sandra des del salón.

—Vamos —le contesto saliendo de mi habitación.

Nos abre la puerta Claudia, y con su gran comentario de: "Sois las últimas en llegar"; veo como Sandra me echa una mirada como para anunciar que eso es culpa mía. Y entonces, no puedo creer lo que ven mis ojos cuando me acerco al sofá. Pedro, Fran, José y... debe ser el primo. ¿Enserio? ¿En qué momento del cuento me he perdido yo? Todos ellos se levantan a saludar, excepto él. Evidentemente nadie nos ha llegado a presentar nunca, aunque tampoco me apetece, ¿quién aparece en una reunión de amigos un viernes por la noche en traje? ¡Nadie! A una reunión de amigos se viene en vaqueros, en zapatillas; no se viene a comer pizzas y a beber cervezas vestido así. Claro que, por otro lado, está espectacular y por eso quizás me molesta más. Lleva la camisa azul cielo arremangada por los codos y dos botones desabrochados que dejan mucho para la imaginación, lleva el pelo un poco alborotado y se está pasando la mano por la cabeza cuando se levanta para ir en mi dirección,

pero entonces Gonzalo interviene de manera improvisada:

—Irene este es mi primo Felipe, creo que Claudia ya te habló de él —el último comentario lo hace lanzándole una mirada al susodicho, supongo para marcar un poco de territorio.

—Ah, sí —me atrevo a decir con una cara de lo más seca posible — encantada.

Y sin contestar me da dos besos en las mejillas. Dos besos suaves, y más duraderos de lo que deberían, pero intento mostrar que no me afecta a pesar de que su contacto a provocado que se erice toda mi piel. Entonces se separa y se dirige a la cocina añadiendo:

—¿Alguien quiere una cerveza? Se avecina un tostón...

Creo que todos ellos gritan un sí al unísono, hasta Sandra se suma, pero Claudia pone los ojos en blanco como queriéndome decir “este es el panorama”.

Yo soy la única que no tiene botellín, y no porque no me guste la cerveza, sino porque con la semana que traigo no me apetece beber alcohol y como estoy empezando de cero y creo que sería malo aparecer borracha en el primer encuentro con los chicos. Me levanto, sé que estoy como en mi casa, y cojo un vaso de zumo de melocotón, estoy segura que Claudia lo tiene en la nevera por lo mucho que vengo a visitarla, a ella ni siquiera le gusta y eso dice mucho de nuestra amistad. También tiene un tarro de Palotes que instauró des del primer día, aunque me tiene prohibido coger más de 5 por visita. Ella es la médico, así que el día que me sobrepase sabrá cómo cuidarme, o al menos eso espero. Justo cuando voy a salir hacia el comedor.

—Claro, tú debes de ser la sana —goza decirme como si hubiera dicho la broma de la tarde.

—Lo tomaré como un cumplido —y añado mi sonrisa de excelencia, esa por la que siempre me han recriminado que los chicos se iban de nuestro lado en las discotecas, pero que me sienta de lujo en este momento.

Me siento en el sofá, y a pesar de que Fran me ha guardado un sitio a su lado yo prefiero sentarme entre Sandra y Pedro. Pedro es como una chica más para nosotras, no es que sea gay, o no nos lo ha dicho, pero es más sensible que Sandra incluso, y siempre nos escucha y nos entiende más de lo normal. Cuando tenía problemas con Luis recurría a él en muchas ocasiones para conocer la visión masculina que a mí me falta y me encantaba pasar tiempo juntos, no sé porque también lo taché de mi lista cuando todo ocurrió. Pero hoy que lo vuelvo a tener cerca, me reconforta. Me reconforta también saber que a

pesar de todo siguen tratándome igual, como si el tiempo no hubiera pasado. Ni tampoco mencionan mucho al respecto de todo lo que pasó, intentan en todo momento que parezca que no haya habido ningún parón en nuestra relación y que las cosas siguen igual que siempre.

—Sabes que seguiré estando aquí pequeñaja —me susurra al oído cogiéndome la mano.

Y es inevitable que no me salga una sonrisa. Solo él me llama así, por ser la más pequeña del grupo, no solo por edad, sino también físicamente. Solo hace falta que lo mire a la cara y me apoye en su hombro para que sepa que lo sé.

Des del otro lado del sofá puedo ver como Felipe tiene los ojos puestos en esta situación, incluso ha repasado nuestras manos entrelazadas un par de veces. “Es un cabrón”, me repito a mí misma, “es un cabrón” y yo ya intenté domar a uno y salió mal, pero ¡joder! ¡Qué guapo es y cómo está!

El resto de la noche ha sido entretenida. El video era espectacular y la verdad es que las fotos representan claramente lo que fue, una noche mágica, una noche mágica para ellos. No es que salga mucho yo, pero me hacía ilusión ver la cara de felicidad que transmitían recordando ese día y es que a veces la felicidad no solo es la nuestra propia, sino la que la gente que nos importa desprende y ellos desprenden mucha más de la que estoy acostumbrada.

Pensaba que sería más duro, que recordar la boda me afectaría más, pero la verdad es que hasta me ha sentado bien. De hecho, estar con los chicos me ha sentado de maravilla, creo que no recuerdo la última vez que me reí tanto, y aunque la situación me está sentando bien, necesito también un poco de aire, por eso he decidido salir a la terraza con la excusa de una llamada.

—Me alegra que vuelvas a ser tu —se acerca Pedro —te he echado de menos.

—Creo que tardaré un poco más en ser la de siempre, pero paso a paso. Podríamos quedar para comer la semana que viene y me pones al día —me apetece y sé que si puedo empezar con un hombre es con él.

No confundamos términos, somos amigos, amigos que nos lo contábamos todo, quizás podría definirlo como mi mejor amigo masculino. Por mucho que le cueste creerlo a algunos, existe la amistad con el sexo opuesto y os la recomiendo. En ocasiones puede ser muy beneficiosa, tanto te sacan de un apuro como te pueden aconsejar muy bien sobre la otra parte. Y se lo he dicho de corazón, una comida con él me hará volver a coger fuerzas y será un paso más.

—¿Conmigo sí y con Santi no? —sé que lo dice en broma, porque pone esa sonrisa que reconocería en cualquier lado.

—¡Anda que ha tardado en darse la noticia! —si es que ya no le puedes decir nada a una mujer casada, vamos a tener que hablar con Claudia de ello.

—Tranquila, tu secreto está a salvo. Paso a paso. Confía en que no por ser atractivo tiene que ser un cabrón. Mírame a mí- y lo dice guiñándome el ojo con lo que no puedo evitar reírme.

Tiene razón, en algún momento voy a tener que hacer un cambio de chip y dejar de tener esta mentalidad tan antigua de que todos son iguales. Tampoco es que me crea esa frase, mis amigas tienen la suerte de estar con dos hombres extraordinarios y puedo poner la mano en el fuego de que no les harían daño nunca, por lo que ya tengo excepciones que rompen la regla. Tengo que tener más fe en ello, probablemente solo me han dado un aviso, un aviso muy gordo, pero un aviso para poder encontrar un hombre que realmente me corresponda. Pero ahora mismo es más complicado. La teoría la puedo tener más clara que hace un año, pero luego en la práctica tengo que tener más confianza en que eso es verdad.

Nos hemos quedado un rato hablando fuera y me he sentido especialmente cómoda. Comprobar que seguimos teniendo la misma confianza, que no hemos perdido nuestra esencia, que no me molesta su contacto... para mí es muy gratificante y sólo me demuestra que lo he echado muchísimo de menos y de lo estúpida que he sido. Un hombre no puede hacerte perder estas cosas, no puedes anteponerlo a tus relaciones de amistad porque entonces lo que pierdes es mucho mayor y yo he perdido a Pedro demasiado tiempo. Y sé que no voy a poder recuperar todo el tiempo perdido, pero quiero estar segura de que no volveré a repetir mi error, aunque el error que no debería repetir es enamorarme de otro Luis.

Capítulo 11

Y yo pensaba que me tenía que preocupar por Fran y no estoy entendiendo para nada la actitud que está teniendo Pedro con ella toda la noche. Que si miraditas por aquí, que si cogiéndole la mano... ¡que tío más empalagoso! Siempre había considerado que Pedro era una mosquita muerta, pero ya dicen que esas son las que más engañan. Sé que ellos tenían buena relación, me he estado enterando de ello estos días y cuando fue el quien me explico toda la historia comprobé que tenían una afinidad especial. Así que quizás tengan una amistad potente, aunque yo no creo en esas cosas. No puedes ser amigo de un pibón como este y no llevártela a la cama.

¿Pero por qué estoy pensando yo en todo esto? Si no he sido capaz nunca de pensar 2 horas en una misma mujer y de repente me encuentro con que sólo le doy vueltas a este tema. Sólo tengo a Irene en mi mente y no paro de intentar buscar una manera para acercarme a ella. Y por raro que parezca, no sé si sólo para llevármela a la cama. ¿Aunque qué estoy diciendo? ¡Claro que es sólo para un polvo! Pero en realidad verlos tan cerca me afecta más de lo normal, creo que estoy empezando a tener un nudo en el estómago, me estoy empezando incluso a cabrear y las cervezas no están ayudando suficiente.

Por otro lado, tengo unas vistas inmejorables, el tejano que lleva puesto hoy le queda de maravilla, tiene un culo respingón y muy bien puesto, y desde donde estoy solo puedo mantener mi vista en él. Intento disimularlo lo máximo posible y seguir con la conversación que tenemos en el salón, pero la verdad es que me tiene maravillado y cada vez tengo más ganas de poderlo agarrar fuerte.

En cuanto vuelven al salón, Sandra y José ya se han ido, y veo como Fran se levanta del sofá y se acerca a ellos:

—Irene, ¿quieres que te acompañe a casa? —si es que no pierde oportunidad, pero ya me he cansado.

—La llevo yo —me adelanto —me pilla de camino y tengo el coche aquí delante —aunque a decir verdad no sé ni donde vive. Y en este momento no sabría decir que me molesta más, si la cara de pocos amigos de Fran o la mirada asesina / incomprensión de Pedro.

Ella mira a Pedro con una mirada cómplice y como me entra la rabia, ¿por

qué él tiene que entender siempre a las mujeres?

—Tranquilo gentelman, puedo ir andado —me suelta y los chicos no pueden evitar reírse ante mi cara de sorpresa, creo que nunca habían observado de tan cerca alguien que me rechazara. Ni de lejos, a decir verdad.

—Vive a tan solo 10 minutos andando, ¡idiota! —me comenta Pedro cuando pasa por mi lado y va en dirección a despedirse de los anfitriones.

Entonces veo que se acerca a ella y le da dos besos mientras le comenta:

—Nos vemos el miércoles, pequeña.

Atontado me acabo de quedar y no sólo por el rechazo, sino porque ¿cómo que se ven el miércoles? ¿Ha dicho pequeña? Demasiadas preguntas con tan solo una frase. Por lo que tenía entendido hace mucho tiempo que no queda con un hombre, ni siquiera ha querido quedar con mi amigo Santi, y eso que este tampoco está acostumbrado a ser rechazado. Y ahora de repente parece que existe una complicidad desorbitada con Pedro y encima la llama pequeña, eso tenía yo entendido que se llamaba mucho entre parejas.

Atontado sigo cuando la puerta se ha cerrado y me doy cuenta de que ni siquiera me he despedido, pero como ha bajado con Fran, no me apetece salir ahora.

—Saca tu cara de tonto, te han dado calabazas —me suelta Pedro poniendo su mano en mi hombro.

—Era todo cortesía —me sale decirle, a pesar de que me hubiera encantado partirle la cara en ese momento. Nadie se ríe de mí así.

Nos quedamos un rato más en el sofá con Claudia y Gonzalo, mientras yo tengo claro que tengo que hacer algo al respecto. Con la de meses que llevo pensando cómo llevarme esta mujer a mi cama, no puede ser que ahora que sea del mismo círculo que yo no sea más fácil hacerlo. Parece que va a ser complicado y más con la mochila que lleva detrás, pero nadie se me ha resistido nunca, y esta vez no va a ser distinto. Solo tengo que tener la oportunidad de quedarnos a solas un rato para demostrarle lo que puede llegar a tener y que podamos disfrutar juntos, voy a tener que trazar un plan para que este encuentro tenga lugar, y creo que empiezo a tener una idea.

No sé cuánto tiempo paso en mis pensamientos, ni siquiera sé de que han estado hablando, pero de repente Claudia, con una cara de enfado, me suelta:

—Deja a mi amiga en paz, ni se te ocurra embaucarla.

—No sé de qué me hablas.

—Felipe —interrumpe su marido poniendo cara de advertencia.

—Sólo me ofrecería a ayudarla —aclaro.

—¿Ayudarla? —eleva la voz Claudia.

—Claro, tiene que volver a echar un polvo.

—¿Pero tu quién coño crees que eres? —su enfado sube por momentos.

—Su ángel de la guardia —añado con tono de mofa, no sabéis lo que disfruto sacando a las mujeres de sus casillas. Se encienden muy rápido y les encanta discutir, aunque sinceramente prefiero encenderlas y que se apaguen debajo de mis sábanas, pero me pone que se vengan arriba así.

—¡Tú lo que eres es gilipollas! —y levantándose hacia su marido añade —Controla a tu primo si no quieres problemas —y se marcha dando un portazo en su habitación.

Después de eso, tengo una charla de lo más interesante, modo ironía on, con Gonzalo. ¿Qué les pasa a los hombres cuando se enamoran? Parece que dejan de tener personalidad propia para ser un sumiso de sus mujeres. Entiendo que no quiera tener problemas en su matrimonio, aunque si tienen una bronca por ello, seguro que la reconciliación será de lo más memorable, solo por eso creo que tengo más intención de llevar a cabo mi plan.

Cuando me marchó, decido ir a tomarme algo con Santi. Sé que esta por Aribau con Alberto y Jesús, así que las mujeres van a estar aseguradas esta noche. Y aunque en mi mente no paro de pensar en ese culo que me ha vuelto loco esta noche, necesito una buena copa y si se puede un buen meneo. De momento prefiero no mencionar a Santi todo este rollo, a ver hasta donde es capaz de llegar él sin contármelo a mí.

Al llegar la cosa está bastante animada, ya tienen compañía, y madre mía, qué mujeres hay sentadas en la mesa. Será sin duda una noche interesante.

Capítulo 12

El fin de semana es bastante tranquilo, el sábado en el spa todo fue estupendamente y el masaje me dejó más relajada que nunca. Siempre son bienvenidos y me encanta poder estirarme en una camilla y dejar mi mente despejada, es uno de los pocos momentos en que lo consigo. Consigo destensarme lo máximo posible y disfrutar del momento como se merece o, depende de cómo se mire, como me merezco yo. Y el domingo, como Sandra pasó el día con José, aproveché para ponerme con temas del trabajo atrasados. Ser tu propia jefa está bien porque controlas tus tiempos, pero a veces retraso temas pendientes que no debería. Mayo es uno de los meses más fuertes para mí y tenía que tenerlo todo al día para controlarlo bien, y como sabía que el Lunes voy a tener un día ajetreado con distintos clientes, quería estar bien preparada para ello.

Y tengo que reconocer que me encantan esos días, en los que puedo estar con mi pantalón de yoga, una camiseta cómoda, el moño a medio hacer y sentada en el suelo con todos los papeles esparcidos por ahí. Parece una estampa un poco desordenada si entras en el comedor ahora mismo, pero en mi desorden yo lo encuentro todo.

Así que con un fin de semana así, se me pasaron los dos días volando. El lunes también pasó con un visto y no visto, de reunión en reunión, pero de todas ellas salí muy contenta. Algo positivo tengo que tener en mi vida, y el trabajo es ese punto a favor. No solo me encanta lo que hago y disfruto con ello, sino que encima parece que se me da bien, no me puedo quejar en absoluto.

Y aquí estamos, es martes y tengo reunión con Santi en sus oficinas. Se que tengo que dar un paso más, y después de hablarlo con Sandra y Claudia en el Spa, esta vez tengo que ser yo quien proponga hacer una reunión fuera de este edificio, pero solo prometí hacerlo cuando hubiera quedado con Pedro, y eso no será hasta mañana. Estoy un poco más nerviosa de lo normal, porque desde que rechacé su invitación en el último momento no nos hemos vuelto a ver ni a hablar y no sé muy bien como se lo tomó, pero si somos profesionales no hay de qué preocuparse. De hecho, iba a ser sólo una reunión de trabajo, así que tampoco entiendo porque me rayo tanto con estos temas.

Y eso es lo que me demuestra él, que es todo un profesional. Ni siquiera ha mencionado nada al respecto de la comida, y se lo agradezco enormemente, no quería verme en esa tesitura, aunque al despedirse sí que me ha comentado:

—Me debes una comida —justo antes de darme dos besos en la puerta.

—Pronto —he contestado yo sin pensarlo demasiado.

Sé que para él puede ser extraño, tampoco sabe mi historial, ni quiero que lo sepa. Si quiero conocer a alguien, quiero que me conozcan a mí y por el momento no me apetece ser un alma en pena o que la gente me mire con otros ojos por lo que pasé, o me trate diferente. No quiero una relación estable, esto no entra en mis planes, ni en un millón de años, pero no negaré que a veces pienso que me vendría bien divertirme un poco. No sé si estaré preparada para ello, pero sí que lo pienso a veces. No dejo de ser una mujer, la que tenía una vida sexualmente muy activa, y alguna noche he tenido la necesidad de volver a tener una aventura. Aunque no las haya tenido nunca de ese tipo, quizás me vendría bien, eso es todo. Y si solo busco esto, mi historia no es relevante.

Me dirijo hacia mi moto cuando mis ojos se van a la cera de en frente y... ¡Cómo está el muy cabrón! Parece que los trajes le estén hechos a medida. Va hablando por el móvil, pero sé que me ha visto, por lo que tengo que seguir en mi dirección. Últimamente solo me falta verlo en sueños.

—Hombre Irene, cuanto tiempo —me dice por la espalda. Y si algo no soporto es que un hombre intente hacerse el gracioso.

—Hola Felipe —contesto rechazando los dos besos. Y siendo sincera, no sé si los rechazos por lo que me provocaron la última vez.

—¿Ni dos besos me vas a dar?

—Mantente lejos del primo de Gonzalo, me han advertido —contesto y sin más me doy la vuelta y sigo mi camino.

Sé también que pongo mi cara estrella, que a pesar de que me la han definido muchas veces, no la he visto nunca reflejada. Tampoco me he fijado en la cara que ha puesto él, ni me he querido dar la vuelta para mirar si todavía sigue ahí pasmado.

Me he sorprendido a mí misma soltando eso, tengo más confianza de la que soy plenamente consciente, pero tengo una sensación extraña. Este chico me atrae, claro que me atrae, cualquier mujer con ojos en la cara estaría atraída por un hombre así. El otro día en casa de Claudia al darme dos besos, sentí algo en el cuerpo que hacía mucho tiempo, demasiado, que no sentía, un deseo que tenía olvidado en un cajón, pero no, no estoy preparada para ello.

No he sido nunca de cosas espontaneas y no estoy segura de saber llevarlo.

Vale Irene, deja de montarte tus películas. No sé tratar con un hombre, no hay más. He estado toda la vida con el mismo hombre, no he conocido a otros, sobre todo sexualmente hablando, pero nunca me ha hecho falta ligar con uno ni he tenido la necesidad, así que en eso soy toda una principiante. Tampoco sé si es lo que quiero, no quiero que me toque nadie, solo de pensarlo me entra un asco en el cuerpo tremendo, pero por otro lado disfrutaba mucho con Luis en la cama, muchísimo y quizás me divertiría con ello. ¿Por qué tengo que seguir pensando en él? Claro que no puedo pensar en otro, pero necesito avanzar, y avanzar en una buena dirección.

Capítulo 13

Pensé que después de la cara de tonto que se me quedó el otro día en casa de Gonzalo y del moco que me tiro cuando me la crucé después de su reunión con Santi, tenía que hacer algo. Tengo un plan y sé que esa va ser una gran noche, pero quería que fuese a ella con una buena impresión de mí. He pensado enviarle un ramo de flores. Sí, lo habéis leído bien, yo enviando un ramo de flores a una mujer. Creo que a ellas les gusta eso, aunque nunca he podido entenderlo: las flores se mueren a los dos días. Pero he rechazado rápidamente este pensamiento. Si le llega un ramo mío sería muy raro y como de momento no quiero comentarlo con nadie, tampoco sabría dónde enviarlo. Así que a pesar de todas las buenas ideas que se me pasaron por la cabeza, tuve que abstenerme a tener un detalle con ella. ¿Yo un detalle con una mujer? Sí, el mundo se está volviendo loco. Creo que estoy teniendo la crisis de los 30 retrasada.

¿Qué me está pasando? El otro día me fui a la cama con Andrea, después de tomar algo con los chicos decidí que ninguna de las mujeres que nos acompañaban me alegraría la noche y me decidí a llamarla para pasar un buen rato. Andrea es una buena amiga, y nos lo pasamos muy bien juntos. No hace falta que nos digamos ñoñerías ni que pintemos una relación que no tenemos. Nos llamamos cuando queremos disfrutar y no hace falta decir mucho para saber lo que queremos. Nos entendemos bien en la cama, a diferencia de fuera de ella, que somos como dos mundos totalmente diferentes, probablemente por ello no hemos intentado nunca nada más. Tampoco nos molesta que el otro tenga otras historias, porque tampoco nos debemos explicaciones. Eso sí, cuando ella ha tenido pareja, yo lo he respetado por encima de todo. Sé que soy un cabrón, pero un cabrón con suerte de los que puede disfrutar de las mujeres que quiere. Pero nunca permitiría que una fuera desleal conmigo, va contra mis principios. De la misma manera que yo tampoco sería desleal, por eso no tengo relaciones serias, porque sería incapaz de contenerme si una mujer atractiva se me insinuara. Así que esa noche disfruté, pero si tengo que ser sincero del todo, disfruté de una manera errónea. Disfruté teniendo sexo con una mujer pensando en otra. Y queda mal decirlo, pero tuve el mayor orgasmo de mi vida. No quiero imaginarme si de verdad la mujer en la que

pensaba hubiera sido la que tenía debajo.

Después de eso me prometí a mí mismo que o ponía remedio y de una vez por todas me la tiraba pronto o tendría problemas mayores. Me da igual el pollo que me pueda montar Claudia, o que Gonzalo discuta con ella por mi culpa. Queriéndose como se quieren, logran arreglarlo, pero mi calentón no se arregla tan fácilmente y pensar en ese polvo me tiene martirizado. Me lo he imaginado de tantas maneras que ahora ya es difícil pensar que no va a tener lugar. ¡Claro que va a tener lugar!

He visto como me mira ella y aunque en el rostro muestra que quiere hacerse la dura conmigo sé que lo hace para tentarme más, y lo que no sabe es que me pone el triple de burro haciendo eso. Sí, lo admito, a los tíos nos pone que pasen de nosotros. Pero tampoco me gusta hacerme de rogar, solo quiero ¡un puto polvo! No creo que sea tan difícil de entender. Es más, a ella seguro que le sienta bien y se le saca toda la tontería que lleva encima.

Tampoco soy un insensible, puedo entender que lo haya pasado mal, pero el sexo te reanima al instante, eso seguro, y yo soy capaz de sacrificarme por ello. Puedo ser su medicina si ella me deja. Tendré que pensar una mejor manera de ofrecérselo para no ser ni tan directo, ni tan mezquino, pero creo que va siendo hora de que me vea como un objeto de deseo a poder ser.

Capítulo 14

Siendo sincera no estoy nerviosa y la cuestión es que tampoco debería estarlo. Pedro y yo hemos sido siempre muy buenos amigos y esto no es para nada una cita. Lo hemos hecho un montón de veces y a pesar de que pensaba que me sentiría extraña, me siento sorprendentemente bien. Si con alguien debía dar este paso era definitivamente con él. Poder tener una cena agradable y explicarle un poco como me siento y como han ido las cosas últimamente me apetece mucho y me reconforta pensar que él me entenderá. Lo ha hecho siempre y esta ocasión no tiene por qué ser distinta. Me hace especial ilusión que no hayan cambiado las cosas, y que sea como si el tiempo siguiera igual y volviéramos a tener un momento de los nuestros.

He decidido no arreglarme, no es necesario, es Pedro, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Ni tan siquiera mis preciadas amigas me han enviado un mensaje de ánimos, por ello todavía me siento más estúpida por no haberlo hecho antes. ¿Cuándo decidí prescindir de mis amigos? Si es que más estúpida que yo no se puede ser. Nunca tendría que haber llegado a estos extremos, así que me alegro enormemente de tener tan buenos amigos.

Salgo de mi apartamento, tarde como siempre, aunque como ya me conoce supongo que habrá contado con ello, y espero que no piense que me estoy echando atrás. Esta mañana cuando hemos hablado por teléfono me he encargado de hacerle ver que me apetecía mucho y él me ha hecho prometer que, si me sentía bien, aceptaría la comida con Santi. Digamos que no he accedido del todo, Santi es un tipo atractivo, mucho de hecho, y no sería malo volver a sentir cosas, sobre todo a sentirme deseada. Pero no estoy preparada para un hombre como él, necesito ir un poco con más calma, sin embargo, he prometido que pensaría en ello.

Estoy a dos calles del Central Park, el restaurante que ha sido siempre nuestro lugar de encuentro, cerca de casa y con platos a mi gusto, que eso ya es decir, cuando de repente me suena un mensaje al móvil.

Pedro: No te enfades conmigo, no he tenido elección. Si quieres matarme házmelo saber y estaré ahí en 10 minutos.

No lo entiendo muy bien, probablemente se haya equivocado. Entro y pregunto por mi mesa y en ese momento me doy cuenta que soy más ingenua de

lo que aparento. En ella está sentado ni más ni menos que Felipe y aunque está muy guapo con su traje azul marino y su camisa blanca, estoy enfadada. Y enfadada es poco. Y enfadada por varias razones. ¿Es qué vive en traje este hombre? ¿Es qué quiere torturarme con lo que insinúa con los dos botones de la camisa desabrochados? ¿Por qué cojones está aquí? ¿Puede dejar de perseguirme?... un sin fin de preguntas acribillan mi mente y mando un mensaje antes de dirigirme a la mesa.

Claro que voy a matarte, pero no hace falta que me rescates. Te espero en 1 hora para la copa, la voy a necesitar.

—¿Se puede saber quién te ha invitado? ¿Es qué no te cansas de acosarme?

—¡Vaya, sí que estamos de humor! —me suelta con una sonrisa que me molesta todavía más.

Creo que voy a necesitar más paciencia de la que estoy capacitada. Odio las bromas de este tipo, odio a los graciosillos como él, odio que me haya jodido el momento, odio que me deshagan los planes, odio no tener las situaciones controladas... buff... ¡Lo odio!

—Y tú te crees muy gracioso.

Respiro hondo y varias veces para no darme la vuelta y salir de ahí. Una hora pienso. Solo tengo que aguantar una hora hasta que venga Pedro, no puede ser tan difícil.

—Va, siéntate, prometo no torturarte demasiado.

—Para torturarme tendrías que importarme, pero como has escogido un buen vino, me apetece disfrutar de esta cena.

—¿Siempre eres tan simpática?

—Solo con quien merece la pena.

—Puedo sentirme afortunado entonces.

—Ni lo dudes.

Y después de este saludo tan extendido, en el que ni siquiera se ha levantado a darme dos besos, —correcto, tengo delante a todo un caballero, —decido que me voy a tomar con calma la velada.

Sorprendentemente va mejor de lo esperado, no es que sea un hombre muy extrovertido, pero es parecido a un partido de tenis. Lo nuestro está visto que es humor, y humor del bueno, probablemente como tiene una broma similar a la mía no se me ha hecho tan pesado, ni extraño estar aquí sentados, pero post el postre necesitaba un pequeño rescate.

—Veo que los cuchillos siguen en la mesa —me da un beso en la mejilla

Pedro al llegar.

—No te negaré que lo he pensado —le contesto devolviéndole el saludo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Felipe, y por su cara puedo dar por seguro que era lo último que se esperaba.

—Mi cena era con él, no contigo, y no sé qué le debiste hacer para convencerlo de lo contrario, pero si no te importa nos vamos a tomar algo.

—Me apunto —suelta sin pensarlo.

—Creo que no lo has entendido bien, nos vamos él y yo —le aclaro señalándonos a los dos.

—Ya la has oído, solo te cedí la cena.

—Entonces ¿Qué día te reservas para mí? —se atreve a preguntar.

—Miraré mi agenda y ya te avisaré —ni tan siquiera tengo su teléfono, ¡Qué iluso!

Y en ese momento soy yo la que se acerca a dar dos besos para marcharme.

—¿Todo bien? —pregunta Pedro nada más salir.

—Mejor de lo esperado, pero ¿Por qué?

—De verdad que no tuve elección, no entiendo porqué quería él, pero sabes que no lo hubiese hecho si tuviese alternativa —y sí, lo sé, algo debió de decirle para convencerle.

—Bueno, me debes un sex on the beach, así que vamos a ello —y lo necesito, necesito esa copa urgentemente.

—Ten un Palote como recompensa —saca de su bolsillo y me lo tiende.

Hoy sé que iré a dormir mejor que nunca. He superado mi prueba con creces, no me da miedo el sexo opuesto, ni un poco. Sigo siendo yo, sigo siendo la misma y sigo pudiendo compartir momentos con un hombre. Vale, tampoco nos hagamos ilusiones, que solo hemos cenado, pero he cenado con el hombre más atractivo que he visto en mi vida, y sí, mejor que Luis, que parece mentira que este diciendo esto.

Irene progresa adecuadamente.

Capítulo 15

Creo que ni contándolo en voz alta lo entiendo del todo, me parece una situación más que surrealista. Acabo de cenar con Irene Castro y no le he tocado ni la mano. He estado más cortado que cuando tenía 10 años y he dejado que me vacilara de todas las maneras posibles. ¿De verdad este soy yo?

Y ahora mismo estoy sentado con un Gin-tonic en la mano en la misma mesa, SOLO. Me he quedado solo, porque Pedro, el que me prometió que no me jodería la cena muy en contra de su voluntad, ha aparecido de repente y se la ha llevado a tomar algo. Y ella ha preferido irse con él a quedarse conmigo. Sorprendente, sí, me han dejado medio plantado.

—Ya te he dejado suficiente ventaja —le digo justo cuando descuelga el teléfono —ahora dime donde estáis.

—Vamos no me jodas Felipe, no me creo que no tengas nada mejor que hacer.

—Solo quiero tomarme una copa con ella y luego llevarla a casa.

—Ya sabemos cómo acaba eso para ti, te dije que no aceptaría.

—Me da igual lo que dijeras, ¿dónde estáis?

Estoy oyendo como Pedro le comenta la jugada a Irene.

—Sí te quedas tú, puede venir el inútil este.

—Ya la has oído, estamos en el bar de Pili —me confirma el antes de colgar.

Y aquí estoy, dirigiéndome al bar de Pili para tomarme algo con alguien que me acaba de llamar inútil y teniendo que soportar al tío más moñas del mundo como si fuera su guardaespaldas particular. Para que luego digan que los hombres no cedemos para las mujeres. Si hoy no mojo, es que estoy haciendo las cosas muy pero que muy mal.

Cuando llego, observo que Pilar no está, y eso es mal asunto. Se de sobras que si están en este bar de mierda es porque Pedro lleva detrás de ella mucho tiempo, creo que todavía llevaban babero cuando se enamoró y no sé ha dado cuenta que ella solo está esperando a que el otro dé el primer paso. Si ella no está, significa que voy a tardar más de la cuenta en deshacerme de él y voy a tener que aguantar lo bien que se entienden. Paciencia tengo poca y odio

sentirme fuera de lugar o que sobro cuando el que realmente tendría que sobrar es el otro, pero a la vista está, que por este polvo estoy sobrepasando mis límites. ¿Qué tendrá Irene para llegar a estos extremos? Tendré que acercarme, pero no sin antes enviarle un mensaje a Gonzalo para que con urgencia llame a Pedro.

—¿Así qué el inútil puede venir a tomar algo? —le digo nada más llegar acercándome a su oreja por detrás.

—Todo sea para no bajarte la autoestima —me contesta enseñándome su copa para evitar darme dos besos. Ni siquiera se ha sobresaltado por mi intervención.

Justo en este momento, la llamada que esperaba se realiza y como sé que Pedro no es tonto, la cara que me pone cuando mira su pantalla me delata, pero ahora mismo todo me da igual, tengo que aprovechar cualquier ocasión posible. Así que en cuanto se ha levantado de su asiento, le saco el sitio y pido otro Gin-tonic a la camarera.

—Te veo mucho más animada.

—La compañía es mucho mejor —tiene el descaro de mencionar.

Si fuera otra, ya estaría intentando tener algún contacto, pero ella ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos más de tres segundos y después del carácter que me está demostrando tener, temo a ser rechazado. Estás leyendo bien, no recuerdo la última vez que eso pasó, pero esta sería una posible ocasión, y no puedo permitirme dañar mi imagen de esta manera.

—Eso ha dolido —voy a intentar entrar en su juego.

—Brindo por ello —apunta mientras le da un toque a mi copa con la suya.

Y de repente ocurre algo que no había ocurrido en toda la cena y es que ninguno de los dos sabe que decir. Ella está mirando la sala, supongo que buscando a Pedro que tarda más de lo que una llamada de Gonzalo podría durar, pero yo sé a ciencia cierta que deben estar hablando de mi presencia y si encima está Claudia por ahí, menos guapo me deben estar diciendo de todo. Yo solo puedo observarla a ella y lo guapa que esta esta noche. No se ha arreglado mucho, pero sigue estando preciosa. Los vaqueros le quedan demasiado bien, y lleva un top blanco con volante que permite ver dos centímetros de su vientre, ese que tengo ganas de acariciar. Efectivamente, acariciar, y suavemente, con calma. Parece tener la piel muy suave. Lleva una coleta alta que deja su cuello al descubierto y todos los pensamientos que tengo con él podrían no considerarse muy puros, pero si me quedo embobado con algo es con su rostro. Parece que la estoy examinando, pero no tengo

intención de desaprovechar este momento.

—Irene voy a tener que retirarme, Gonzalo quiere salir a correr mañana antes del curro —anuncia Pedro al volver. Ella mira la hora y responde.

—Creo que yo también debería hacer un pensamiento, tengo asuntos que resolver mañana a primera hora.

—¿Te importa si te acerca Felipe? Él va en tu misma dirección —y esta frase me deja fuera de juego, era lo último que esperaba, pero no puedo evitar sonreír.

—Está bien, voy a ir al baño primero —se levanta de un salto del taburete y le da un beso en la mejilla, por suerte fue ahí.

En cuanto ha desaparecido, Pedro interviene:

—Sé que no debería haberlo hecho, me van a cortar lo de abajo por tu culpa, pero algo me dice que os estoy haciendo un favor a los dos.

—El favor se lo haré yo a ella.

—Felipe por favor, no hagas que me arrepienta antes de tiempo.

Y tras una palmada en la espalda, desaparece. Aprovecho para acabarme la copa de un trago, creo que la voy a necesitar.

La vuelta no sabría decir si es un poco tensa, la conversación no fluye mucho y yo tengo la sensación de que vuelvo a ser un crío de 15 años que está de lo más nervioso, por suerte estamos solos, porque si no sería el hazmerreír de los chicos hasta el fin de los tiempos. Si soy sincero, he puesto hasta la música más alta para evitar hablar, y por suerte mía le gusta lo que escucha y va tarareando la canción. En estos momentos me alegro de tener una hermanastra obsesionada con Operación Triunfo.

A la llegada, dudo en si salir o no del coche, pero como ella se aproxima para despedirse tengo claro que debo permanecer ahí. Veo que se va acercando a mí y creo que no voy a reaccionar correctamente cuando algo en mi cabeza me dice que tengo que actuar y me abalanzo sobre ella dándole un beso en los labios, un beso que a mí me sabe a gloria pero que dura apenas 5 segundos porque de repente me pega un empujón y seguida va su mano abierta en todo mi rostro. ¡Joder! ¡Que puto daño!

—¡¿Qué haces gilipollas?! —grita mientras abre la puerta y sale del coche.

Entonces salgo corriendo y voy a agarrarle del brazo.

—Lo siento Irene, lo siento —me estoy disculpando y de verdad. No debería, es realmente lo que tenía ganas de hacer y prefiero disculparme por las cosas que no hago, pero viendo su cara, es lo que tengo que hacer.

—¡Suéltame! —vuelve a gritar y cuando lo hago veo que corre hacia su portería.

No quiero montar ningún numerito por lo que decido que por hoy tendremos que dejarlo aquí y decido marcharme a casa. Voy a necesitar descansar después de esto. Todavía me duele la mejilla izquierda, incluso podría asegurar que tengo su mano marcada en ella, pero creo que mi ego está más dolido.

Capítulo 16

Ha pasado una semana desde que Felipe me besó y a pesar de que lo corté bien rápido no estoy segura de si me gustó o no. Más bien estoy confundida, pero ni fue oportuno ni creo que fuese cortés. No lo he comentado con las chicas y ni siquiera fui capaz de decírselo a Pedro cuando me preguntó si había ido bien. Me imagino que el tampoco debió comentar nada vista mi reacción. Pero después de una semana sigo dándole vueltas al tema. ¿Me apetecía? Posiblemente sí. Este hombre me pone más nerviosa de lo normal y creo que incluso he vuelto a la adolescencia por su culpa. Pero tengo trabajo que hacer, y hoy vengo decidida a pedirle a Santi que acabemos la reunión tomando algo. Una cerveza al salir de la oficina será un buen paso más.

El rato en su despacho va como siempre y como prácticamente es la hora de plegar, ofrezco:

—¿Qué te parece si hablamos de los regalos con una cerveza? —ni yo misma me creo que este invitando a un hombre a tomar algo, y por su cara deduzco que era lo último que se esperaba.

—Creía que no me lo pedirías nunca, ¿señorita Castro una cervecera?

—Tengo mis secretos.

Debajo de su edificio se encuentra el Dublins, así que no tenemos que debatir mucho donde ir.

—Creo que mi socio sigue en la oficina, le aviso por si se anima.

Y aunque pensaba que tenía ganas de que tuviéramos un momento más íntimo, con este comentario soy consciente de lo mucho que me he rallado con sus invitaciones innecesariamente.

Una vez en el bar, nos tomamos una cerveza en lo que llega su compañero, pero cuando pienso que el mundo no puede ser más pequeño ya que empezamos a tener más amigos en común de los que pensaba...

—¿Ahora las reuniones de trabajo se hacen con cerveza? —y esa voz me suena demasiado como para ser verdad.

—Irene te presento a Felipe, mi socio en FeSa —se adelanta Santi.

Esto tiene que ser una puñetera pesadilla. Llevo meses trabajando con ellos y no me he dado cuenta, ni tan siquiera se ha presentado a ningún acto de la empresa. ¿Qué tipo de jefe hace eso? Vale, si lo pienso bien me empiezan a

cuadrar ciertas cosas: el día que se presentó en mi puerta en el hotel, el día que nos cruzamos debajo de su edificio, y algún otro día que también me lo he encontrado en la zona, pero ¿por qué cojones no lo ha mencionado antes? Yo misma mencioné que estaba organizando la gala de verano de esa empresa el día de la cena.

—Encantado —tiene el morro de soltar en ese momento. Y cogiéndome de la cadera me da dos besos.

Su mero contacto me ha puesto tensa, y todo lo cómoda y relajada que estaba con Santi se ha ido al garete en un par de segundos. Creo que esto me va a superar de un momento a otro.

—Pero no quiero interrumpir, podemos seguir hablando de los regalos a los empleados —añade.

No estábamos hablando de ello ni por asomo, pero está claro que vamos a tener que retomar la conversación en otra dirección. Santi es todo un profesional, por lo que rápidamente ha podido dar ese giro que necesitábamos para aclarar los puntos que teníamos previstos para la gala hasta el momento y gracias a su profesionalidad he podido seguir en esa mesa. Si se habla de trabajo, yo misma soy una experta en mi campo y, si me dan cuerda, puedo estar centrada únicamente en ello.

Dos horas más tarde, Santi anuncia que tiene que marcharse y al despedirse me informa de que ya hemos roto una barrera, y que la próxima reunión merece una comida, y evidentemente no puedo negarme. Tiene razón y me ha demostrado que puedo estar tranquila, que fuera de la oficina también sabe poner los puntos donde sea necesario.

Pero una vez se ha marchado, vuelve a reinar el silencio, vuelvo a ser una chica de 14 años que no sabe dónde meterse y empiezo a morderme las uñas cuando de repente me coge la mano y advierte:

—Deja de hacer eso —y viendo mi cara de sorpresa añade —¿Está la señorita Castro nerviosa?

Odio que haga eso, ahora me llama señorita Castro porque Santi lo ha hecho en todo momento, porque siempre nos hemos hablado de usted a pesar de la cantidad de ocasiones que hemos mencionado que no hacía falta. Nos habremos acostumbrado a ello, pero con él no y menos si se trata para vacilarme de esta manera.

—¿Tendría motivos para estarlo? —si tenemos que jugar, soy muy buena jugadora. Siempre me ha gustado este tipo de juegos, posiblemente porque he tenido que parar los pies a más de uno en algún momento.

—Eso tendrás que decírmelo tú, te noto un poco tensa. —sé que se está riendo de mí a más no poder, pero no sé ni dónde quiere llegar, ni me apetece averiguarlo.

—Creo que será mejor que me vaya, mañana hemos quedado con las chicas para comprar el regalo de José.

—Espero que me guardes un sitio a tu lado en la cena, vamos te acompaño —y así señores y señoras es cuando en hombre demuestra la cara dura que tiene.

Nos dirigimos a la salida, a mí me apetece ir dando un paseo y él accede a acompañarme. Como ha venido andando podrá regresar desde mi casa.

El camino se hace corto, tampoco hablamos mucho y como Sandra siempre es tan oportuna me he pasado medio paseo al teléfono para decirme que no venía a cenar y que quizás dormía en casa de José. Ya me he acostumbrado a mis días a solas, tampoco hay muchos y más porque antes de que Claudia estuviera casada se turnaban para no dejarme sola; pero en realidad no me molesta. No necesito una niñera ni nada por el estilo, al principio lo hacían más porque mis lloreras eran constantes y se sentían mal, pero poco a poco les fui diciendo que estaba bien y que a veces incluso me sentaba bien estar así y poder reflexionar un poco. No soy partidaria de comerte el coco a menudo, pero los momentos para ti son esenciales cuando intentas superar un bache o tirar adelante.

—Tengo cena para dos, Sandra me ha plantado, ¿te apetece subir? —llegados al portal, mi subconsciente me acaba de traicionar.

—¿Voy a poder elegir el postre? —cómo le encanta picarme.

—Ni lo sueñes —claro que me gustaría que el postre fuera él, pero ¿Qué estoy pensando?

Al llegar al apartamento, tengo la mesa parada con Sushi, Sandra ya me ha informado de que lo había dejado preparado porque el plan le ha surgido en el último momento. Por mi parte no le he comentado que vendría acompañada, no creo ni que se lo imagine y menos con este espécimen, pero me ha dicho que, si mi atracón no era suficiente, se lo guardara para mañana.

Me encantaría ponerme más cómoda, hasta ponerme el pijama, pero creo que eso no va a ser posible si quiero mantener la compostura, lo que sí que voy a hacer es descalzarme, hacerme mi moño y ponerme mis gafas de estar por casa. Estoy en mi casa, solo faltaría que no pudiera ser yo misma.

En cuanto vuelvo al salón, no cruzo ni la puerta que la mirada de Felipe me está llamando a gritos. Se ha sacado la americana y arremangado la camisa

a rayas que lleva hoy. Se está tocando el pelo y no sé si a modo nervioso o solo lo hace para llamar mi atención, pero tal y como me mira creo que ya voy incluso mojada. ¿Cuánto tiempo llevaba sin experimentar algo así? Y justo cuando voy a cambiar mi rumbo hacia la cocina preguntando que le apetece beber, me agarra del brazo y acercándose a él me planta un beso en los labios.

Un beso suave, tierno, húmedo, apasionado y no tardo ni un segundo en corresponderle, en abrir mi boca para que el beso sea más intenso, para que nuestras lenguas puedan cruzarse y conocerse. Cuando nos separamos me falta el aire, mi respiración está toda acelerada y si alguien tiene que romper el momento romántico que acabamos de presenciar sin duda tiene que ser él.

—No hubiera soportado otro rechazo.

—Me has pillado desprevenida —me atrevo a mencionar simulando una sonrisa falsa.

—No mientas, te ha encantado —si es que no se puede ser más chulo.

—Me gusta más el sushi —y cogiendo un par de copas y un vino blanco, me dirijo a la mesa para sentarme a cenar.

Sorprendentemente la cena va bien y se muestra mucho más humano de lo que estaba acostumbrado. Me explica como crearon FeSa y porque no presencia mucho los actos de la empresa y prefiere mantenerse en segundo plano. Yo también le cuento como cree la mía y ambos mencionamos todas las ventajas que supone tener una empresa propia. También nos ponemos al día sobre ciertos temas cotidianos, sobre lo que nos gusta hacer o como nos conocimos con las chicas y agradezco enormemente que el tema relaciones quede apartado. Deduzco que él no debe ser un hombre de esos, y me imagino que Gonzalo le habrá puesto al día de mi situación, aunque hubiese preferido que no fuese el caso.

El tiempo pasa volando, y a la una de la madrugada creo que ya es hora de dar por finalizada la velada, mañana sigue siendo laborable. Pero cuando vamos a despedirnos, Felipe vuelve a balancearse sobre mí y a besarme con mucha más fuerza que antes. Creo que el vino también me está afectando lo suyo y me dejo llevar por el momento. También porque sus besos me gustan, me atrapan, besa con suavidad y decisión, besa de manera lenta para poder saborear cada uno de los besos y cada uno tiene su detenido tiempo para que crea que estoy soñando. Al final de cada beso se detiene un poco más como si fuese a morder mi labio inferior y eso me enciende un poco más. Un beso lleva a otro, pero cuando creo que llevamos demasiados, que tengo un calor en el

cuerpo que no me resulta familiar, cuando él me acaricia la espalda y pasa su mano por dentro de mi camiseta, tengo que dar un paso atrás.

—Creo que será mejor que te vayas —su cara de pasmado me lo dice todo.

No está acostumbrado a que lo corten de esta manera. Somos adultos y me imagino que estas situaciones son frecuentes en alguien que disfruta del sexo o que le gusta jugar en ese terreno. Hoy en día no hace falta mucho más para poder tener un momento íntimo, y no sabría decir si en otras circunstancias yo hubiera reaccionado de otra manera, porque no lo he vivido nunca, pero ahora mismo necesito poner el freno, irme a la cama y pensar sobre lo que me acaba de ocurrir. Es el primer hombre que beso después de Luis, y la verdad es que me ha gustado, pero no, no estoy preparada para que me vuelvan a tocar.

Él no protesta tampoco y se despide dándome un beso en la mejilla antes de cruzar la puerta de salida, no sé con qué sabor de boca se va, pero yo me quedo con un sabor de boca amargo, amargo porque no entiendo el momento que acabo de vivir, y amargo porque no me gustaría que tuviera una idea equivocada de mí. Al fin y al cabo es el primo del marido de mi mejor amiga y parece que vamos a tener que aguantarlo una temporada.

Al meterme en la cama sé que va a ser una noche complicada, les envío un mensaje a las chicas para quedar el fin de semana y me pongo a intentar descansar.

Capítulo 17

Me siento en el sofá de casa de Gonzalo y lo primero que hago es pedirle una cerveza mientras le suelto:

—¿Voy a tener que suplicarle el polvo?

—Pobre, ¿a ti una mujer que se te resiste? —me sorprende Claudia entrando al comedor.

Mierda. No me apetece una charla reflexiva en estos momentos y menos con ella y menos con ella sobre Irene. Pero, por otro lado, voy a intentar camelármela, si lo consigo puede incluso servirme de ayuda.

—¿Has hablado con Irene? —le pregunto entonces.

—¡Felipe no me jodas! —me grita —¡Gonzalo ya puedes venir al salón! ¡Ya! —le grita a su marido.

—¿Qué pasa? —pregunta este al llegar con un par de botellines.

—Pregúntale a tu primo y más os vale que no sea lo que pienso.

—¿Qué has hecho ya? —y por la cara que pone sé que me está acusando correctamente por algo que sabe que he hecho bien.

—Ojalá hubiese hecho algo.

Y entonces procedo a explicarles lo ocurrido, omitiendo todos los detalles banales de la cena y centrándome en el rechazo que sufrir al tener que irme. Me fui con un calentón tremendo, estuve hasta tentado de buscar a alguna candidata para finalizar el trabajo, pero me contuve, me contuve porque necesitaba que la que acabara todo eso fuera ella. Me estoy prácticamente volviendo loco, con lo fácil que ha sido siempre mi vida, con lo mucho que he disfrutado de las mujeres y ahora me veo al borde de un precipicio, porque la mujer más espectacular que he tenido delante de mí me ha rechazado, y no una sino dos veces.

No sé interpretar las caras que están poniendo. Gonzalo solo mira a su mujer, y me imagino que para evitar tener esa complicidad que hemos tenido siempre y que en su momento él hubiera pensado y querido lo mismo que yo, pero ahora tiene que interpretar otro papel y mostrar que está a favor de la otra parte. Claudia me está mirando con una mirada más que asesina, que si de ella dependiera ya estaría muerto y enterrado.

—¿Pero cómo se te ocurre? —me recrimina una vez he finalizado mi

relato —¿Tu sabías algo de esto? —se gira hacia su marido que este rápidamente levanta las manos a modo de inocente mientras niega con la cabeza. —Más te vale no volverte a acercarse a ella, y créeme no es una advertencia, es una amenaza. ¡Maldita sea! ¡Mantén a tu primo controlado! —suelta finalmente levantándose del sofá y saliendo de la sala.

Ni que hubiera matado a nadie, simplemente he besado a una mujer y hasta donde yo tengo entendido, ella no opuso resistencia, si podría afirmar que le gusto, me devolvió el beso, y por unos instantes tuve la certeza de que tenía las mismas ganas que yo.

—Felipe, te lo dije. Irene no es para ti.

—¿Y quién es para mí?

—Cualquier mujer que le guste el sexo tanto como a ti.

—¿Y a ella no le gusta?

—Aquí ya no me meto, pero va a otro ritmo.

—Entonces que sea ella quien decida.

Sé que mi primo me entiende más de lo que pienso y por eso da la conversación por zanjada para que podemos hablar de otros temas. No creo que ninguno de ellos me ayude a tener ese momento de intimidad con Irene y por lo visto voy a tener que mantenerme al margen durante las reuniones grupales para que no vuelen los cuchillos entre varios presentes, pero no sé si voy a ser capaz de desistir de mi objetivo.

Lo que sí que tengo claro, es que si ella tiene estas barreras yo voy a seguir disfrutando de mi vida, que para algo llevo 31 años haciéndolo y nunca nadie me ha puesto un freno en mi camino. Si no es ella, será con otra, que el mundo está lleno de mujeres y mujeres sumamente atractivas dispuesta a disfrutar de encuentros sin pensar en nada más. Ella se lo pierde, eso es más que evidente, con lo que le hubiera enseñado yo.

En este momento odio a las mujeres que creen en los cuentos de Disney, ¿por qué todas esperan a que aparezca su príncipe en algún momento de su vida? Hay gente que nace sin necesidad de pertenecer al mundo de príncipes y princesas, si no al de querer disfrutar de todas las cosas buenas que les presenta la vida, de poder aprovechar todas las oportunidades; y el sexo es uno de los mayores placeres que existe. ¿Por qué limitarse solo a disfrutarlo con una sola persona? Cada encuentro tiene su qué y lo bueno está en poder disfrutar de cada uno a su manera. La felicidad puede ir ligada a no preocuparse en exceso por nadie, no tenemos que compartir nuestra vida con una persona en concreto para tener una felicidad plena. Y eso es lo que me

sucede a mí. Soy muy feliz, y soy feliz porque no desaprovecho mis oportunidades y porque tengo la suerte de salirme siempre con la mía. Respeto la gente que prefiere el otro cuento, como Gonzalo y Claudia, pero no comparto su manera de ver la vida; me puede parecer aburrida, ¿Quién quiere estar todas las noches con la misma mujer?

Así que no voy a dar más vueltas a mi cabeza esperando que algún día Irene caiga en mi cama y pueda tener a esa diosa entre mis sabanas, que parece muy puritana pero que me encantaría poder sacar su parte más salvaje. Pero no voy a forzar más la situación. Felipe Campos no va detrás de nadie.

Después de prometerle a Gonzalo que no forzaría las cosas y que me comportaría en nuestras quedadas, tengo aprecio a mis partes bajas, y sé que Claudia no solo se la cortaría a él, así que vamos a mantener las distancias. Llamo a Jesús para ir a tomar algo, quiero que este fin de semana sea movidito.

Capítulo 18

—¡Creo que alguien tiene algo que contarnos! —grita Claudia al abrir la puerta de nuestro apartamento, y digo nuestro porque a pesar de no vivir con nosotras, sigue teniendo llave y temo que un día me mate de un susto al abrir la puerta de esa manera tan brusca.

—¿Culpable? —levanta la mano Sandra —Le he comprado un viaje a San Francisco a José por sus 30 —nos anuncia.

—Que envidia —menciono, San Francisco siempre ha sido una de mis ciudades favoritas y siempre he querido volver a visitarla. Aunque tenga recuerdos con cierta persona por ahí, la ciudad es tan mágica que lo vale todo.

—Dejemos el tema pasteloso para después. ¿Cómo se te ocurre besar a Felipe?

—¿Cooooomooooo? —suelta Sandra de repente y creo que le va a dar algo después del grito que ha pegado, aparte de que a mí me ha dejado sorda al instante.

—Punto número uno, yo no lo besé, fue él, punto número dos, lo frené a tiempo, punto número tres, me pilló desprevenida —son los 3 primeros puntos que se me han ocurrido sin tener que pensar demasiado.

—Punto número uno, un beso es cosa de dos, punto número dos, ¿qué coño hacía aquí?, punto número tres, ¿qué esperabas obtener de un hombre como este? —me replica Claudia sin parpadear.

—Eieiei, señoritas, me estoy perdiendo —participa Sandra.

—Esta loca metió a Felipe en vuestro apartamento y estuvo a punto de bajarse las bragas con el primer beso —aclara Claudia.

—Y lo bien que te hubiera sentado —sentencia la otra.

—Pero ¿puedes no incentivarla?

—No tiene nada de malo, llevamos meses intentando que eche un polvo, pues que lo haga con alguien que parece que sepa cómo se hace bien —me guiña un ojo para que pille bien su comentario.

—¿Podéis dejar el tema? Estoy aquí delante. —decido mostrar mi presencia en esta conversación. —me habéis advertido ya de cómo es Felipe y no tengo ninguna intención de volver a pasarlo mal, quería comprobar si me sentía preparada y me di cuenta de que no, eso fue todo —prefiero aclarar.

—Solo quiero que vayas con cuidado, el mejor remedio para todo no es un cabrón como él. Solo quiere un polvo Irene, solo eso —me advierte Claudia.

—Entonces cuando crea que estoy preparada, sabré bien a quien acudir.

A partir de este momento, se han divertido en hacer una lista de pros y contras de ese polvo y de que la persona con quien lo realizara fuera o no Felipe. Sandra siempre es más atrevida que Claudia por lo que ella apoya la idea de que pueda disfrutar del sexo sin pensar en nada más y creé a ciencia cierta que Felipe sería un digno candidato a darme un buen meneo, pero teniendo presente que solo busco diversión. Claudia prefiere que vaya con alguien que se tome las cosas poco a poco y que me enseñe que a pesar de que no haya ataduras se puede disfrutar de una manera más romántica. Incluso ha mencionado que después de todo lo que les he contado de Santi, sería un candidato mucho más digno.

Agradezco que se preocupen por mí, y que se tomen tantas molestias en querer buscar mi felicidad, pero estoy empezando a ser consciente por mí misma que tengo que salir del pozo en el que me encuentro y me creo capaz de poder salir sin ayuda. Hace casi un año hubiera sido impensable, pero después de tantas conversaciones, de tantas noches de insomnio, de tantos dolores de cabeza, he decidido que tengo 26 años y toda una vida por delante, que a veces esta misma no me lo va a poner fácil pero sólo depende de mí la dirección en la que vaya.

He decidido que me merezco pasármelo bien, tener esa juventud que siempre me han dicho que sacrifiqué por un chico y que en su momento pensaba que era lo mejor que estaba haciendo con mi vida. Pero que llegados a este punto puede que tuvieran razón. No podré cambiar mi decisión ni podré borrar todo lo que viví, tampoco quiero, porque en algún momento de la historia fui tremendamente feliz. Sí, tremendamente engañada pero feliz. Pero lo que si voy a cambiar es mi manera de ver las cosas ahora mismo y me apetece divertirme, alocarme y perder un poco la cabeza.

El tema del sexo vamos a dejarlo apartado por el momento, no me siento capaz, pero voy a salir a pasármelo bien, voy a disfrutar de mis amigos y voy a dejar de encerrarme en mis paredes para que el trabajo o mis libros me consuman. He dejado de leer novelas románticas, en algún momento dado pasaré a leer novelas eróticas para aprender algo, pero hoy por hoy prefiero los thrillers o las novelas de suspense. Como mis series o mis películas, vamos a dejar el amor encerrado en un cajón por el momento y vamos a salir a vivir el día a día, a sentir lo que me apetezca sentir y a dejarme llevar.

Sé que los impulsos no son siempre buenos, pero existe la frase que dice: es mejor pedir perdón que permiso, y la vida es muy corta como para privarse de algo. Vale, me ha costado tiempo tener esta mentalidad, no me juzguéis demasiado, pero nunca es tarde para lo que realmente importa y mi vida me importa y mucho.

Capítulo 19

José cumple 30 años y como no podía ser de otra manera Sandra le ha pedido a Irene que sea ella quien reserve mesa para la cena y que luego puedan venir el resto de amigos a tomar una copa. No la veo desde nuestro desafortunado encuentro, pero si algo tengo claro es que no voy a perder la cabeza por ella, ni mucho menos me voy a quedar en cuarentena. Le he pedido a Gina que me acompañe en esta ocasión, después del sexo desenfrenado que tuvimos la otra noche, no le ha importado en absoluto. Lo que ella no piensa es que no tengo el mínimo interés en llevármela a la cama esta noche, pero bueno, tampoco vamos a descartar un polvo tan rápido.

Ha reservado en la terraza de La Florida para la ocasión, las vistas de este hotel son de lo mejor que hay en Barcelona y aunque haya hoteles de iguales condiciones, este es increíble. No es sorpresa, pues el anfitrión creo que es él que tiene la sorpresa preparada, le quiere pedir matrimonio a su querida esta noche. Por lo que no me ha importado llegar el último y cuando llegamos ellos ya están ahí. Me aproximo a la barra para saludar y realizar las presentaciones adecuadas. Y aprovecho que me aproximo a Irene para darle dos besos mientras le susurro:

—Si tu no me das lo que quiero, tengo candidatas de sobras.

Veo como abre los ojos, símbolo de que mi descaro a provocado lo que esperaba. Por otro lado, las miradas de Gonzalo y Claudia no me pasan desapercibidas. Sé que son los únicos que están al corriente de la situación, y sé que Claudia tiene inmensas ganas de matarme, pero su marido se adelanta y hace ademán para que podamos tener una conversación más privada entre los chicos en lo que nos acaban de preparar la mesa.

Las mujeres se encuentran a escasos metros de nosotros por lo que tengo el oído puesto en su conversación más que en lo que me están contado a mí... Sandra se ha llevado a Gina con no sé qué excusa por petición de Claudia y aunque no se oye mucho, puedo escuchar como Irene le anuncia:

—Jugar sucio sabemos todos, ¿para eso nos quieren? Pues juguemos.

Entonces para sorpresa de todos, se acerca a nosotros y acercándose a mi oído me informa:

—Que te quede bien claro lo mucho que me importa.

Y decidida cruza la sala y veo como se acerca al chico que acaba de llegar... mierda... Santi. Y entonces va y bajo la atenta mirada de todos nosotros, e incluso de su preciada amiga que no da crédito, le agarra de la americana se acerca a él y le planta un beso. Y joder, como la recibe, que nada más separarse ya la está buscando de nuevo.

“Con Santi no, joder, con él no por favor”, pienso.

Después de un par de besos que no han dejado indiferentes a nadie, veo que le susurra algo al oído y se dirige hacia el servicio. Y puedo asegurar que esos besos son buenos, y tan buenos, calientes, intensos, de la única manera que sabe besar ella y si lo juntas con el deseo que tenía él por este momento... no quiero ni pensarlo, solo quiero saber qué coño le ha dicho, y que coño hace el aquí. Veo que Santi, medio atontado por el momento, le inspecciona el trasero y luego nos busca con la mirada. Me estoy poniendo enfermo cuando llega y suelta:

—Necesito una copa, o varias... voy a tener el polvo de mi vida.

¿Perdona? No quiero montar un numerito, no hoy ni aquí, pero anoto mentalmente que tengo una charla con Santi pendiente y que por todos mis medios no van a salir por la puerta juntos esta noche.

Poco después se nos unen las chicas y mientras las tres de siempre se sientan a un lado, Gina aprovecha la ocasión para sentarse junto a mí y mostrarse más cariñosa de lo normal. Sabe perfectamente que odio estas muestras de cariño y tengo que apartarle la mano en varias ocasiones. La conversación sigue su curso, pero de repente y con la expectación de todos Irene se levanta y se sienta encima de Santi. Sí, sí, encima de él, cogiéndole del cuello y todo. Si no viera las caras de asombro de todos creería que soy el único que se está volviendo loco. Y creedme que no solo flipa él mismo, que creo que se le ha puesto dura al instante. Todos se han callado de repente, Gonzalo y Claudia cruzan una mirada en lo que ella se encoge de hombros para mostrar que efectivamente no entiende nada, Pedro y Fran están atónitos con la situación, y José que esperaba la tarta para su momento veo que se está tensando más de lo esperado.

—Entonces Felipe, cuéntanos de donde ha salido tu nueva amiguita — suelta de repente Irene. Esto no puede ser cierto y por supuesto ha puesto cierto rin tintín en “amiguita”.

Nadie sabe qué decir, parece que Irene ha vuelto a recuperar cierta esencia de repente. Cuando veo que Claudia y Sandra se miran y sonrían sé que estoy en lo cierto, Irene está reavivando y eso no sé si eso es bueno para mí.

—Felipe y yo vamos al mismo gimnasio, y permíteme corregirte somos algo más que amigos —interviene Gina intentando marcar territorio.

¿En qué momento me he perdido yo?

¿Gimnasio? ¿Más que amigos? Sí, ya sabía que las mujeres estaban locas, ahora creo que lo reafirmo más. ¿Por qué nadie dice nada? ¿Por qué no se me ocurre a mi nada que decir?

—No me lo puedo creer, será cierto que Felipe va a centrar la cabeza —contrataca Irene exagerando sus palabras a modo de burla, acompañada de una risa que contagia a la mitad de los presentes.

—Ya está centrado —claudica la otra y me planta un beso que no me da tiempo a rechazar.

—Brindemos por ello. Creo que esta noche va ser buena para todos —y le planta otro morreo a Santi, que a pesar de haberse dado cuenta de que hay algo raro en el ambiente, disfruta mucho el muy cabrón.

Todos tienen la copa levantada, y me miran esperando mi aprobación y en este momento es cuando pienso que se han vuelto todos locos, que esto no puede estar pasándome y que se están riendo de mí, por lo que me levanto y con un tono de lo más enfadado posible suelto:

—¡Iros todos a la mierda!

Y sin más me voy a la entrada del hotel a respirar un poco de aire.

—Cuando quieres jugar, tienes que saber con quién lo haces —oigo la voz de Pedro que se aproxima a mí.

—¿Cuál es el juego exactamente?

—¿Enserio Felipe? No juegues con ella, los tiene muy bien puestos.

—¡Qué se folle a los que quiera! Pero a mí que no me monté estos numeritos.

—¿Tenías que venir con Gina hoy? Solo invitó a Santi porque le advertimos de tu acompañante.

—Quiero pasármelo bien, ¿tan difícil es de entender eso?

—Pues tu sabrás con quien te apetece pasártelo bien —me anuncia mientras se va porque Gina está viniendo en mi dirección.

Si es que somos muy básicos, nos creemos los reyes del mundo y no somos nadie. Yo venía acompañado para poder demostrarle que no me afectó para nada que me dejara con las inmensas ganas de desnudarla y de hacerla mía, para declararle que no tiene un efecto especial en mí y que tan sólo era una mujer más en mi lista de conquistas y sin embargo, me molesta terriblemente que ella haya podido hacer lo mismo. Y sí, me molesta tres veces más el hecho

de que quien le acompañe sea mi gran amigo Santi, que sé a ciencia cierta que no debe estar buscando precisamente una relación de amor, sino lo mismo que yo. Y he caído en un terrible error de principiantes. Lo más seguro es que si hubiese venido solo, me hubiera ganado una pequeña aprobación de sus amigas y tendría alguna opción de acabar la noche con ella. Ahora mismo no puedo pensar en nada más, en que como me tenga que ir a casa imaginando lo que pueda estar haciendo ella con Santi me voy a volver loco. ¿Lo rechazará a él también? Sé que se han visto un par de veces más fuera de la oficina, y según lo que él me comenta todo ha sido muy profesional, pero soy consciente del feeling que han tenido delante de mis narices y de lo mucho que me he cabreado al presenciarlo.

—No tengo ganas de hablar —le comunico a Gina antes de que pueda decir algo —no tendrías que haber mencionado nada.

—¿Me has traído aquí para darle celos a esa? —y que la llame esa me ha puesto de más mala leche, si es eso posible.

—Esa tiene un nombre.

—¿Sabes? ¡Vete tú a la mierda! —y se larga.

En ningún momento le prometí amor eterno. Lo pasamos bien un par de veces, nos entendimos en la cama y cuando le propuse venir a esta cena me encargué de que tuviera muy en cuenta que me apetecía más el post cena con ella que la cena en sí, por lo que pensaba que nos habíamos entendido perfectamente. De todos modos, no me afecta lo más mínimo que se haya marchado, voy a tener que volver dentro y aparentar que nada de esto me molesta lo más mínimo.

Capítulo 20

Cuando lo veo volver sé que he ganado la partida, y el chute de adrenalina que siento en mi cuerpo es excepcional. No recuerdo la última vez que me sentí así y por las miradas de Claudia y Sandra tengo la aprobación de que Irene ha vuelto, y Irene ha vuelto a lo grande. Ni yo misma me creía capaz de hacer lo que acabo de hacer y a pesar de que creo que me tiemblan hasta las piernas, ha merecido la pena, su cara me lo confirma.

—Creo que a alguien le acaban de dar plantón —me mofó, si es que cuando me arranco, ya no hay quien me frene.

—Irene, dejemos el tema —me susurra Pedro.

Y aunque me encantaría seguir chinchando a este chulo de por vida, creo que José se merece que el cumpleaños gire en torno a él, así que me levanto de encima de Santi, tampoco quiero que se emocione demasiado, y voy a hablar con Miriam para saber si la mesa esta lista.

—Irene, necesito hablar contigo —me comenta el cumpleañosero cuando voy a volver junto al grupo.

—Perdóname por el espectáculo, se me ha ido la cabeza —me disculpo antes de que se me pueda reprochar algo.

—¡Qué va! Me fascina ver que alguien puede plantarle cara a Felipe. —y sé que lo dice de verdad por la sonrisa de su rostro —pero quiero hablarte de otra cosa.

—Miedo me das, pero tu dirás —y las tripas empiezan a cobrar vida propia.

—Quiero hacer algo esta noche —miedo nivel 1 —pero necesito tu consentimiento primero —miedo nivel 2 —sabes que no haría nada que pudiera afectarte —miedo nivel tres a la de ya.

—José por favor —me estoy poniendo tremendamente nerviosa, ni me gustan las sorpresas ni me gusta que me creen este suspenso. Las cosas siempre claras.

—Está bien, está bien. Quiero pedirle a Sandra que se case conmigo esta noche —creo que mi cara cambia al instante —pero solo si a ti te parece bien, no eres el padre lo sé, ni tendría porque pedirte permiso, pero sé el respeto que os tenéis entre vosotras. Sé que no fue fácil con Claudia y a mí me

encantaría que fueses tu misma en todo momento y que estuvieras a su lado en toda la preparación por lo que si tu no estás 100% de acuerdo esperaré lo que haga falta —sé que se está poniendo nervioso porque se arranca a hablar más de la cuenta y da detalles que no harían ni falta.

Sé que la noticia me ha pillado por sorpresa, creía que ellos esperarían un poco más, pero el otro día ya lo hablé con ella y sé la ilusión que tiene por este momento. No puedo ser yo quien la prive de ello. No me gustaría ver el reflejo de mi rostro en este momento, porque no sé si realmente refleja lo que me apetecería reflejar. Quiero que se lo pida, quiero que mis amigas disfruten de algo que yo no voy a tener pero que puedan ser felices y compartirlo con ellas, pero tengo temor a quedarme sola, aunque tampoco las puedo retener para siempre.

—José tienes razón, no tienes ni que pedirme permiso, y te agradezco infinitamente el gesto, pero sé que no hay nadie que la pueda hacer más feliz que tú, ¿dónde estaban los chicos como vosotros cuando me tocó a mí?

—Aix Irene... —me abraza y me abraza tan fuerte que temo por mi respiración —los chicos seguiremos estando aquí para ti, y prometo que te la dejo hasta el día de la boda.

Al menos me queda un año aproximadamente para hacerme la idea de que me voy a quedar sola. Prefiero pensar que solo me quedaré sola por las noches, pero ahora nos tenemos que centrar en que hoy va a ser una gran noche para alguno de nosotros y voy a poder presenciar un momento de máxima felicidad para una de las personas más importantes de mi vida.

Durante la cena las aguas están mucho más calmadas, queda menos de un mes para el verano y todos ellos quieren exponer sus planes para entonces. Yo como no tengo ninguno me limito a escuchar y a envidiar un poco. Probablemente haga algo con mis padres, aunque desconozco sus intenciones, o puede que me vaya un fin de semana con las chicas por aquí cerca. Pedro también me propuso realizar una pequeña escapada, pero visualizo que serán todo planes de último momento. Santi está muy integrado con todos ellos, me sorprende que no se conocieran anteriormente, pero como es un doble de Felipe, no me sorprende que lo acojan de tal manera.

En el momento de la tarta hemos aprovechado para darle los regalos al treintañero y a pesar de que el de Claudia y mío le ha entusiasmado, un salto en paracaídas le hacía muchísima ilusión, el de Sandra se ha llevado la palma y es que veinte días en el continente americano no son para menos. Y una vez finalizadas las ofrendas, es ritual pedir unas palabras, a lo que José se

arranca:

—Creo que la mesa no podría estar mejor presenciada que por los que estamos aquí y me alegro de que podamos volver a estar todos juntos —me guiña el ojo —y por ello os doy las gracias a cada uno de vosotros, pero si a alguien tengo que dar las gracias es a Sandra, porque va a tener que aguantar mi crisis de los 30 en breves, pero porque espero que pueda aguantarme mucho más que eso —y entonces veo como se lleva la mano al bolsillo y saca una caja, en el mismo momento que Sandra me echa una mirada y yo le informo que si con la cabeza —Sandra Ponts ¿Quieres casarte conmigo?

No recuerdo la última vez que vi caer lágrimas en el rostro de Sandra, pero sin duda son lágrimas de alegría y emoción, porque solo ha hecho falta que se le tirara encima y le plantará un beso para que todo el mundo interpretara esa respuesta como un sí. Ni siquiera le ha dejado que le colocara él el anillo, se lo ha puesto ella misma al instante. Y os aseguro que no hay estampa que pueda hacerte más feliz. Soy feliz, y soy feliz por ellos, porque se lo merecen y porque, aunque yo no crea en un amor para mí, puedo dar fe que sí que hay amor para ellos.

Y después de las felicitaciones correspondientes, decido escaparme a la barrar a por mi primera copa de la noche.

—Gracias —dice tímidamente Sandra acercándose a mí.

—No me las des, me debes una noche de Sushi.

—Las que quieras, tienes mucho trabajo que hacer, no quiero que mi boda sea un tremendo desastre.

—Eso no se me va a compensar ni en un millón de años —y sé bien lo que digo, pero me apetece organizar una gran boda, aunque no sea la mía.

El resto de la noche pasa tranquila, se han añadido varios compañeros del trabajo, del instituto y de su equipo de fútbol para que todo fuera más animado y así ha sido. En el momento de despedirme, como sé de sobras que esta noche José y Sandra tienen mucho que celebrar y que voy a volver a dormir sola, no me apetece acercarme a Felipe, por lo que anuncio en general que me marcho y enseguida Santi se digna a acompañarme. Y me apetece, me he divertido mucho con él esta noche, no solo bailando, sino hablando. Me ha sacado muchas sonrisas y me lo he pasado bien. Pedro en alguna ocasión ha venido a recordarme que sea feliz, que se me ve feliz y que aproveche el momento, que me deje llevar por mis impulsos, que tengo que volver a ser la alocada Irene que lo hacía sin pensar. Así que no he rechazado el ofrecimiento y es más le he invitado a tomarse la última copa los dos.

Al llegar a mi piso, me pongo a preparar un par de Gin-tonics. No es que sea muy fan, pero no me apetece complicarme con otras mezclas, y una vez acomodada en el sofá, podemos dar paso a una conversación más íntima.

—Brindo por la compañía de esta noche —me atrevo a arrancar.

—No lo hubiese dicho mejor —me contesta él.

—Santi, no quiero que malpienses —tengo que ser sincera —me lo he pasado estupendamente bien, pero espero que no malinterpretes.

—Irene, no debes darme explicaciones, yo también me lo he pasado muy bien.

El tiempo pasa volando, me ha contado mucho de su vida. Se nota que le gusta hablar, y me temo que no lo hace a menudo y que está aprovechando el momento, pero me gusta, porque así evita que tenga que hacerlo yo, que eso sería un tanto más complicado. Y una hora más tarde, tengo sus labios encima de los míos, con besos lentos, sin querer introducir la lengua de primeras, pero besos que me permiten sentir sus labios carnosos que están calientes ahora mismo y que consiguen atraparme. Sin embargo, no se me eriza la piel, ni me entran ganas de nada más.

—Santi por favor —me atrevo a cortar el momento entre beso y beso, porque tampoco puedo dejar de besarle.

—Lo siento Irene —es él quien frena el momento, probablemente tampoco haya sentido lo que hay que sentir —no puedo controlarme —añade acercándose más a él y prolongando el tiempo de sus labios pegados a los míos.

—No puedo —le freno —no estoy preparada.

Entonces se separa, la palabra preparada siempre asusta a cualquier hombre, pero prefiero profundizar.

—No tengo un pasado fácil y ahora mismo no puedo hacer esto, ¿podemos dejarlo para una cena?

—No tengo prisa, busca un día esta semana.

Después de esto no tarda en marcharse, y lo agradezco. Quizás se haya marchado con la esperanza de que esa cena signifique que vamos a acabar lo que hemos empezado, y ni yo misma lo sé, pero lo que tengo claro es que tengo que poner remedio a que me asuste cuando un hombre me toca, a sobresaltarme, porque no me estaba haciendo nada malo, al contrario, me gustaba más que disgustarme.

Capítulo 21

Hoy no me apetece mucho ir a la oficina, el fin de semana no ha ido como esperaba y sigo con la mosca detrás de la oreja de saber cómo acabó la noche para ellos, tampoco sé si realmente quiero saberlo, pero no me ha dejado dormir mucho. ¿Por qué me está afectando tanto? Espero que consiga ese polvo y realmente valga la pena, porque sino no entiendo porque me estoy tomando tantas molestias.

—Tío creo que me he enamorado —irrumpe Santi en mi despacho.

—¿Vienes borracho al trabajo? —nunca había oído esa frase de su boca.

—¡Idiota!

—Borracho, insultando... ¿qué será lo próximo? —me encanta provocarlo.

—No enserio, me he enamorado.

—¿Qué hiciste el sábado? —el viernes ya lo sé.

—No dejar de pensar en ella —mi cara se tensa por momentos —Irene Castro, la mosquita muerta que viene toda profesional a la oficina, la que me ha costado un huevo y medio sacar de las cuatro paredes de este despacho...

—Sé quien es Irene Castro —le corto —¿te la tiraste el viernes?

—Estuve a punto, sus besos me calentaron mucho más que cualquier cosa, pero me soltó que no estaba preparada —bien por ella —¿sabes cómo me dejó? —claro, puedo imaginarlo.

—Me han contado que no lo pasó bien en el pasado, debe ser una estrecha en la cama —miento.

—Pero ¿tú la has visto bien? Tiene más bien pinta de diosa —hace una pausa —por cierto, ¿me vas a explicar tú lo que paso al inicio de la cena?

En este momento tengo que decirle la verdad, tampoco soy un mal amigo y si él pudiera llevársela a la cama, me alegraría por ello, me jodería, claro que sí, pero llegados a este punto, tengo la necesidad incluso de que me cuenten como lo hace.

—Cenamos el otro día —su cara no muestra mucha sorpresa —pero no quiso ir más allá y al llegar con Gina le hice saber que no me importaba lo más mínimo.

—¿Tu jugando a los celos Felipe? —no estoy seguro de si me gustaría ese

juego.

—En absoluto, toda para ti.

—No había pedido permiso, pero la voy a invitar a cenar —creando mi propia tumba estoy.

Dicho esto, se levanta de la silla y se dirige a su despacho. ¿Tendría que haberle dicho que me la quedo yo? Irene no es un cromó, ni una muñeca que podamos decidir quién se la queda, pero no estoy entendiendo muy bien todo lo que pasa por mi mente en estos momentos. Me ha molestado más de la cuenta saber que se besaron en la intimidad, pero me reconforta enormemente que ella lo frenase. Me gustaría ser yo el motivo de ese freno, ¿pero por qué?

Estoy jodido, acabo de decirle a mi mejor amigo que tiene vía libre, yo mismo le he empujado a que quede con ella y se la tire, si es que soy imbécil.

Me paso toda la mañana sin poder centrarme en ninguno de los papeles que tengo delante. No me apetece ni bajar a comer hoy, ¿por qué estoy tan jodido? En mi cabeza solo puedo ver a Irene, pero no las imágenes que tenía frecuentemente de su bonito rostro, con el vestido rojo, con sus mejillas sonrojadas, con sus tejanos, su culo prieto, su moño a medio hacer... no todas ellas, veo solo el momento donde le plantó el beso a Santi en mis narices y me estoy poniendo enfermo. ¿Por qué tiene que afectarme tanto? ¡Ni siquiera la conozco! ¡Ni siquiera la he metido en mi cama! Con lo tranquilo que vivía yo, con lo cómoda que era mi vida.

Quiero saber si van a quedar el fin de semana. No sé la respuesta a esta pregunta. Por un lado prefería no saber nada, pero la duda me está matando. Tengo claro que voy a salir a comerme el mundo el viernes y el sábado y si puedo acabar llevándome compañía mejor. Quizás un polvo me haga volver a tener los pies en el suelo y ser consciente de que me estoy rayando por una tontería. ¿Cuándo me he rayado yo por una mujer? La última fue mi madre y porque me taladra para que la visite en navidad.

Estoy por presentarle al primer inútil que pille por la calle y que se vaya con él, así como mínimo no tendré que escuchar los detalles que me puedan contar al respecto de una noche de desenfreno, porque podría apostar a que será una noche apoteósica. A mi Irene no me engaña y sé que debajo de su dulce apariencia hay mucho más que una leona.

Justo cuando voy a salir de las oficinas me topo con Santi. No lo he vuelto a ver en todo el día, lo he evitado a toda costa, pero su sonrisa me dice que ha conseguido esa cita tan preciada.

—Felipe, tienes cara mustia.

—Estoy un poco estresado, eso es todo, ¿fecha para la cena? —me arrepiento al instante de haber mencionado eso.

—Jajajaja —no sé de qué se ríe tanto —que poco me engañas a mi —me he perdido un chiste y me gustaría poder reírme yo también.

—¿Qué me he perdido?

—Pagaría por seguir viendo tu cara ahora mismo —y debe ser un poema, pero un poema de incomprensión —Me ha encantado chincharte esta mañana, sólo lo estoy haciendo para divertirme.

—Y ¿qué estás haciendo exactamente? ¿Qué es lo que te divierte tanto? —cómo se esté riendo de Irene, se las va a ver conmigo. Un momento, ¿en qué momento me preocupo tanto yo por ella?

—Creo que a alguien le están creciendo mariposas —se burla —me divertiré hasta que lo admitas —y sin dejarme replicar, se marcha.

¿Se está riendo de ella o de mí? ¿Qué juego es este? ¿Qué tengo que admitir? No es momento de pararme a contestar tantas preguntas, pero sí que me apetece una cerveza, una cerveza bien fría y en buena compañía. En otra ocasión se lo hubiese dicho a él o hubiera llamado a Alberto o Jesús, pero creo que me apetece más tenerla con Gonzalo, aunque esté Claudia en casa. Creo que tengo que empezar a admitir, que quiero saber más de Irene, y si alguien puede empezar a informarme es sin duda Gonzalo.

Capítulo 22

Acabo de recibir un mensaje de Santi para ir a cenar este fin de semana y no me apetece. Santi ha sido siempre muy atento, dulce, sus besos me despertaron ternura y probablemente esto sea el pánico que tengo a volver a tener una relación con alguien que parece mimarme demasiado. Pero tengo que ser sincera, sus besos no despertaron ni la mitad de lo que me provocó Felipe, ¿es qué tengo un imán para los cabrones? La furia que tuve dentro cuando apareció con Gina el otro día, de que no lo mato, pero debería matarme a mí misma, ¿celos? Nunca los he tenido, claro que visto lo que me pasó, estaría bien dejar de ser tan confiada.

—¿Alguien me cuenta en qué momento Irene se ha vuelto loca? —irrumpe Claudia en el salón, ya dije que un día nos va a matar de un susto con estas entradas sin avisar.

—Loca está, ¡No se lo tiró! —menciona la otra.

—Claro que no. No tenemos 15 años, no puedes ir besándote con todos los de la mesa.

—A tu marido no lo besó —puntualiza Sandra, a la vez que Claudia ya se está subiendo por las paredes.

—Chicas, os olvidáis que estoy aquí —y si olvidan a menudo.

—Entonces tu dirás —se enfada Claudia cruzando los brazos.

—Mmm... —por donde empiezo —pues... No sé qué me pasa —y cojo un cojín para taparme la cara.

—¿Con Felipe o con Santi? —me pica Sandra.

—O quizás hay alguno más —suelta Claudia.

—No entiendo tu enfado, solo estoy dando pasos que me habéis animado a que haga —aclaro —me he vuelto a besar con un hombre, ¿Esto no es motivo de celebración?

—Lo sería si no fueran estos dos —replica ella.

—¿Qué más da Claudia? ¡Son hombres! —la alocada tiene que dar su opinión.

—Chicas ¡Ya! —me estoy cansando —no necesito reproches, necesito a mis amigas.

—Está bien, perdona, sé que te estoy protegiendo demasiado, pero no

soportaría que volvieran a hacerte daño —y con el abrazo que me da, sobra decir que es sincera.

—La cuestión es... —si no lo hablo con ellas no puedo hablarlo con nadie —cuando Felipe me besó, mi cuerpo despertó al momento, creía que me iba a morir, me temblaba todo, se me erizó la piel, hasta me dolió la barriga.

—Pero... —interrumpe Claudia.

—Cuando lo hizo Santi, me despertó una ternura, una dulzura...

—El bruto y el duce —aclara Sandra —no sé a quién me recordarán —y se ríe de su propia broma.

—Ahora mismo no busco nada particular —prosigo —tampoco lo buscaba, no entraba en mis planes...

—Tus planificaciones no sirven para la vida —replica Claudia.

—Está bien, no tengo intención de enamorarme, pero ha llegado el momento de querer pasarlo bien ¿no?

—¡Por fin! —exclama Sandra y se levanta como si hubiera ocurrido un milagro —¡Irene quiere echar un polvo!

—¿Estás preparada para eso? —se preocupa la médica.

—No lo sé, cuando me tocan más allá de los labios me entra un terrible pánico, pero debo tirarme a la piscina, aunque esté vacía o no saldré nunca del pozo —tengo unas tremendas ganas de llorar, pero me contengo.

—Tienes miedo...aja... pero dos dioses de revista para ti... aja... ¡vamos a trazar un plan! —sentencia Sandra frotándose las manos a cuál el malo de la película.

El resto de la tarde se centra en lo que debería hacer y cómo no, en una discusión entre las dos donde Claudia es el ángel y Sandra el demonio. Si las grabara y lo llevará a un programa de humor seguro que me forraría. Tendré que pensar en ello seriamente, no puedo privar a la sociedad de esta estampa tan cómica. Y lo agradezco, a mí me hacen pasar momentos inmejorables y olvidarme de la tensión que puedo sentir en según qué ocasión, así que no me gusta interrumpirlas cuando están en un debate como este.

Han analizado los pros y los contras, han expuesto diferentes opciones para llegar al objetivo: echar un polvo. Y me parece realmente triste tener que llegar a ciertos extremos, estas cosas tengo entendido que no se planean, la gente se deja llevar por el momento, por el calentón, la pasión... Mi única salida es el alcohol. Creo que si bebo todo lo que mi cuerpo tolera no seré consciente de lo sucedido y mi cabeza no rechazará la oportunidad, pero tampoco quiero eso. Será el primer polvo que eché después de un año, con una

persona que no sea Luis y prefiero estar cuerda para ello. Podría llamar a Luis y decirle: “¿me echas un polvo? He olvidado como se hacía”, pero esta idea la descarto inmediatamente, no sé ni porque se me ha pasado por la cabeza. ¿Algún día dejaré de tenerlo en cuenta? Espero que sí y que sea pronto.

La visita de Claudia se ha alargado hasta la cena, hoy he expuesto un tema interesantísimo por lo visto, ya que da para horas de conversación. Creo que hace más de tres horas que ninguna mira el teléfono, y esto para nosotras es todo un récord. Pero tiene que avisar de que no aparecerá para cenar, por lo que se marcha a llamar a su marido.

—Hazme caso a mí, este polvo te va a devolver la vida —me susurra Sandra. Y está jugando sucio, pero me apasiona ver como mis amigas intentan convencerme de esta manera.

—Sandra te estoy oyendo —aparece Claudia —mira por donde, Felipe está con Gonzalo en casa...

—Entonces dejarme a mí, que decida como jugar —sentencio y doy por finalizada la conversación.

En este momento cojo mi teléfono, tengo a las dos señoritas a mi espalda contemplando lo que voy a poner, un mensaje que sé que me va a volver loca, me voy a martirizar mucho por esto y no sé si soy plenamente consciente de lo que voy a hacer, pero de perdidos al río.

Capítulo 23

Irene: *siento como te eché el otro día, no me voy a andar con rodeos pues me imagino que te han puesto al día, así que directa al grano, me apetece follar contigo, pero necesito que lo hagamos como si fuese mi primera vez.*

Se me ha caído el móvil al suelo después de leer esto. Creo que no puedo reaccionar, creo que me he quedado en blanco. Creo que he visto muchas cosas, que la gente pide sexo a gritos de diferentes maneras, pero Irene Castro me está pidiendo un polvo, y me lo está pidiendo así, sin tapujos.

—¿Has visto un fantasma? —me pregunta Gonzalo.

—Más que eso —le enseño la pantalla de mi móvil.

Es la primera vez en mi vida que le hablo a mi primo de una chica. Él me ha hablado de varias, Claudia no es su primer amor, aunque si el más duradero y el que yo veo más real, pero yo jamás le había planteado mis dudas al respecto. Llevamos horas hablando de lo que me está pasando, él cree que el amor ha llamado a mi puerta, yo creo que no soy el único que se está volviendo loco porque ya está delirando con sus gilipolleces. Lleva rato pidiéndome que vaya con cuidado, que él no es su mujer y no me cortará las pelotas, pero dice que tengo que andarme con pies de plomo con ella. Y lo entiendo, se preocupan por una amiga, pero el sexo no tiene nada de malo. Si leemos los interminables estudios al respecto, ofrece muchos más beneficios que otras cosas, así que tampoco es que sea muy grave el asunto. Solo tengo que dejar claras unas barreras, que ella sea consciente de cómo me gusta a mi jugar y que hay ciertas barreras que no vamos a traspasar, eso es lo que me dice Gonzalo, que ponga todas las cartas sobre la mesa antes de tirarme a la piscina con Irene. Si ella acepta, entonces vía libre, pero que tenga muy claro que no vamos a ir cogidos de la mano, que no va a tener exclusividad, no vamos a enviarnos mensajitos, a poder ser, ni dormir juntos. Frena. Estoy embalándome demasiado. Ella tampoco me ha pedido estas explicaciones.

—Está con las chicas —puntualiza —voy a llamar a Claudia por si es una jodida broma, Sandra sería capaz de ser la dueña de ese mensaje.

Se levanta y veo que se adentra en la cocina, prefiere que no escuche la conversación, siempre he sido bastante bueno en descifrar las noticias por las caras que pone, no sabe mentir ni disimular demasiado, por eso siempre que

teníamos que hacer alguna travesura era yo el encargado de dar la cara, él hubiese metido la pata siempre.

—¿Se ha vuelto loca? —oigo que pregunta —está bien ... entiendo... —y se aleja un poco más.

Tarda poco más de dos minutos en volver.

—Tienes carta blanca —anuncia —más te vale hacer un buen papel.

—¿Cuándo se ha quejado una señorita de mis servicios? —lo sé, mi ego me puede.

—En fin... —se sienta en el sofá.

A partir de ese momento dejamos de hablar del tema, con una mirada nos hemos entendido a la perfección e intento mostrarme receptivo al nuevo rumbo de la conversación. Pero mi mente solo está maquinando como hacer que disfrute como si fuese su primera vez. Afirmo que nunca he desvirgado a nadie y mira que he estado con mujeres y muchas de ellas más jóvenes que yo, mucho más jóvenes incluso. Pero perdí mi virginidad con una mujer tres años mayor y ya era más bien una experta. Fue un poco desastre a mi parecer, y por las experiencias futuras puedo asegurar que probablemente fuera la peor de todas. No me gusta mucho el sexo con cuidado, lo prefiero salvaje, duro y apasionado y tengo entendido que la primera vez de una mujer quiere que sea tierna, romántica, mimosa... no sé si voy a ser capaz, y menos con ella. Tampoco estoy muy seguro de que aguante mucho, con las ganas que le tengo, quizás sería una decepción por mi parte y siendo su primera vez tiene que ser memorable. Ahora que lo pienso, podría escoger a Santi, el seguro que sabe tratarla más que yo, la entenderá mejor; también Pedro, que le haría el favor utilizando su delicadeza o Fran que aceptaría esa propuesta sin pestañear, las ganas le podrían demasiado. ¿Por qué me lo pide a mi entonces? Claudia ni me traga, seguro que ella no la ha incitado en absoluto.

Como si me leyera el pensamiento, Gonzalo interrumpe lo que me estaba contando para aclarar:

—Te lo pide a ti porque sabe que es lo que buscas, sabe que lo vas a hacer y desaparecerás y eso es lo que quiere, saber que puede tener sexo sin engancharse al hombre que se lo haga.

Me agrada escuchar eso, me conoce más de lo previsto. Ha visto cuales son mis intenciones, así que no debería estar molesto. Sin embargo, algo en mi interior no cuadra y creo que lo estoy, un poco tirando a mucho. ¿Y si a mí me apetece tener uno tras otro? ¿Por qué tengo que desaparecer? “Eso es lo que haces siempre”, me digo.

Voy a tener que dejarle de dar vueltas, sino la semana se me puede hacer interminable. Lo primero que hago al irme para casa es cerrar esa cita, si tardo demasiado, corro el riesgo de que otro se lleve ese privilegio o de que ella misma se arrepienta de dicha proposición.

Felipe: *Estaré encanto de cumplir ese deseo. Te recojo el viernes a las ocho.*

Irene: *¿Deseo para ti o para mí? Permíteme corregirte, pero la velada es en mi casa.*

Felipe: *¿Me vas a imponer tú las normas? Creía que el favor te lo estaba haciendo yo...*

Irene: *Espero que se trate de un favor mutuo. A las nueve en mi casa me parece bien.*

Felipe: *Me estoy sacrificando... a las ocho estaré ahí, tú debes llegar a las nueve.*

Irene: *¿Tu solo en mi casa? Aun no estoy tan majareta.*

Felipe: *Puede quedarse Sandra si prefieres, pero tú me has pedido algo y voy a ser yo quien lo organice.*

Irene: *Está bien. Nos vemos entonces. Sandra te abrirá y se quedará hasta mi llegada.*

Creo que el que se va a volver turuleta voy a ser yo con tanto cuento. ¿En qué momento he decidido que tengo que preparar algo? Ni siquiera sé cocinar más allá de una ensalada o un plato de pasta. ¿Qué cojones voy a organizar? Y menos bajo la supervisión de Sandra, que probablemente no me tenga tan crucificado como Claudia, pero tampoco creo que me esté tirando piropos durante una hora. La veo más advirtiéndome de todo lo que puede hacerme si Irene saliera lastimada de esa cita. ¿Es una cita? Hemos quedado literalmente para follar, pero por extraño que parezca, no me apetece entrar y tirármela nada más abrir la puerta. Tengo ganas de conocerla. ¿Pero para qué? Si voy a tener que complacerla y largarme, espero que no sea tan buena en la cama como la he imaginado, sino la voy a cagar, pero hasta el fondo.

Capítulo 24

Llevo toda la semana comiéndome la olla, casi no he podido dormir y en el trabajo estoy más distraída de lo normal. Aplacé mi reunión con Santi por supuesta indisposición, pero quería evitar a toda costa cruzármelo antes de esta noche. Perdí el norte y ahora temo que no esté capacitada para cumplir mi propósito. Me he comido más de 100 Palotes esta mañana y las represarías continuas de Sandra no han valido para nada. Claudia ha aparecido todos los días por aquí con la expectativa de que me echase para atrás, de que estas cosas no se planean y que tienen que surgir. No hace falta añadir que eso ha conllevado grandes debates entre las dos, donde una dice a y la otra dice b. Pero no lo hago para dar la razón a ninguna de ellas ni para autoconvencerme de nada. Lo hago porque me apetece, porque empiezo a pensar que el sexo no tiene nada de malo, sino que lo jodido es el amor, y en eso no voy a volver a caer. Solo quiero comprobar si disfruto en la cama, si puedo llegar a pasármelo bien con alguien que parece sacado de una revista de modelos. Pensar eso me tensa más. Me estoy poniendo nerviosa y en nada voy a tener que dejar mi apartamento para que llegué él a preparar no sé qué. Parece surrealista; suerte que es familia de Gonzalo, sino de que voy a dejar entrar un tío en mi casa porque sí. Le he dado instrucciones a Sandra muy claras y queda totalmente prohibido entrar en mi dormitorio.

He quedado con Pedro en Plaza Artós, un par de cervezas me ayudaran a ver las cosas de otro color y le he pedido que trate de convencerme de que será positivo para mí. Lo veo como una terapia de choque. Si soy capaz de esto, estaré a medio pozo. Nadie dijo lo hondo que era el pozo en el que me caí, así que todavía tengo margen para salir a flote.

—Uuaauu pequeña, estás espectacular —me asusta por detrás. Y la verdad es que no, que estoy igual que siempre, pero lo hace para destensarme un poco.

Me he puesto una falda negra ceñida a mi culo y un top del mismo color, pero un poco más holgado para dejar mi vientre plano, estoy orgullosa de esto, un poco al descubierto. Puedo admitir que me he puesto falda un poco con la intención de que no sea necesario desnudarme, para eso no estoy preparada. No quiero que me vean desnuda, al menos no al completo. Pero tengo que

dejar de ponerme barreras o frenos, si no esto va a ser un completo desastre y no habrá otro culpable que yo misma. ¿Por qué me tiene que estar pasando esto? No es mi primera vez, ni por asomo, y ni mi primera vez estuve tan nerviosa. Estaba bien, estaba junto a un hombre que seguro que era todo un experto. La verdad es que ni se lo pregunté. Nunca hablamos de esos temas, yo no quería conocer sus anteriores relaciones y él sabía de sobras que yo no tenía de eso. Todo fue muy fluido al principio, él procuró tener cura de todos los detalles para que yo me sintiera bien en todo momento, fue de lo más cauteloso y no paró de acariciarme en ningún momento. Fue una noche mágica, y todavía puedo recordar el tacto de su piel, sus dedos acariciándome la espalda, sus besos húmedos llenos de pasión... Mierda. Mierda. Mierda. No puedo estar pensando esto en este preciso momento.

—Necesito una cerveza, o una decena —declaro. No hace falta que le devuelva el saludo, me conoce suficiente como para saber que los nervios se están apoderando de mí.

—Ya las he pedido, ahora debes tranquilizarte. No estás haciendo nada malo y no vas a hacer nada que tu no quieras.

—¿Y si no lo consigo? ¿Y si tengo que frenarlo?

—Pues lo frenas —interviene muy seguro —Irene, tenlo claro, nada que tú no quieras.

—Lo sé —no estoy muy convencida de ello, pero lo sé.

Otro de mis grandes defectos, preocuparme demasiado por las situaciones y por los demás, culpa de mi trabajo. Todo tiene que salir según lo previsto y todo el mundo tiene que estar satisfecho y contento con el resultado. Pues aquí pasa lo mismo, tengo un plan trazado y tiene que salir tal y como me lo imagino. Algo complicado, porque desconozco lo que imagina la otra persona.

Después de dos cervezas ya son las nueve y diez y decido que es hora de dar la cara o voy a parecer mucho más estúpida de lo que me siento, o de lo que soy. Definitivamente soy muy estúpida. Pedro me ha ayudado a destensarme y ha intentado tocar el tema lo menos posible para que me relajara. Empezar una cita de la manera en que he llegado hubiera conllevado el peor de los desastres.

Me despido de él, me desea suerte. Esto es muy triste. Me desean suerte para echar un polvo después de un año sin tener sexo. Mi vida es una auténtica tragedia.

Subo a mi apartamento y antes de que pueda abrir la puerta, abre Sandra. Seguro que estaba mirando por la mirilla esperando mi llegada, es totalmente

capaz.

—Ya era hora, casi pierdo una apuesta por tu culpa —me suelta la muy burra.

—¿Habéis apostado a mi costa? —mi cara de sorpresa es considerable.

—Claudia aseguró que no vendrías, como siempre yo sigo teniendo la razón —muestra una sonrisa al estilo victoriosa —tienes todo un caballero ahí dentro, disfruta de la cena y... —hace ver que piensa algo —llámame si necesitas cualquier cosa —me da un beso en la mejilla y pasa detrás de mí para dirigirse al ascensor.

Estoy en la puerta de mi apartamento y sin embargo no sé si entrar o darme la vuelta. Es mi casa joder, no tendría que ser tan difícil. Sé que no es ningún caballero, ni un galán, pero podría dignarse como mínimo a levantarse para recibirme. Pensándolo bien, no he llamado al timbre, no sé si sabrá de mi llegada.

Me encamino hacia el comedor y lo veo en el balcón hablando por teléfono. Lleva un traje azul marino, de estos que parece que se lo hayan hecho a medida, una camisa perfectamente planchada azul cielo. Los pantalones dejan entrever los calcetines rojos combinados con sus mocasines granates. Está guapísimo, me acaban de entrar los mil calores. ¿Otra vez un traje? ¡Es una cena por dios! Podría venir en vaqueros alguna vez, los trajes me ponen demasiado.

Se percata de mi presencia y cuelga al instante, temo que no se haya despedido con quien estuviera hablando, pero sus ojos se posan en los míos de una manera que me informa que le da completamente igual. No puedo aguantarle la mirada, esto no ha sido buena idea. Tendría que haber escogido un chico en una discoteca y yo ir lo más borracha posible. Creo que me estoy acalorando, no sé qué hacer, como reaccionar.

—Estás preciosa —me susurra dándome dos besos. Ni siquiera soy consciente de cuando se ha acercado a mí —no estés nerviosa —parece que sigo teniendo la tarea pendiente de controlar mi rostro sin que muestre mi estado de ánimo.

—Buenas noches —me atrevo a pronunciar —me muero de hambre, ¿cenamos? —¿os he dicho ya lo estúpida que soy? Aquí tenéis otro ejemplo de ello. Por suerte muestra una sonrisa y nos dirigimos a la mesa.

La mesa está perfectamente puesta y en ella ya reposa una cubitera, que debe haber traído él, en casa no tenemos, y en ella mi botella de vino favorita, un Belondrade del 2017, un verdejo que me ha apasionado siempre. ¿Cómo lo

ha sabido? ¿Se ha interesado por mis gustos? Cuando le propuse lo que le propuse solo quería una noche de sexo, no la mejor cita de mi vida. Por favor que alguien me rescate de aquí, temo que esta noche vaya a ser el final de mi existencia.

Me separa la silla para sentarme, ¿ahora sí que es un gentelman? “Irene por favor deja de pensar” me repito una y otra vez para mí, pero que alguien mate este silencio de una vez o voy a terminar peor de lo esperado. Antes de sentarse, va a la cocina y vuelve con lo que deduzco que es el primer plato, o el único, aunque mi estomago está más que cerrado. Deposita en el centro de la mesa 4 canapés de foie. ¿Enserio? Soy adicta al foie, engorda mucho, pero me trae sin cuidado. Y dos platos de raviolis de setas con salsa de nueces.

—Espero que te guste, me ha costado lo suyo cocinar, de segundo tendrás lubina al horno y el postre me lo reservo para entonces —tiene que ser una puta broma. El menú no podría ser más acertado. No puedo reaccionar, de verdad que no, voy a morir asfixiada.

—Es perfecto —me estoy quedando sin aire, los nervios me comen y estoy tentada en salir corriendo en más de una ocasión.

—Irene —me agarra de la mano y he perdido ya todos los sentidos —no es una cita, no es ningún tipo de prueba y no he venido a echarte un polvo porque si —¿a qué has venido entonces? —quiero que te relajes y disfrutemos de la cena, el resto ya se verá —saca entonces de su bolsillo 4 palotes y yo sigo flipando a más no poder —tienes uno para cada plato, si después del postre te tomas el cuarto me daré cuenta que estás demasiado nerviosa como para seguir adelante y me despediré de ti sin cumplir tu propósito, no quiero que te sientas obligada a nada —pero ¿este no era el más cabrón de todos? ¿en qué momento ha decidido que hoy tenía que ser tierno?

La cena va mucho mejor desde ese momento, no hemos hablado de sexo en ningún momento y esto ha ayudado a que no me tense. El vino también ayuda, mucho. Creo que me he bebido yo sola dos botellas y parezco mucho más relajada de lo que estoy. No sabía que me conociese tanto, no sé en qué momento ha querido impresionarme tanto. Ha mantenido las distancias durante todo el encuentro y eso no sé si me agrada o me preocupa. Ahora mismo está todo un poco dudoso para mí. Me esperaba que todo fuese más sencillo, que cenáramos un par de pizzas y que fuésemos directos al tema, no quería ilusionarme con nada y tengo el presentimiento de que no voy a cumplir mi propósito.

Estamos sentados en el sofá, acaba de traer dos coulants de chocolate.

—El chocolate nunca falla —menciona como apunte al toque final de la cena y mi cara de boba lo dice todo.

—Gracias —es lo único que se me ocurre decir.

A la primera cucharada ya estoy en el séptimo cielo, está delicioso y pongo la mano en el fuego de que no es de esos congelados de la Sirena, sino casero casero y me da miedo que los haya hecho él. Si sabe hacer coulants ya estoy jodidamente perdida.

Al terminarlo voy directa al minibar, agradezco a Sandra la idea que tuvo de poner como norma que nunca debía estar vacío. El alcohol en esta casa era algo primordial y necesito esa copa más que nunca. Por sorpresa mía los Palotes siguen intactos en la mesa. Pero ahora que veo que se acerca el momento mis nervios aparecen sin cesar.

—¿Yo no tengo derecho a una copa?

—Mmm... Si claro... perdona —y mis palabras suenan atragantadas —
¿Qué te apetece?

—¿De alcohol o de...? —me pone una sonrisa picarona —un Gin-tonic está bien —finaliza.

Preparo las dos copas y le tiendo una al volver a sentarme en el sofá, estoy dejando una distancia de prudencia. Realmente soy imbécil, yo pedí que esto pasara, yo he organizado todo esto y yo estoy actuando de una manera penosa, eso soy, penosa.

—¿Qué bebes tu? —pregunta acortando las distancias.

—Un Sex on the beach, un clásico en esta casa —le muestro mi copa por si quisiera probar.

—Entonces habrá que probarlo —y sin esperarlo se abalanza sobre mí y me planta un beso.

Un beso suave, tierno. Un beso lento, dulce, un beso que sabe a chocolate con lima. Me coge la copa y la deposita en la mesita de al lado. Me agarra de la cintura y se aproxima más a mí, sin dejar mis labios ni un solo segundo. Me estoy dejando llevar, no quiero finalizar este momento. Sus labios con los míos son una combinación perfecta. Me deposita estirada en el sofá y susurra:

—No puedo contenerme más.

Capítulo 25

Y la verdad es que no puedo contenerme. He deseado besarla desde que la he visto en la puerta del comedor. He mantenido la compostura durante demasiado rato para ser yo y he querido fingir que no me imponía su presencia, pero necesitaba este beso, estos, para ser exactos. El contacto con sus labios ha sido devastador, jamás un beso me había provocado tanto. Empiezo a estar acojonado, porque solo le he tocado los labios y acabo de perder todos mis sentidos. La tengo debajo de mí, le acaricio la mejilla y veo como se ruboriza al instante. Está preciosa, es preciosa y tengo infinitas ganas de hacerla mía.

Le he prometido que no haremos nada de lo que ella no sea capaz, que iré todo lo despacio que necesita y que me encargaré en todo momento de que esté lo más cómoda posible. Durante toda la semana he estado hablando con Gonzalo, también se ha animado Claudia en alguna ocasión a darme detalles de lo que pueden ser sus miedos. Sandra me ha hecho prometer que, aunque la respetare en todo momento, no dejaré que se eche para atrás. Estos días me han servido para darme cuenta de todo lo que esconde detrás, pero sobre todo para apreciar la gran mujer que es. No sé porque me he tomado tantas molestias al respeto, pero no lo he pensado. Me he dejado guiar por lo que me apetecía en cada momento sin pensar más allá.

Bajo mi mano por su cuello, este que lleva al descubierto por su cola de caballo y ese que tanto me ha provocado y me apetece besar, pero todo a su debido tiempo. Coloco mi mano en su cintura, justo en ese punto que tiene al descubierto para poder rozar su vientre, me gusta acariciar con los dedos ese trozo de piel. No puedo dejar de besarla, aunque abro los ojos en algún momento para admirar la belleza que tengo delante. Voy a subirle el top que lleva cuando de repente se tensa. Noto como su cuerpo se endurece al momento y me alerto.

—Tranquila —poso mis dos manos en sus mejillas.

—Lo siento —su cara refleja una especie de terror que no sabría definir.

—Confía en mí —le susurro —tu solo déjate llevar, fréname en cualquier momento —pero no me frenes nunca.

—Bésame, no dejes de hacerlo —abraza mi cuello y me aprieta contra

ella.

Y no dejo de hacerlo, sus besos me dan mucho más que muchos de mis encuentros sexuales. La siento de una manera descomunal y no deseo que este momento termine.

La levanto del sofá y la cojo en brazos, nunca he tenido una mujer con sus piernas rodeándome la cintura sin empotrarla contra la pared, pero no quiero que sea así con ella, no merece un polvo rápido de estos. Me dirijo hacia su habitación, me he encargado bien de saber cuál es, y a pesar de que Sandra no me ha dejado entrar en ella sé que ha colocados las velas que le entregué y que habrá puesto el Ipod con la lista de reproducción que le pedí. ¿En qué momento me he vuelto yo un romántico? Correcto, estoy jodido a nivel 90.

La deposito en el centro de la cama y voy a encender una a una las velas para que podamos quedarnos con esa única luz, veo su cara de sorpresa. Le brillan los ojos y parece como si estuviera en un cuento de hadas. Me lastima, soy demasiado cruel. He organizado demasiado, no quiero crearle ilusiones. Esta noche me apetecía tanto o más que a ella, pero para mí se queda en esta noche. Temo que ella piense más allá, pero no puedo echarme atrás ahora, tampoco quiero. Empiezo a desabrocharme la camisa, bajo su atenta mirada, cuando se incorpora.

—Quiero hacerlo yo —anuncia y no puedo hacer otra cosa que cederle el privilegio.

Nunca me han desnudado, de eso puedo estar seguro. Siempre me saco mis prendas yo mismo, lo más rápido que puedo, pero como le he pedido a ella, yo también quiero dejarme llevar. Me desabrocha los botones uno a uno, de una manera muy lenta. Me estoy poniendo hasta nervioso, pero nervioso de excitado. Tengo una estampa muy sensual delante de mí, veo su cara de deseo y el tacto de sus dedos en mi piel me provoca una especie de escalofrío desconocido. Temo hasta correrme sin penetrarla, con eso lo digo todo.

Una vez que me quedo con el torso desnudo, baja sus manos hacia el pantalón. Mi erección es mucho más que evidente pero entonces se detiene. Me coge de las manos y me estira para caernos los dos en la cama. Con nuestras manos entrelazadas, me lleva al borde de su camiseta y juntos le sacamos la parte de arriba. Lleva un sujetador negro de encaje que muestra una forma espectacular de sus pechos, pero el sujetador ahora mismo me sobra. No le doy tiempo a reaccionar que ya se lo he sacado. Quiero ir poco a poco, quiero disfrutar de este momento puesto que será único e irrepetible. Quiero tocarla toda, besarla, pasar mi lengua por todas las partes de su

cuerpo. Quiero jugar, y jugar con cada zona de su piel. Voy a tomarme mi tiempo con mis dos nuevas amigas, me están llamando a gritos. Pero antes quiero apresurarme en su cuello. La beso suavemente. Gime. Veo como se excita con un simple contacto de mis labios en esa parte de su cuerpo.

Tengo demasiadas ganas de aprovechar cada rincón que voy descubriendo, sé que la noche va a ser muy larga y estoy seguro que conseguiré que sea todo lo mágica que ella espera. No tengo claro en qué momento me he vuelto tan sentimental, pero no tengo tiempo que perder con esa bobada. Tengo el tiempo cronometrado, una noche, para lograr ser el hombre más feliz de la tierra.

Le acaricio un pecho y su mano me frena.

—No voy a hacerte daño —me acerco a su oreja para que el aire que expiro le provoque ese efecto que me encanta en ella, que se excite un poco más.

—No creo que pueda tocarte yo —me confiesa apretando un poco más mi mano.

—Esta noche es solo para ti, disfrútala —y poco a poco vuelve a relajarse.

He dicho la verdad, esta noche la importante es ella, y me trae sin cuidado que no me acaricie la polla o no me la chupe. Me he vuelto loco, eso es evidente, pero algo dentro de mí habla y piensa por mí en estos momentos. Ya tendré tiempo de arrepentirme, quien no quiera ver esos labios subiendo y bajando por su miembro es que ha perdido completamente la cordura, y eso es lo que me ha pasado a mí, que no sé dónde la tengo. Aunque, por otro lado, creo que un roce de su mano, sus labios o su lengua en esa parte de mi cuerpo sería mi fin. Si creo que va a explotar en cualquier momento de lo lento que estoy yendo, no sé cuánto aguante tiene, pero hoy va a descargar como para 100 hijos por lo menos.

Ahora sí, me detengo en sus pechos, son suaves y me gusta acariciarlos. No son excesivamente grandes, pero tampoco son pequeños, tienen una medida justa para poder jugar con ellos. Ha cerrado los ojos, quiere dejarse llevar y sentir todo lo que pueda provocarle. Su respiración está cada vez más acelerada y pequeños gemidos van saliendo de su boca cada vez que aprieto sus pezones. Le encanta, lo sé. Puedo leer la respuesta en los movimientos de su cuerpo y a mí no hay otra cosa que me guste más que verla disfrutar.

Aprovecho para seguir acariciándole el cuerpo mientras sigo jugando con el pezón derecho. Los dos son iguales, pero este me ha cautivado más, su gemido es más grande cuando juego con este por lo que a partir de ahora ya se

cual será mi preferido. Le desabrocho la falda, tenía inmensas ganas de hacer esto, y empiezo a acariciarle el muslo. Se está tensando un poco.

—Relájate, cierra los ojos y siente —le doy un beso de los nuestros, largos, tiernos para demostrarle que no hay de qué preocuparse.

Empiezo a bajar mi mano derecha, un coño perfectamente depilado, me encanta. Es perfecta. Demasiado para tenerla entre mis brazos. Me aproximo a su clítoris. Gime. Puedo notar lo húmeda que está sin meter ningún dedo. Esto va a ser mi perdición. La acaricio, poco a poco, sin ningún tipo de prisa, aunque mi polla piense lo contrario, y noto como se destensa, como su cuerpo empieza a estar cómodo con esta situación. Se está dejando llevar. Arquea la espalda cuando toco su punto clave y su respiración va acorde a mis caricias.

Metó un dedo y, efectivamente, está muy mojada. En cuanto lo saco, gime. Metó dos, vuelve a gemir. Su cara produciendo ese sonido es mayor que cualquier orgasmo que haya presenciado. Me estoy recreando. Sigo metiendo y sacando dos dedos mientras le acaricio el clítoris con el pulgar. Sus gemidos son cada vez más frecuentes. Me coge la cabeza, me aprieta las mejillas y prácticamente me suplica:

—Métemela ya.

Puedo ver sus ojos de deseo. Esa suplica me sabe a gloria. Quería tener el placer de poder degustar su sexo con mi boca, pero me temo que tendré que esperar otra ocasión. Mierda. No va a haber otra ocasión, tendré que quedarme entonces con la fantasía. Me saco los calzoncillos lo más rápido que puedo y cojo un condón de la mesita de noche. Gracias Sandra por dejarlo todo tan bien preparado. Se ha acabado el ir despacio, lo necesito tanto como ella y sé que vamos a durar poco, que será un polvo triste en cuanto a tiempos, pero será el mejor polvo de mi vida, eso ya lo tenía más que claro antes de empezar.

Me abro camino. Ha decidido que ya me puede acariciar, aunque solo sea la espalda. Sigue debajo de mí, por hoy está bien esta posición. De primeras hubiera preferido verla cabalgar encima mío, pero mandar siempre ha sido mi punto fuerte y voy a aprovechar mis virtudes. Me introduzco en ella poco a poco, sé que no es posible que se le haya cerrado el agujero, pero si lleva tanto tiempo sin hacerlo será mejor que vaya con cuidado.

Mis primeras investidas son lentas. Noto como está disfrutando del momento. Cada vez me agarra más la espalda como si le costara contenerse. Ha hecho algún amago de bajar para tocarme el trasero, pero ha frenado justo antes de llegar. Me encantaría que me lo agarrara con fuerzas, pero me he

prometido no pedirle nada, sino que sea ella quien disfrute. Quien me ha visto y quién me ve.

Sigo entrando y saliendo, cogiendo ritmo. Las respiraciones van al compás y los jadeos ya no solo son de ella sino de ambos. Su cara de placer me está martirizando, tengo que cerrar los ojos para no correrme hasta que ella no llegue al más grande de sus orgasmos.

—Dime que estás a punto —musita y deduzco que ella también está intentando aguantar para que disfrutemos los dos.

—Casi —y no dudo en decirlo.

Otra embestida, otra... y a la cuarta su grito me permite correrme dentro. Su coño se contrae de golpe, y debe notar mis descargas, que precisamente no son pocas. Desconocía la capacidad de tanto semen contenido.

Tardo unos cinco minutos en salir de ella. No quería salir al instante, pero tampoco estaba seguro de cuánto tiempo permanecer así. Me levanto y me dirijo hacia el baño y recojo los calzoncillos. Cuando salgo, lleva una camiseta ancha y ya se ha puesto las braguitas.

—Lo siento —sus ojos parecen vidriosos —prometo compensártelo.

—No hay nada que compensar —me sincero —ha sido mucho mejor de lo que imaginé. Voy a por agua.

Y me voy a la cocina. ¿Por qué me pide perdón? Es la primera vez que me lo piden después de un polvo y justamente después de este me sorprende todavía más. Ha sido el mejor de todos y prácticamente no hemos hecho nada. No quiero imaginar si ella hubiese estado en plenas facultades. Sentirme dentro de ella me ha hecho sentir vivo, completo, feliz.

¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Marcharme? ¿Quedarme? ¿Despedirme y desaparecer? ¿Era eso lo que quería? ¿Ya he cumplido mi misión? ¿Por qué coño me estoy haciendo tantas preguntas? ¡Claro qué tengo que marcharme!

Regreso a por mis cosas y cuando entro en la habitación me la encuentro acurrucada en la cama, durmiendo plácidamente. No he tardado demasiado, pero los nervios, la presión o el cúmulo de sensaciones que ha vivido en las últimas 3 horas le han provocado este cansancio. No me preguntéis por qué, pero tengo la obligación de estirarme junto a ella, de abrazarla y de hacerla sentir especial. Si me fuera ahora demostraría que soy el cabrón más cabrón de todos, que lo soy, pero no quiero que ella se quede con esta imagen de mí.

Apago las velas, silencio la música y abro las sábanas para colocarnos debajo. Coloco mi brazo alrededor de su cintura y sintiéndome como un niño en su casa, me duermo.

Capítulo 26

Me despierto y me siento renovada. Tengo una sonrisa en mi rostro y he podido dormí del tirón. Voy a levantarme cuando me doy la vuelta y SORPRESA. Felipe duerme al otro lado de la cama. ¡Qué guapo es! ¡Qué guapo está! Tiene su torso al descubierto y simula una curva perfecta en sus labios. Me entran inmensas ganas de besarlo, pero me contengo. Lo prometí, una noche. Una noche y nada más. Si lo pienso bien, estoy en deuda con él, ni siquiera me preocupé en complacerle anoche. Ganas no faltaron, su miembro me tentaba. El bulto que tenía dentro de los calzoncillos me pedía a gritos que lo hiciese mío. Así que técnicamente si lo hacemos esta mañana y mando yo, podrá considerarse el mismo polvo, ¿no?

Me acerco a él pasando mi mano por sus hombros, no quiero asustarlo. Le voy susurrando buenos días y su cuerpo se gira hacia mi lado de la cama. Sus brazos me tiran hacia él, no ha abierto los ojos todavía, pero su sonrisa indica que sabe que soy yo.

—Buenos días monito —susurra cuando estamos abrazados. ¿Monito? Definitivamente, me pierdo demasiados capítulos de mi vida.

—Quiero repetir —no me ando con rodeos.

Sus ojos se abren como platos, está sorprendido. Creerme, yo también. Su sonrisa me informa de que le apetece tanto como a mí. Me besa, me besa como solo él sabe besarme y como me hizo sentir sumamente especial anoche. Me acaricia las mejillas, noto el calor al instante, pero cuando va a colocarse encima de mí lo freno.

—La noche era solo para mí, la mañana va a ser toda tuya —mi sonrisa pícaro se apodera de mí, mi cordura está volando a más de mil kilómetros de aquí.

—Soy todo tuyo —se estira en la cama y levanta los brazos a modo de rendición.

Es mi momento y estoy convencida que seré capaz de ello. Ayer me dediqué a sentir, a disfrutar, a creer en todo lo que estaba pasando y pasé una noche mágica. Hoy solo tengo que ser yo misma. No es ningún examen, no tengo que tener ningún tipo de presión, no estoy obligada a que le guste, aunque en mi interior me diga que es mi deber, hoy solo tengo que hacer todo

lo que un día me enseñaron.

Con Luis todo fue rodado, todo fue siempre muy fácil. Nos entendimos muy bien en la cama, cada uno sabía lo que el otro quería en cada momento. No nos costó acostumbrarnos a ello, a veces uno guiaba al otro y otras al revés, hasta que conocimos nuestros cuerpos a la perfección y nuestras necesidades eran evidentes para el otro. Cada hombre es un mundo, como cada mujer, y cada uno disfruta de cosas distintas o tiene fantasías diferentes, pero lo básico gusta a todo el mundo, y para la primera vez tengo que recurrir a ello. Pensar en él no me hace ningún bien y menos cuando tengo a tal pibón en mi cama, pero por primera vez puedo asegurar que no me duele, que estoy pensando en él a modo de recuerdo positivo para poder avanzar. No me apena lo que está pasando por mi mente, me agrada recordar que me preparó para esta ocasión.

Me pongo a horcajadas sobre él y me siento literalmente muy afortunada. Tengo debajo de mi a un hombre increíble, que no ha prometido quererme, que no me ha mentido en ningún momento, al menos hasta ahora, y que quiero que me enseñe a disfrutar, a disfrutar del sexo. Ayer fue un polvo excepcional, no recordaba que me pudiera provocar tantas sensaciones juntas, y tanto placer. Lo tendría guardado tan a dentro que había olvidado que existía. “Gracias por hacerme recordar lo que era o por enseñarme lo que es”, le intento decir con la mirada.

Lo miro, puedo ver en sus ojos que está igual de excitado que yo. Y decido que es el momento de empezar mi juego. Me saco la camiseta. Ayer ya me vio completamente desnuda, hoy la luz es mucho más oscura, no me molesta que vuelva a contemplar toda mi figura. Le beso, suave, me podría pasar horas y horas solo comiéndole la boca. Ha dejado de saber a chocolate y lima, pero me siguen sabiendo a gloria, a pasión, a deseo. Noto que está húmeda, caliente y no dejaría de jugar con atrapar su lengua. Sé que me desea, sus dedos se enredan en mi pelo para agarrarme con fuerza, para que esos besos no lleguen a su fin. Pero no puedo quedarme ahí, quiero saborear cada esquina de ese cuerpo, quiero quedarme con el recuerdo de que un día fue mío y que pude tener al hombre más impresionante para mí.

Le beso el cuello, me detengo un rato en él, intercalando besos y lametazos, recorriendo mi lengua muy despacio. Noto por su respiración que es lo que le gusta y dejo que sus manos recorran mi espalda y se posen en mi trasero. Le encanta acariciarme, lo hace de manera continua y de tal forma que noto las yemas de sus dedos provocar que se me erice todos los pelos de mi piel.

Sigo bajando, trazando un camino de besos hasta su pelvis. Le saco lentamente los calzoncillos y dejo al descubierto su erección. Está dura y muy preparada para la acción. Me gusta saber que he provocado este efecto. Sé que dicen que la erección matutina está presente en la mayoría de hombres, pero prefiero pensar que está lista para mí y por mí. La acaricio con los dedos y arquea un poco la espalda, entonces decido agarrarla fuerte. Empiezo a subir y bajar lentamente, para seguir preparándome el terreno, o, mejor dicho, acabar de mentalizarme de lo que quiero hacer. “Tengo que dejar de pensar”, “actúa por impulsos” me repito.

Y mientras mi otra mano va a buscar sus testículos, empiezo a introducir su polla en mi boca. Gime al instante. Me da fuerzas para seguir. Poco a poco, no creo que me entre toda dentro, pero voy a jugar con mi lengua para surgir el mismo efecto.

—No me mires —le pido.

—No me prives de esto —me dice entre jadeos, puedo ver como sus ojos se han oscurecido por su excitación —cierra tú los ojos —y lo hago al instante, me ayudará a centrarme en el placer que estoy teniendo.

Empiezo a subir mi lengua desde el inicio de su miembro hasta el glande, quedándome en la punta y jugando con ella para ponerlo nervioso. Mi mano va al mismo ritmo que mi boca y él enreda su mano derecha entre mi pelo. Marca su ritmo, pero sin imponer demasiado, y me dejo acompasar por la velocidad que necesita. Me aprieta demasiado y la arcada que me provoca es descomunal, no creía que fuera capaz de tragar tal inmenso tamaño, pero es una arcada deliciosa. Le incito a que lo haga otra vez. Nos hemos entendido muy rápido, su miembro va cogiendo fuerza y yo estoy disfrutando del gusto que me ofrece, me apasionaría que se corriera en mi boca, nunca he tenido este placer, sería capaz de tragármelo todo ahora mismo.

—Sube, necesito acabar dentro de ti —no es una orden, es más bien una súplica, por lo que no tengo otra que acatar.

Subo poco a poco, mientras sigo jugando con mi mano. Mi nuevo juguete me tiene cautivada. Coge un condón de la mesita de noche, ni pregunto de dónde habrán salido, yo dejé de tener de eso hace más tiempo del que recuerdo. No tarda ni treinta segundos en tenerlo colocado y vuelve a intentar darme la vuelta.

—Quiero intentarlo —le freno.

Lo introduzco dentro de mí dejándome caer encima de su pelvis y noto como va rellenando mi interior. Empiezo a moverme arriba y abajo, tensando

mi cuerpo al compás que contraigo mi culo. Dejo que me lo coja con fuerza, que me apriete con ganas, porque cada vez que lo hace mi cuerpo reacciona de una manera más excitante. Me ayuda a coger el ritmo adecuado y cuando parece que lo tengo controlado deposita una de sus manos en mis pechos. Como me pone que los acaricie suavemente para luego apretar el pezón con fuerza. Veo su cara de placer, la mía debe de ser parecida. Me muevo con más fuerza y las respiraciones se aceleran. Jadeos. Entra y sale de mi sin compasión.

—Estoy apunto —me anuncia, y es el aviso para que yo pueda fundirme.

Mi orgasmo es más placentero que nunca y noto como descarga dentro de mí. Esa sensación me provoca plenitud y tengo la necesidad de caer encima suyo y sentirlo más cerca. Nos quedamos callados, fundidos en un semi abrazo, sin que salga de mí.

Pasamos quizás media hora en esa postura, ninguno de los dos dice nada, tampoco nos miramos. No queremos romper este momento. Pero soy experta en cagarla siempre, y mis ganas de ir al baño son superiores a lo cómoda que estoy. Me levanto lentamente y sin decir nada me dirijo al aseo. Cuando intento volver a mi habitación, me lo encuentro en la puerta del lavabo.

—Nos merecemos una ducha ¿no? —la fiesta todavía no ha acabado.

—Mmmm —me pongo nerviosa —claro —suelto al fin

Voy a vivir esta aventura hasta que salga de mi casa.

Lo hacemos en la ducha, esta vez de una manera más bruta pero espectacular, es el polvo más salvaje que he vivido y el aguante que tiene este hombre es digno de estudio. Ni tiempos de recuperación ni hostias y está fuerte de cojones. No es que pese mucho, pero me encanta como se mueve dentro de mí mientras me tiene cogida y mis piernas rodean su cintura. Lo hacemos otra vez en la cocina, cuando decido que necesito un café con urgencia. Y lo hacemos otra vez en el sofá. La mañana ha dado mucho de sí, pero ha quedado para comer y esto no puede alargarse más.

—Gracias —le agradezco en la puerta de mi casa.

—Ha sido todo un placer —me besa, y lo hace en los labios, antes de irse hacia el ascensor.

Cierro la puerta del apartamento, me apoyo en ella y cayéndome al suelo soy totalmente consciente del error que he cometido. Quiero repetir, y esto es de todo menos sano.

Capítulo 27

Llego tarde y eso que por suerte no hemos quedado muy lejos de donde estoy. Si la noche fue de ensueño, la mañana ha sido la mejor película de la tierra. Me había imaginado como podía ser ese encuentro, pero ha superado cualquier expectativa. Estoy completamente loco. Casi dejo tirado a Santi para volverme a meter dentro de ella. Hubiera repetido 100 veces más con tal de que se volviera a correr gritando mi nombre, un sonido que para mí era la mejor canción. Estoy jodido. Lo acabo de hacer 4 veces seguidas, 4 veces seguidas con la misma persona, y ya estoy pensando en repetir. Desconocía que fuera capaz de tener este aguante, de que mi polla pudiera recargarse tan fácilmente y de que pudiera disfrutar de esta manera. No todas han sido brucas, pero todas ellas han sido placenteras. Dudo de si seré capaz de cumplir mi parte y desaparecer, pero se lo debo, no puedo crearle más ilusiones de las que nos hemos otorgado.

—Estoy jodido —ese es mi saludo para un Santi que me espera en la mesa del Nomo Sarria, sushi siempre es buena opción. Pero ahora sushi me recuerda a nuestra primera cena.

—¿En traje un sábado? ¿Aún no te has acostado? —que bien me conoce.

—No he dormido en casa —no me apetece dar muchos detalles, o si, pero paso a paso.

—¿No has dormido en casa? —su sorpresa podría ser la misma que la mía —¿Estás enfermo?

—Estoy jodido, ya te lo he dicho.

—Aja... me he quedado ya sin cena veo... —y sé muy bien porque lo dice.

—Eso espero —y lo espero de verdad —aunque tiene vía libre.

—Quiero todos los detalles —en el fondo somos viciosos parecidos.

No le cuento mucho, no quiero exponer todos los detalles. Tengo la sensación de que debo protegerla y no está muy a gusto con que la gente conozca toda su historia. No seré yo quien la haga sentir incomoda. Le cuento el número de polvos, donde los hemos tenido y lo mucho que me ha gustado sentirla dentro de mí. Sí, a los tíos nos gusta hablar del sexo, pero sacando toda la parte romántica que eso conlleva, los preliminares no hace falta

tenerlos en cuenta.

—Estás jodido, pero espero que no tardes en darte cuenta o que no sea demasiado tarde.

—¿De qué?

—Ya me lo dirás tu cuando seas capaz.

No entiendo lo que me quiere decir, pero por su sonrisa pícaro sé que él es plenamente consciente y se lo está pasando bien. Entonces coge el móvil lo deja encima de la mesa para que podamos verlo los dos, abre la aplicación de Whatsapp, conversación con Irene y empieza.

Santi: *Señorita Castro me debe una comida.*

Irene: *Deme una semana, lo tendré todo listo para entonces.*

Santi: *¿No hay comida sin trabajo?*

Irene: *¿Va a aparecer también el señor Campos?*

Santi: *¿Quiere que aparezca?*

Giro la pantalla de su móvil al momento, no estoy preparado para conocer esa respuesta.

—No quiero saberlo —le gruño.

—¿Seguro? —me tienta.

—Seguro. Comamos en paz hoy.

Mi cabeza viaja a otro mundo, al mundo de saber si ella está igual de jodida que yo, si quiere repetir, si quiere volver a verme, si ha disfrutado tanto como yo, si tiene curiosidad por mí... en definitiva, está en el mundo de Irene y eso es muy mala señal. ¿Qué me está pasando? ¿Hay diagnóstico para ello?

Me muerdo de ganas de decirle algo, de enviarle un mensaje, a poder ser picante, claro que sí. Pero me juego a que me corten las pelotas, y sin ellas no podría vivir, son mucho más importantes que cualquier cosa. Voy a tener que dejar paso al destino, eso en lo que nunca he creído, pero que si me dio la oportunidad de conocer a esta mujer no dejará que viva el recuerdo de un solo encuentro, o cuatro o cinco. Mi destino se llama Gonzalo y gracias a él podré saber en cada momento donde está, así que vamos a forzar las cosas un poco como si de una casualidad se tratase. Me lo tengo que ganar, sé que Claudia me advirtió que después de esto se había acabado formar parte de su grupo cuando las chicas estén presentes. Nunca he sido uno más, pero me joroba que me digan si puedo o no unirme a ellos. Lo acaté, mis ganas me cegaron. Ahora que lo pienso, debí estudiar mucho mejor las condiciones de ese contrato.

No va a ser una tarea fácil, estoy pensando en salir hacia otra dirección, salir esta misma noche y encontrar una firme candidata para un nuevo asalto,

pero la última vez que hice esto tuve sexo pensando en ella y no se puede volver a repetir. No juego con las mujeres, ese no es mi estilo, me lo paso bien con ellas, pero disfrutamos a partes iguales y no juego con sus ilusiones.

¿Cómo me desengancho de todos estos pensamientos entonces? ¿Por qué pienso tanto en ella? Sé de sobra que muchas preguntas nunca tienen respuesta, o no tienen una sola respuesta o una respuesta correcta para todos, pero tengo demasiadas preguntas sobre este tema y Santi no va a ayudarme a resolver mis dudas. Lo único que hace es mofarse de mí y dejar todas las cosas en el aire.

Después de una comida más o menos agradable, y lo digo por el mero hecho de que no he prestado toda la atención a su salida de anoche y sus planes para este fin de semana, a los que, por supuesto, me ha invitado y he rechazado. Me apetece mucho más una cerveza y una película de acción, y.... Irene en mi regazo. ¿Enserio? Esto tiene que ser una puta broma.

Tomaré medidas drásticas, esto está claro. Hay que distanciarse a más no poder, poner tierra de por medio. Podría irme al norte, las mujeres de ahí siempre me han cautivado, las rubias han sido siempre mi perdición, podría ir a pasarlo bien. Tendré que pensar detenidamente en esta opción, cogermé vacaciones e irme a la aventura. Pero mierda. La gala de verano, queda solo un mes y es de las pocas que prometí estar presente.

Capítulo 28

Han pasado dos semanas desde que volví a tener sexo. No tengo un diario personal; en ese momento pensé en volver a escribir mis pensamientos después de todas las sensaciones encontradas, pero lo descarté. Es un acontecimiento importante, así lo marqué en el calendario, pero no le daré más bombo al asunto. Felipe ni siquiera me mandó un mensaje y nadie me lo ha mencionado en estos 15 días.

El sábado quedé con Claudia y Sandra y les conté por encima todo lo ocurrido. No hacían falta detalles, por muy curiosas que estuvieron. He dado un gran paso y tanto ellas como yo estamos orgullosas, pero queda todavía un camino hasta poder hablar de ello con normalidad. Me vieron feliz, y eso les dio toda la tranquilidad que buscaban.

También quedé para comer con Santi la semana pasada para hablar de trabajo. Preferí quedar para comer para evitar encontrarme a Felipe en las oficinas, desde que sé que trabajan juntos he decidido que es mejor reunirnos en mi terreno. Santi es muy agradable y puedo hablar con él con mucha naturalidad, no hay que forzar las cosas y nos entendemos muy bien. También congeniamos en los gustos que tenemos y es fácil elaborar proyectos conjuntos. La gala de verano va a ser todo un éxito, de eso estamos los dos convencidísimos.

Pero hoy es noche de fiesta, hace un montón que no tengo una de estas y estoy realmente animada. Me apetece mover el esqueleto y beber un par de copas, o las que sean necesarias. Tuve el pistoletazo de salida, lo que marcó que ya estaba preparada para volverme a comer el mundo y aquí estoy, cumpliendo mis objetivos. Me siento realmente bien, me siento casi plenamente feliz.

No sé qué me deparará la noche y no quiero pensarlo, lo que sí sé es que voy a salir a pasármelo bien. Saldremos las chicas y quizás luego se apunten ellos, pero no estoy agobiada. Me da igual bailar con uno que con otro. No me iré a la cama con el primero que pase, pero si lo pienso bien podría enrollarme con alguien esta noche. Estoy desatada según Claudia.

Hemos cenado en el piso, nos apetece tener esa intimidad al menos en la cena y poder beber a nuestro antojo. Habrá tiempo para el reguetón después.

—Así que hay que buscarte un buen maromo para esta noche —afirma Sandra.

—Lo que sé, es que no voy a decir que no —no estoy muy segura, pero no quiero tener limitaciones en esta nueva fase de mi vida.

—¿No crees que corres demasiado? Cualquiera no puede ser candidato —ya está la serena de Claudia poniendo las pautas necesarias.

—Salgamos sin preocupaciones hoy —levanto la copa para poder hacer un brindis.

Llegamos a Bling Bling y como siempre pasamos por la zona vip. Sandra trabajó aquí un par de años y seguimos teniendo estos privilegios. Nos gusta esta discoteca. Nos gusta también el hecho de poder tener una sala de reguetón para bailar de lo más perro, pero poder tener alternativa para cuando esa música sea demasiado para nuestros oídos, que pasa a menudo. Nada más llegar al reservado ya nos están sirviendo las copas. No somos muy exquisitas y nuestros gustos no han cambiado con los años.

No hay mucha gente, es pronto todavía, pero el ambiente que vemos nos gusta. La primera copa la tomamos de relax, sentadas en los sofás y pudiendo acabar de hablar de nuestras cosas. La segunda ya nos la tomamos en nuestra sala de baile. No recuerdo cuando fue la última vez que disfruté de esto. La boda de Claudia no cuenta, fue casi como obligación.

Me encanta bailar, no he dejado de hacerlo nunca por mucho que piensen lo contrario. En mi habitación me pongo la lista de las 50 mejores de España en Spotify para descubrir las novedades y poder moverme un poco. No sé si se me debe ver bien desde fuera, una no es consciente de si perrea bien o no, pero lo importante es la actitud, y de eso voy sobrada. Al menos hoy, sobradísima.

Hay canciones que es mejor no conocer o no saberse la letra, dejan bastante que desear, y otras te pueden recordar demasiado alguna historia y entonces ya entras en el bucle de asociarlo todo a tu persona. Pero sentir las tienes que sentir, y tu cuerpo tiene que moverse al mismo ritmo. Transportarse, dejarse llevar y disfrutar.

Tres copas más tarde estoy casi en mi gloria. Me lo estoy pasando bien, muy bien. No hemos parado de bailar en todo el rato, incluso hemos arrimado cebolleta con alguno, pero Claudia siempre ha negado con la cabeza para que no me diese ni la vuelta.

Conocemos prácticamente todas las canciones que han puesto, no es muy difícil cuando tus listas de Spotify engloban el tipo de música de estos locales,

y hemos ido alternando las dos salas, pero nos quedamos definitivamente con nuestro reguetón. Ahora viene una de Luis Fonsi.

—Yo sé que no necesitas que te hablen de amor, yo sé... pero es que ya no me aguanto las ganas y te diré... que tu mirada me queda bien... que había soñado y hoy sé con quién... si me quieres hablar, yo te preguntaré —me soplan al lado de la oreja y puedo sentir como se tensa todo mi cuerpo, pero mi subconsciente prefiere contradecirme y girarse para seguir la canción.

—Dime que estás sola y que nadie te ve como yo... dime que no pasan las horas si estamos los dos... y te juro que si conmigo te vas... siempre con un beso vas a despertar... —nos quedamos en silencio, los dos nos hemos cortado al momento que suena de fondo “y si te enamoras, te juro que me enamoro de ti...”

No puedo reaccionar, si sus trajes ya me mataban verlo con estos vaqueros desgastados, la camisa a cuadros y un parecido a mocasines con cordones me acaba de dejar anonadada. Mi cuerpo ha dejado de moverse y él muestra una sonrisa perfecta sin ni siquiera avanzar.

—¡Pequeña! —me achucha Pedro permitiéndome reaccionar.

Lo agarro con fuerza mientras le susurro:

—Vamos a por una copa, la necesito.

Por suerte no hace falta decirle mucho más. Cuando dijeron que los chicos pasarían no imaginé que esto también incluía a tener a Felipe por aquí. Mi noche se acaba de ir al traste.

Capítulo 29

¿En qué momento se me ha ocurrido cantarle al oído sin saludar? ¿En qué momento mi cuerpo ha decidido que era buen momento para dejar de reaccionar? Parezco gilipollas, claramente gilipollas. La he visto en la pista, con ese vestido tan corto, ceñido a su cuerpo, que mi cerebro no ha conectado todas las neuronas que pueda tener por allí.

—Atontado despierta —Gonzalo me da una palmada en la espalda y me ofrece una copa —creo que la necesitas más que yo.

—Gracias —me bebo la mitad casi de un trajo.

—No me las des todavía, voy a ver si consigo domar a mi mujer —y va en su dirección para intentar camelársela.

Después de quedar con Santi ese día, necesitaba hablar con urgencia con Gonzalo. Le conté todo lo ocurrido y fui más sincero que en cualquiera otra ocasión. Le confesé claramente que quería repetir, que me había sabido a poco. Y no porque no fuese suficiente o porque no estuviera a la altura de lo esperado sino porque la sensación de plenitud que tuve no podía acabarse en ese instante. Prometí que no le diría nada, que me mantendría al margen si ella no decía nada, ¿por qué cuando quieres que una mujer te moleste no lo hace, pero la que no quieres que te moleste lo hace todo el rato? Qué complicadas son.

Cuando me llamó para salir esta noche no me lo pensé dos veces, necesitaba un poco de entretenimiento. Llevo dos semanas a pan y agua y con la cabeza totalmente perdida. Sé que Santi ha quedado con ella un par de veces, pero no he querido preguntar, prefiero estar al margen. Con un poco de suerte se me pasará pronto la tontería. Porque es simplemente eso, una tontería, un capricho.

Me he enterado hace unas tres horas de que ellas estarían aquí, Gonzalo ha esperado hasta el final para soltarme la bomba y que no pudiera echarme atrás. Según él ha maquinado todo un plan. El convencerá a Claudia para que me dé carta blanca y se ponga de mi parte para conseguir que pueda tener una segunda noche. Según lo contado, Irene salía desenfrenada esta noche y las dos amigas tienen que dar su visto bueno para que pueda enrollarse con un tío. Lo de desenfrenada está por ver, Claudia exagera mucho las cosas y siempre ha

sido demasiado precavida. José ya ha dicho que Sandra no dormirá en casa hoy. La verdad es que me apetece más llevarla a mi apartamento, pero me adaptaré a lo que ella prefiera. Siento esa necesidad, la de que pueda decidir y yo pueda adaptarme.

Da igual lo que prefiera, de momento la estoy viendo con Pedro en la barra y parece estar muy entretenida. No para de reírse, su risa se puede oír casi desde aquí. Está preciosa. No necesita maquillaje para estarlo, he podido observar que solo lleva la raya negra de los ojos y los labios rojos color pasión, esos que me han dejado hipnotizado nada más darse la vuelta.

Me acabo la copa y es buena idea ir a pedir otra e ir a pedirla justo donde están hablando.

—¿Me pones otra Silvia? —llego a la barra por la zona dónde Irene esta de espaldas, para que note mi presencia con mi voz.

Se gira nada más oírme y sonríe, tiene las mejillas sonrojadas, apostarí a que lleva más copas de la cuenta.

—¿Quieres otra? —me atrevo a preguntar —¿Pedro? —el niega con la cabeza.

—Prefiero esta —coge la copa que me acaban de depositar y bebe un trago —está fuerte —su cara lo dice todo, le ha costado tragar.

—No todos somos tan duros como yo —pongo media sonrisa, sigo siendo todo un seductor.

—Te espero en la pista —le dice Pedro cediéndome su asiento.

—Vengo contigo —da un salto del taburete mientras yo me pierdo en sus piernas al descubierto.

—Compartamos esta copa —casi suplico cogiéndole la mano.

Veo como debate en su interior, Pedro la anima a quedarse, no hace falta mencionar que todos están al corriente de la situación.

—¿Tengo que hacerte compañía? —su picardía ha vuelto.

—No veo una mejor —la suelto. Si vuelvo a tocar su piel no seré capaz de frenarme.

Nos quedamos mirándonos el uno frente al otro y parece que ninguno encuentra las palabras adecuadas para empezar una conversación. ¿Esperó ella también a que la llamara yo? ¿Tiene las mismas ganas de repetir? ¿Se pone igual de nerviosa? La mente tiene que dejar de funcionar, ya sé que estoy jodido, no hace falta que me vuelva completamente loco.

—Pensé en llamarte —no estoy capacitado para este tipo de situaciones, lo sé, solo la cago.

—No debías hacerlo. Lo pasamos bien, mi hiciste un favor, no voy a pedirte más —lo dice mirándose los toquecitos que da entre las manos, está nerviosa.

¿Solo bien? ¿Enserio? ¿Un favor? ¿Nada más? ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

—No fue ningún favor —clavo mi mirada en la suya y le cojo la mano. Sí, estoy jodido.

El silencio entre nosotros es constante, pero el tacto de su piel me llena. Podría estar horas acariciando la palma de su mano y a ella parece no molestarle.

—Voy a necesitar esa copa —suelta al fin.

—¿Nerviosa? —la tiento.

—En absoluto —salta del taburete —mejor vámonos a bailar —y desaparece hacia la pista.

A dicho vámonos ¿no? Pues haya vamos.

Está animada, tiene mucho ritmo en el cuerpo y no le importa atraer casi todas las miradas de la sala. Parece toda una seductora y a mí me está poniendo enfermo. No solo con los movimientos que hace, con su sensualidad personificada, con imaginarme quintándole el vestido, sino también porque no para de bailar con cualquiera que se le acerque.

—Deberías estar tu ahí —me asusta Sandra por detrás.

—Yo de ti empezaría a marcar terreno —se ríe José a su lado.

Y qué narices, tienen razón. Me acerco por su espalda, la cojo de la cadera y sin dejar que se dé la vuelta me empiezo a mover a su mismo ritmo. Se deja guiar. Entrelaza su mano con la mía a la altura de su cintura y con la otra se aparta el pelo para colocárselo del mismo lado. Se siente en casa, se siente cómoda y a gusto. Le beso en la parte del cuello que ha dejado al descubierto y le susurro en la oreja:

—Vas a ponerme enfermo con este movimiento de trasero.

—Aún no he notado ningún bulto —contesta divertida.

Me aproximo más a ella, si quiere jugar a ese juego está jugando con el mejor de todos. Estoy a la distancia exacta para que cuando ella pueda mover su culo hacia atrás se dé cuenta de lo excitado que estoy, pero como tengo yo el control de su cadera, elegiré el momento adecuado. Con la mano que me queda suelta le estoy acariciando el muslo izquierdo. Me encanta que empiece a hacer calor y dejen de llevar ese coñazo de medias. Su piel es demasiado suave y en varias ocasiones estoy tentado en subirle el vestido más de lo

apropiado.

Tres canciones más tarde decido que o actúo ya o voy a explotar de un momento a otro. La giro para tenerla frente a mí. Con los tacones que lleva no le debo sacar tanto, y apretándole del trasero la aferro a mí para que pueda notar eso que tantas ganas tenía.

—Parece que alguien ha despertado —sonríe picarona.

—¿Monito tiene ganas de jugar? —la beso. Me da igual donde estamos, necesito sentir esos labios.

No se resiste. Se deja llevar y nos fundimos durante no sé cuánto tiempo.

—¡Irene por favor! —nos interrumpe Claudia bastante furiosa —dijiste que no volverías —me increpa, Gonzalo viene por detrás, alguien no ha hecho su trabajo.

—Claudia... —la estira su marido hacia atrás —deja que ellos decidan.

—No hay nada que decidir —declara firmemente.

—Claudia estoy bien —le pone ojitos a su amiga.

—Luego no digas que no te lo advertí —sentencia y Gonzalo se la intenta llevar un poco más lejos. Le va a costar muy cara la noche.

—Lo siento —su cara a entristecido, pero no debe disculparse.

—No tienes porque —le levanto la barbilla para que pueda mirarme a los ojos. Un millón de sensaciones recorren mi cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan —¿Quieres irte a casa?

—La verdad es que sí, pero puedes quedarte si quieres —claro que no quiero quedarme.

—Te acompaño —pongo mi mano en su espalda y la dirijo hacia la salida mientras le pido a Pedro que se despida por nosotros.

Capítulo 30

Estamos sentados en su Audi A3 negro, parados en el primer semáforo. Ha sido un momento muy intenso para mí y necesitaba aire. No quiero que Claudia se enfade. Sé que tiene razón, sé que lo hace por mí y que está preocupada, la entiendo, pero no voy a caer en el mismo error. El ser humano es el único que puede tropezar dos veces con la misma piedra, correcto, pero no voy a dejar que ocurra.

—No sé si quiero irme a casa —me saco los zapatos y me acurruco en el asiento.

—Si fueras otra te diría que sacaras tus pies de ahí —lo entiendo, su coche esta impoluto y me he tomado la libertad de acomodarme —¿Dónde te apetece ir?

—¿Un hombre como tú no tiene lugares escondidos? —no quiero confesar lo que me apetece realmente.

—¿Quieres que te sorprenda monito?

—¿Por qué me llamas monito? —le corto con una sonrisa de medio lado.

—Algún día te lo contaré —como disfruta con estos momentos —por ahora contesta a mi pregunta.

—En realidad, no... quiero... —estoy un poco nerviosa —da igual, mejor me meto en la cama.

—¿En la mía? —es demasiado guapo, y cuando sonrío no hay quien pueda resistirse.

—¿Quieres? —me arrepiento al instante de mi pregunta. Mi cuerpo se ha girado con las piernas cruzadas sobre el asiento hacia su dirección

—Como en tu casa, no te cortes —tengo que empezar a controlarme, me excusaré con el alcohol —pero hoy te llevo a la mía.

No contesto. Vuelvo a sentarme correctamente y los nervios se apoderan de mí. ¿Espera qué se repita lo de la última vez? ¿Quiero qué se repita? ¡Claro qué sí, estúpida!

Dejamos el coche en el parking y por un momento dudo en volverme a poner estos insufribles tacones, cuando abre mi puerta.

—No hace falta —tira de mí de tal manera que hace que salte sobre él y mis piernas se acomoden a su cintura —eres como un monito —no puedo

sentirme mejor.

Dentro del ascensor me besa, y soy plenamente consciente de lo que significa este beso. Vuelven a ser besos suaves, lentos, tiernos, nuestras lenguas se encuentran al instante y juegan. Les gusta jugar tanto como a nosotros y no me cuesta admitir cuánto lo he echado de menos. Estos besos me llenan, me hacen sentir bien, me aportan positividad y aunque tengo que separarme varias veces para recuperar aire, no puedo dejar de saborear esos labios.

Abre la puerta de su apartamento como puede y después de pasar todo el recibidor llegamos al comedor. Me deposita suavemente en el sofá y puedo observar que se trata de un piso de hombre. No tiene muchos detalles, lo básico y suficiente. El mueble de la tele, un marrón clásico con tres cajoneras, no tiene nada decorativo. Tampoco hay estanterías de por medio a pesar del gran tamaño de la pieza.

—¿Agua? —pregunta desde lo que debe ser la cocina.

—¡Alcohol a palo seco! —imbécil, soy sumamente imbécil.

Deposita los dos vasos de agua en la mesita que tengo justo enfrente, yo ya me he acomodado, por poco no me he sacado el vestido también.

—No tiene por qué ser violento —suelta de repente, aunque por su cara juraría que se ha arrepentido de su comentario.

—¿No te gusta hacerlo duro? —voy a reconducir la conversación. Sinceramente no me reconozco, Claudia tenía razón, estoy desatada.

—Así que puedo prescindir de las caricias —me coge del trasero y me coloca a ahorcadas sobre él —ir directamente al grano —me aprieta más para que lo note firme y me susurra al oído. Gimo.

—Para eso llevas demasiadas prendas puestas —voy desabrochando su camisa.

—Eso se puede arreglar —me saca el vestido. Gracias karma por hacer que me ponga un conjunto interior adecuado.

Podéis imaginar que lo de las caricias e ir directamente al grano era solo la primera mentira del cuento. Le gusta disfrutar de mi cuerpo tanto como yo disfruto el suyo. Podría pasar horas contemplándolo, mimándolo, besando o lamiendo cada parte. Es tan perfecto que tengo dudas de que sea tan real.

Tardamos casi una hora en quedarnos completamente desnudos, por lo visto mis pezones lo tienen cautivado y les presta más atención de la que he visto jamás. Me he corrido en sus dedos hace un momento, porque la manera en que los introduce en mi interior a la vez que su pulgar juega en mi clítoris

me tiene fascinada. Nunca había experimentado una sensación igual y me he vuelto loca de repente. No me ha dejado jugar a mí, pero la noche es tan larga que tendré mi oportunidad.

—El resto en la cama monito, hay que hacer las cosas bien —me informa cuando se levanta conmigo en brazos y nos dirigimos al dormitorio.

Sé que estoy perdida, esto va a ser mi fin, pero me auto prometo que después de esta noche voy a ser yo quien ponga distancia. Miento. Después de la gala de verano de FeSa me iré de vacaciones a Hawái y desconectaré del mundo. Para cuando vuelva espero haber recuperado la cordura.

Capítulo 31

Me encanta tenerla agarrada a mí con brazos y piernas, la siento terriblemente mía y su cercanía no solo me llena, sino que me completa. No puedo resistirme a ella, mi cuerpo no me lo permite, creo que he encontrado mi droga y no visualizo el momento de proceder a la desintoxicación. No será esta noche eso seguro, pero si no quiero estar más jodido voy a tener que poner tierra de por medio.

La dejo suavemente sobre la cama y tengo las mejores vistas que un hombre puede tener. Me embobo con la belleza que tengo delante, su sonrisa no puede transmitirme otra cosa que felicidad. Le saco las braguitas poco a poco, acariciándole los muslos en el camino, arquea la espalda y sé que está igual de excitada que yo. Sus ojos la delatan, los cierra en varias ocasiones como si tuviera vergüenza de lo que está haciendo. A veces se tapa con el brazo o con la mano, pero me gusta sacárselo y decirle lo preciosa que es. Nunca me había detenido tanto tiempo en observar a una mujer, y no me siento incomodo, sino todo lo contrario.

Una vez la tengo completamente desnuda me saco mi bóxer negro y mi amigo sale disparado, está listo para ella desde el momento dónde la ha visto en la pista de baile, pero eso queda entre nosotros. No quiero penetrarla directamente, quiero verla disfrutar, quiero oírla gemir de placer y que sea ella quien me pida que se la meta dentro como la primera vez.

Me coloco encima y sus brazos me agarran de la nuca para llevarme a su boca. Sus besos, sus besos son como un imán para mí, dependo de ellos y solo necesito besarla para acabar de excitarme del todo. Mi punto de partida. Nuestras lenguas se enredan al momento y si no necesitara coger aire podría estar horas y horas en esta posición. Le beso el cuello, se cuánto le calienta esto, la reacción de su cuerpo es el mejor chivato de todos. Le paso la lengua por él y observo como se le eriza todo el vello del cuerpo. Me encanta. No puedo remediarlo, me gusta calentarla. Su respiración se acelera por momentos, veo su ansia de avanzar, pero me gusta hacer las cosas despacio, al menos con ella.

Sigo bajando, mi siguiente parada no puede ser otra que sus pechos. Sus perfectos pechos que me llaman a gritos y que he decidido que tienen que ser

míos, que hay que cuidarlos bien, pero que jugar con ellos es todo un privilegio. Intento dedicarles la misma atención a los dos, pero tengo devoción por uno de ellos, eso no ha cambiado. Tiene algún que otro impulso de subirme y besarme los labios, pero la freno, quiero que disfrute, que sea otra noche de placer para ella. Si ella lo goza, estoy seguro que yo lo gozaré mucho más.

Sigo bajando, y veo como se vuelve a tensar.

—No voy a hacer nada que no quieras —le digo en voz baja, para no estropear el ambiente que hemos creado —confía en mí, sé que lo deseas tanto como yo.

Y sin detenerme demasiado, le paso la punta de la lengua por sus labios vaginales. La detengo en el clítoris. Gime. Agarra mi cabeza, enredando sus dedos en mi pelo y empieza a marcar un ritmo. Me sorprende notarla tan decidida, pero mentiría si dijera que no me gusta que me mande. ¡Qué ganas tenía de comérmela entera! Mi lengua se ha vuelto muy juguetona y por lo visto no hay quejas al respecto, su respiración está cada vez más acelerada y los gemidos son más frecuentes según el ritmo de mis besos y mis lametones. Tengo el presentimiento de que no le queda mucho, y me fliparía que acabase de esta manera, poder regalarme un orgasmo des de aquí y sentir como se corre en mi boca. Por primera vez en mi vida, no estoy pensando en acabar el sexo yo dentro de ella, su placer hace que el mío se triplique.

—Quiero que juguemos los dos a la vez —suelta de repente. Si es que estaba seguro que en algún lugar de su interior se escondía la leona que está hecha en la cama, la parte pervertida que me va a encantar descubrir.

—No puedo estar más de acuerdo.

Y antes de que pueda echarse atrás, me coloco del revés para poder fundirnos en un maravilloso 69. Me cuesta concentrarme en lo que estoy haciendo, el taco de su mano derecha envolviendo mi polla provoca demasiadas cosas en mí, y cuando empieza a utilizar su lengua para jugar con ella he perdido el norte varias veces. No voy a aguantar mucho tiempo, tengo esta debilidad si estoy con ella en la cama.

—Será mejor que te la meta, no quiero acabar así —digo entre jadeos.

—Me encantaría que te corrieras en mi boca —responde también entre jadeos.

¿Irene ha dicho eso? Voy a empezar a creerme a Claudia cuando dice que su amiga ha perdido todos los sentidos. Pero esa frase me ha puesto más perro todavía. No puedo no complacerla y estoy demasiado excitado como para

pensar con razón.

Me tumbo en la cama y la cojo para colocarla encima de mí.

—De verdad que quiero —está muy sonrojada, pero sus ojos me advierten del deseo que posee.

—Soy todo tuyo —utilizo la misma frase que le dio fuerzas la última vez.

Entonces va bajando poco a poco hasta llegar de nuevo a mi miembro, que sigue más duro que una piedra. Y vuelve a coger ritmo. Tiene una manera de mover la lengua mientras lo lame y lo chupa que no había experimentado pero que me vuelve completamente loco. Ha tenido que probar muchas maneras hasta poder conseguir el efecto que me provoca con tan solo la punta de su lengua, pero sentirla dentro de su boca hace que viaje a otro planeta.

No le hace falta mucho tiempo, estaba demasiado contenido. Y a pesar de que ha intensificado el ritmo no quiero follarme su boca de una manera muy brusca y poco después caigo rendido. Tengo intención de sacarla y acabar, aunque sea manchando las sabanas, pero me frena, quiere que acabe dentro y esto me mata de felicidad. ¿He dicho ya que estoy jodido? ¡Estoy jodidísimo!

Se pasa la mano por sus labios, como si estuviera limpiando el rastro de algo. Se pone de pie junto a la cama y recoge sus braguitas del suelo. Solo puedo mirarla embobado, necesito una ducha de agua fría con urgencia. Sale de la habitación y la veo recoger sus cosas del comedor.

—¿Te vas? —me ha cambiado hasta la expresión de la cara.

—No creo que me vayas a dar mimos por la noche ni traerme el desayuno —se ríe nerviosa.

—Quédate a dormir —la cojo de la cintura y la acerco a mí. La beso. No puedo remediarlo si la tengo cerca.

—¿Quieres repetir? —me mira juguetona.

—Me lo pensaré mientras te hago esos mimos que pides —“Felipe vuelve”, me repito a mí mismo. Tanta cursilada no puede ser buena —vamos monito que se ha hecho tarde —la cojo en brazos para sentir de nuevo que es la postura perfecta entre nosotros.

En la cama me cuesta dormirme, mi cabeza no deja de dar vueltas sobre lo que me está pasando. Lo entiende tan poco como yo, pero el simple hecho de escuchar su respiración al dormir a mi lado me hace sonreír. Inexplicablemente mi cuerpo está tranquilo, relajado, lejos de cualquier preocupación y se siente como en casa.

Capítulo 32

Abro los ojos y la habitación no se me hace extraña a pesar de que es la primera vez que duermo aquí. Siento el calor de sus brazos en mis caderas y dudo en si girarme o no para encontrarlo de frente, pero decido que me apetece observar este momento. Duerme plácidamente, parece extremadamente relajado y me transmite esa sensación al instante. Ayer no tardé en dormirme, entre mi semana ajetreada y el alcohol en sangre no fue difícil conciliar el sueño. Ayer no tuvimos sexo duro, pero tuvimos placer de otra manera, nos conocimos un poco más en ese terreno y disfrutamos de sentirnos el uno al otro sin estar del todo dentro del otro.

No sé si quiero despertarle, pero no voy a poder levantarme sin que se dé cuenta, me tiene demasiado bien cogida. ¿Tendría miedo de que me escapase en mitad de la noche? ¡Qué ilusa soy! Me voy separando poco a poco y oigo como gruñe.

—Seguro que es demasiado pronto —ni siquiera ha abierto los ojos.

—Nunca es pronto para un café —lo necesito con urgencia. Es mi droga cada mañana y lo necesito en cuanto salgo de la cama.

—¿No era mi segunda tarea? —su sonrisa picará hace que frunza mi entrecejo.

—¿Cómo? —a estas horas y sin cafeína en vena cabe decir que no atino.

—Traerte el desayuno a la cama —y ya se está levantando de la cama.

¿De verdad está pasando? No entiendo nada, pero no sé si quiero entenderlo. Merezco ser feliz, merezco disfrutar de esto. La cuestión es no engancharse, no ilusionarse y basarse en lo que es, sexo, placer, deseo y volver a descubrirme.

Aparece poco después con una bandeja completísima. Podrían desayunar unas veinte personas. Hay tostadas, mermeladas, fruta, yogur, chocolate, zumo de naranja, —casero seguro, —café, —imprescindible, —avena, mueslis... estoy alucinando.

—No sé aún que desayunas —añade por mi cara de sorpresa.

—Me conformaba con café —no suelo desayunar en exceso —después de esto voy a tener que correr un maratón por lo menos —no pretendo comérmelo todo.

—Luego te enseño otra manera de quemar tantas calorías, coge fuerzas — como le encanta ponerme su cara de pícaro que me vuelve loca.

Posa la bandeja encima de la cama y se sienta a mi lado. Hay un poco de silencio, pero no es incómodo, nos sentimos muy a gusto incluso estando callados y eso es realmente muy extraño.

Cojo mi teléfono y solo tengo un mensaje:

Claudia: *estoy muy enfadada, meeting con urgencia a las 12.00 en Santamasa.*

—Me vas a costar caro —le digo enseñándole el mensaje. No sé porque lo hago, me ha salido solo.

—¿Más que a tu a mí? —pregunta enseñándome su móvil donde aparece un mensaje de Gonzalo, *la que me has liado cabrón, cenamos en casa de Fran, no te escaquees.*

—Pues que valga la pena —no me reconozco, soy una descerebrada.

Me pongo a ahorcadas sobre él y le como literalmente la boca. Tiene un regustillo a zumo de naranja que se mezcla con mi sabor a café. Exquisito de buena mañana. Se enciende tan rápido como yo.

En esta ocasión es sexo duro, no hay preliminares ni historias varias. Las ganas nos poseen y no queremos andarnos con tonterías, queremos estar el uno dentro del otro y estamos preparados para ello. No tarda en cambiarme de posición y poder ponerse encima de mi y embestirme de manera brusca. Me encanta. Me vuelve loca. Cuando embiste de una manera fuerte mi cuerpo lo responde. Yo misma estoy notando lo mojada que estoy.

—Me encanta que estés tan mojada —sabe leer mi mente, estoy convencida.

—Culpa tuya —pongo los ojos en blanco.

—Quiero ser culpable siempre —embiste más fuerte que nunca.

Entra y sale sin parar, coge ritmo y las respiraciones se aceleran. Creo que me voy a desmayar en algún momento, mis gemidos son muy frecuentes y estoy perdiendo fuerza en las piernas, pero en el momento que creo que me voy a desvanecer grito su nombre con todas mis fuerzas y noto como él empieza a descargar. Los espasmos que provoca su polla en mi interior son pura fantasía. Este sexo me gusta.

—¿Puedo ducharme? —le pido tímidamente cuando nos hemos recuperado —no voy a llegar sino —pongo cara de niña buena.

—No tienes ni que preguntar —sonríe —prometo no molestarte, no quiero entretenerte.

Tiene razón, si compartiéramos la ducha no llegaría a mi hora. Cuando salgo, me doy cuenta que solo tengo el vestido de anoche. Podría pasarme por casa, pilla prácticamente de camino.

—Puedes ponerte esta camiseta —lo dicho, sabe meterse en mi mente —Te acerco a casa para que puedas cambiarte —me coloco su camiseta y me siento ridícula. No se me ven las bragas, pero no saldría así a la calle.

Nos metemos en el coche y rezo para no encontrarme a nadie cuando tenga que bajar y meterme en mi edificio.

—Voy a estar fuera un par de días —me suelta de repente —por trabajo —aclara.

—No hay que ultimar muchos detalles, Santi y yo lo tendremos todo listo para la gala —me adelanto.

—No lo digo por eso —su rostro se ha puesto más serio y mi cara de tonta está en aumento —me apetecerá verte a mi vuelta.

—Claro, seguro que volvemos a coincidir —a estúpida no me gana nadie, ya lo he dicho.

—Irene, lo he pasado bien, quiero coincidir los dos —traga saliva —solos —me derrito, esto no es sano, de verdad que no.

—Mmm —no me salen las palabras, por suerte hemos llegado —hablamos a la vuelta —le digo saliendo del coche —tendré que devolverte la camiseta.

¿Enserio he dicho yo eso? ¿Se puede ser más patética? Ni siquiera le he dado un beso, o bueno, dos en las mejillas, a modo despedida. ¿Tendría que haberme despedido? No le he dejado ni responder.

A toda prisa llego al Santamasa y veo que Sandra y Claudia ya me están esperando dentro. Voy a poner el móvil en silencio, no espero ninguna llamada, pero mejor no alterar más de lo debido a la señorita responsable. Un mensaje.

Felipe: *la camiseta puedes quedártela, al menos así te acordaras de mi. Hablamos a la vuelta, monito* [cara tirando un besito con corazón].

No lo abro, no estoy preparada para responder a eso, todavía no.

—Vaya si existe una Irene con cara de recién follada —ese es el saludo de Sandra, la médica ni siquiera sonrío.

—¿Cuándo te has vuelto loca? —suelta sin pensarlo.

—No hay respuesta válida —me escaqueo.

—Pues empieza a encontrarla. Dijimos solo un día —ni una muestra de sonrisa por su parte.

—No seas aguafiestas, que disfrute —la riñe la otra.

—Que se busque a otro para ello —¿os he dicho ya que siempre hacen como si no existiera?

—Solo lo paso bien —aclaro.

—Define bien —se interesa la perversa.

—No quiero saber detalles, no puede volver a pasar —eso también lo tengo claro yo —Irene, te ilusionarás y no es bueno. Felipe se cansará y un día dejará de llamarte, de acercarse a ti. No le preocupas lo más mínimo —se avecina discurso —le gusta jugar con las mujeres, se lo pasa bien, repite con muy pocas, pero lo hace por diversión, este hombre ni siente ni padece. Gonzalo me ha puesto al día de toda su trayectoria, créeme que no vas por buen camino así —no necesito una voz de la consciencia teniendo una amiga como esta, hasta hace los deberes por mí.

—Lo sé, ayer mismo quise irme de su casa justo después, le solté que no es hombre de mimos ni de desayunos y sin embargo lo hizo. Me ha traído el desayuno a la cama —dicho en voz alta no hace que sea consciente de que tenga claro que no es para mí.

—¿Has dormido en su casa? —su rostro es pura sorpresa.

—Lo acaba de decir Claudia, no dejó que se marchara —siempre metiendo cizaña.

—Nunca duerme con una mujer —parece confusa —Irene toma distancia, por favor.

—Prometo que solo voy a divertirme cuando coincidamos, nada de llamadas, mensajes ni quedadas a solas, solo pasármelo bien si se da la ocasión —espero ser capaz de cumplir esa promesa.

—¿La vas a volver a encerrar para que no tenga sexo? —salta Sandra.

—No, pero no quiero ningún drama, no la incites tú más —sé que lo hace por mí, y por ello no voy a dar más bombo al asunto.

El resto de la comida es más bien tranquila, en el fondo sé que está feliz de que vuelva a recuperar mi esencia y que este saliendo del pozo. No con quien estoy saliendo de él, pero no puede llover a gusto de todos.

Capítulo 33

—Una cerveza —ese es mi saludo en cuando Fran me abre la puerta.

Llevo todo el día con una sola cosa en la cabeza: Irene. Nos entendemos demasiado bien, me provoca demasiadas cosas y me hace comportarme de una manera inexplicable. No filtro mis palabras cuando la tengo cerca. ¿No quiere quedar conmigo? Se ha puesto nerviosa cuando lo he sugerido, pero parece tan inocente a veces que no sé cómo tomarme sus respuestas.

—Nadie diría que ayer te lo pasaste bien —puedo notar el rin tin tin de sus palabras.

Prefiero no entrar en una discusión con él ahora mismo, no llevaría a ningún puerto, entro y saludo al resto.

—No quiero saber mucho, espero que me la cuidaras bien —Pedro me da la mano mientras se va hacia la cocina para ayudar a Fran a traer la cena.

—Creo que estoy jodido —confieso.

—¿Por qué te apetece cuidarla? —son mis amigos, no hay quien me conozca mejor que ellos.

—Posiblemente —si alguien podrá ayudarme con esto, Pedro es un muy buen candidato —pero hoy es noche de chicos, trae una cerveza.

—Veo que mi bronca de anoche mereció la pena —Gonzalo sonrío, en un momento de su vida, le hubiese encantado estar en mi lugar.

—Me temo que vas a tener broncas a menudo —sonrío —espero que las reconciliaciones sean tan buenas como imagino —me siento a su lado en el sofá.

Llegan Pedro y Fran con las bandejas de sushi y las colocan frente a nosotros. No somos de complicarnos mucho, y para nosotros una cena así, sin tener que poner cubierto ni parar la mesa, es el mejor plan para un sábado noche. Y cervezas, eso no puede faltar. Les pongo un poco al día, no todos ellos saben cómo han avanzado las cosas en mi vida. No quiero dar detalles porque por la cara que va poniendo Fran, temo que le dé un parraque aquí en medio y tengamos que ir al hospital. Me gustaría adivinar cuánto tiempo lleva colgado de esta mujer, pero no es mi principal preocupación.

Les cuento que trabaja para mi empresa y que vamos a tener que coincidir al menos en otra ocasión, porque evito las reuniones para no tener más

tentación, pero que no puedo controlarme cuando la tengo cerca. Les informo que fue ella quien me pidió que nos acostáramos la primera vez, pero no niego que lo hubiese dado todo por tener esa oportunidad, y que el otro día en la discoteca era el primer día que nos veíamos desde entonces, pero que las ganas fueron superiores a mí.

—Te besaste con ella en medio de la discoteca, me temo que no hay mucho que añadir —se mofa Pedro, no había caído nunca en mostrar mis deseos públicamente.

—Si te dejamos un poco más de tiempo, a saber si salía sin vestido de ahí —prosigue Gonzalo, se lo están pasando bien, a mi costa, sí.

—Bueno, bueno, por suerte se paró a tiempo —Fran prefiere convencerse, lo que vino después no fue mucho mejor para él.

Sigo explicando que nos fuimos a mi casa y que no tuvimos sexo salvaje ni penetración esa noche. Mientras lo cuento me voy dando cuenta de que su sorpresa es la misma que la mía, ni yo mismo me reconozco. Pero ya lo mato cuando confieso que fue ella quien hizo amago de irse de mi casa y fui yo quien la frené, quería dormir con ella.

—¿Te habías tomado algo? —Gonzalo no termina de entenderlo.

—¡Claro qué no! —elevo un poco la voz —quería dormir con ella, el polvo por la mañana fue mucho mejor —si pongo que quería el polvo mañanero de por medio quizás le quito gravedad al asunto.

—Claro.. claro.. —no acabo de entender la sonrisa de Pedro.

—¿Estoy jodido verdad? —él puede darme esa respuesta.

—Espero que sepas aprovecharlo, no pasa a menudo —veo mucha sinceridad en esas palabras.

Siendo honesto, estoy acojonado. ¿Podría estar sintiendo algo diferente? ¿Algo especial? El mero hecho de pensarlo me atormenta. Intento desviar la conversación, mañana me voy a Madrid a cerrar unos acuerdos y no puedo alargar mucho la noche.

—No le hagas daño —me abraza Pedro para despedirse.

—Prometo al menos intentarlo —ser capaz es otra cosa.

—No hagas que se enganche, pasadlo bien con ciertos límites —se añade Gonzalo a punto de salir.

—Te las tendrás que ver conmigo sino —Fran ha aceptado su derrota, pero en el fondo nos tenemos mucho aprecio y sé que lo dice divertido.

Me voy a casa y al meterme en la cama siento una sensación de vacío. Nunca esta cama se me había hecho tan grande. Me falta algo, pero necesito

descansar. Cierro los ojos y solo puedo tener recuerdos positivos sobre la noche anterior, o esta misma mañana.

Estoy seguro que he soñado con ella, no sé exactamente el qué, pero me levanto excitado, mi amiga de abajo ya me ha saludado y ni la ducha de agua fría puede calmarla. Este viaje me va a venir bien. Son solo dos días, pero la vamos a tener por la oficina durante estas dos semanas para que toda la gala sea perfecta. Verla tan a menudo no va a ser bueno para mí, que empezar teniendo reuniones fuera del piso donde ella se encuentre va ser muy positivo.

Me marcho con ganas de enviarle un mensaje, de saber de ella, pero no debo hacerlo. No puedo mostrar alguien que no soy, alguien que no va a cumplir las promesas que ella quiera. “Le llevé el desayuno a la cama” me digo, y prometo aprender a controlarme, a enseñarle quien soy sin ningún tipo de máscara para que si queremos disfrutemos los dos, pero jugando al mismo juego. Les he dicho a los chicos que no le voy a hacer daño y eso voy a intentar. En cuanto vuelva quedará con ella y pondré todas las cartas sobre la mesa. No volveré a acercarme a ella si ella no quiere lo mismo que yo.

Con ese pensamiento me subo al AVE y me repito la teoría de no acercarme a ella varias veces. A fuerza de repeticiones quizás se hace posible.

Capítulo 34

Sé que no va a estar en la oficina, me dijo que se iba un par de días a Madrid y, si las cuentas no me fallan, no vuelve hasta mañana. Tengo un día de margen para respirar tranquila por aquí. Van a ser un par de semanas intensivas, luego podré planear tranquilamente mi viaje. Con Santi todo es mucho más sencillo y tiene las cosas tan claras que me facilita un montón de trabajo. Ojalá todos los clientes lo tuvieran igual de claro.

Las reuniones últimamente acaban siempre en comidas o cafés y es realmente agradable. Me siento cómoda y no pregunta nada sobre mi vida privada, cosa que agradezco porque estoy convencida que debe saber algo de ella. Sé la amistad que tiene con Felipe, no dudo en que le haya contado algo, ni que sea por encima.

Son las siete de la tarde, nos hemos alargado un poco por lo que decidimos que nos merecemos una cerveza en el Dublins. Es otra de las cosas que me gusta de este cliente, que no tengo que aparentar nada, puedo propasarme hasta con el alcohol. Es nuestro punto de desconexión, de tener la mente fuera del trabajo como si fuéramos amigos. Me cuenta sus planes de verano, algo harán los dos juntos, pero no pueden dejar la empresa sin sus jefes mucho tiempo, así que él viajará por separado a ver unos amigos a Boston. Le envidio, me han contado que es muy bonito y que tiene unos parques impresionantes. Lo anotaré en mi lista de destinos pendientes y más cuando me cuente el viaje a su vuelta.

—¿Afinando confianzas? —me sobresalto al instante, su voz ronca me pone directamente en alerta.

—¿Tú no llegabas mañana? —sí, mis saludos son lo más profesional.

—¿No te alegras de verme? —temo que empecemos un clásico partido de tenis entre los dos, mi cara le debe contestar —acabo de llegar, venía a buscar unos papeles.

—Los he dejado encima de tu mesa —interviene Santi.

—¿No me vais a invitar a sentarme?

—Te cedo mi asiento —se levanta su amigo.

—Yo ya me iba —nuestras intervenciones se solapan.

Puedo observar cómo le cambia la cara. Su sonrisa ha desaparecido y

tengo sentimientos contradictorios. Por un lado, me encantaría comportarme como una persona normal y tomarme una cerveza con él sin más, pero ¿cuándo he sido yo normal?, pero por otro lado no puedo quedarme, tengo que cumplir con mis propósitos. Técnicamente hemos coincidido, no hemos quedado. Qué debate interno tengo. Si no me mata Claudia pronto, moriré yo sola, de eso estoy segura.

—Podemos tomar otra si quieres —digo al fin, prefiero no pensar mucho en lo que suelto por la boca.

—Me gusta esa actitud, así quizás te llevo a cenar y todo —su chulería me puede, lo dice como si estuviera haciéndome un favor.

—He quedado para cenar con Pedro —miento.

—Eso puedo arreglarlo yo —saca el móvil del bolsillo.

—No hay nada que arreglar —le freno —una cerveza —sentencio.

—Está bien, está bien, tú mandas —se sienta al fin y nos despedimos de Santi.

Puedo ver como se miran, en esto momentos me gustaría leer el pensamiento de los hombres y entender lo que se dicen con esas miradas. Una vez solos, Felipe pide un par de Estrellas y guardando las distancias intenta iniciar una conversación civilizada. Le cuento un poco como van los preparativos de la gala, mi trabajo permite que pueda sentirme cómoda hablando de temas que conozco a la perfección, poder soltarme un poco más. Él aclara que no se va a entrometer en nada, no tiene ningún tipo de petición y confía plenamente en el trabajo que podamos realizar Santi y yo. Le importa bastante poco la imagen que puedan dar a sus empleados, hace estos actos para que se sientan importantes y vean el aprecio que les tienen, agradecerles de alguna manera el trabajo que realizan para ellos, pero no le preocupa demasiado lo que piensen al respecto.

Se le ve un hombre seguro de sí mismo, no se deja conocer mucho, por lo que tengo un poco de miedo de preguntar sobre temas más personales. Me gustaría saber más acerca de su vida, pero prefiero mantenerme al margen. Si me lo cuenta y me gusta, puede ser mi perdición, así que, si lo desconozco, no hay opción a caer en una piscina sin agua. Lo noto cómodo conmigo y me sorprende que tengamos esta afinidad, tampoco hemos coincidido tanto. Sin embargo, a veces parece que nos conozcamos de toda la vida.

—Creo que voy a tener que hacer un pensa —miro el reloj.

—¿De verdad que no puedes anular la cena? —como se entere de que es mentira, se me va a caer el pelo.

—Voy a estar aquí dos semanas, tendremos tiempo de cenar —no debería, pero aseguro que volveremos a vernos.

—Lo tomaré como una promesa, me vas a deber más de una cena —sonríe de manera pícarona y se aproxima a darme dos besos.

Estamos el uno frente al otro, demasiado cerca. Creo que mi corazón cobra vida propia y late a demasiadas pulsaciones. La cerveza me ha debido afectar más de la cuenta. Mi cuerpo ha decidido no obedecerme y se queda parado, debo parecer más estúpida de lo que me estoy sintiendo. Me agarra de la cintura y cuando voy a poner la mejilla para el primer beso, me gira la barbilla con la otra mano y me besa los labios. Es un beso casto, tan solo noto sus labios calientes jugando con los míos y lo finaliza con una mordedura de mi labio inferior, pausada. Su mirada me transmite demasiado en estos momentos. Estoy muerta.

Me doy la vuelta y me voy, si alargo más esta situación, mañana mismo compro mi viaje a Hawai. Las chicas me van a colgar. “Solo pasármelo bien” me repito internamente.

Capítulo 35

Sabía de sobras que me los encontraría ahí, conozco a Santi como si fuera de mi propia sangre. Lo que no sé es por qué la bese. Mi consciencia se ha tomado la libertad de actuar por libre y la cordura la he perdido en alguna parte. Me molesta que no se haya quedado a cenar conmigo, pero prometí no forzar las cosas. ¿Cuándo he cumplido yo mis promesas?

Voy a enterarme de dónde han ido a cenar, le pediré a Pedro que me ayude a ingeniar algo —Sé que no soy de su devoción para esto, pero me ayudaría siempre a hacerla feliz y tengo que tener la oportunidad de explicarle lo que busco. Poder pasarlo bien los dos juntos, sin ninguna responsabilidad, pero nos entendemos muy bien en la cama. Sorprendentemente para mí, también fuera de ella, pero ahora esto es algo secundario. Le mando un mensaje a mi amigo y mi sorpresa llega cuando me contesta.

Pedro: *¿Con Irene? No estoy en Barcelona.*

Así que con mentiras de por medio. Empiezo de puta madre. Lo llamo al instante.

—¿No has quedado con ella? —no voy a andarme con rodeos.

—Lo sabría si fuese así. Pero ¿cómo has llegado a esta conclusión?

—Me lo ha dicho ella misma.

—¿Ya habéis quedado? —parece sorprendido.

—No, hemos coincidido en la oficina, te recuerdo que trabaja en nuestra gala de verano —digo medio molesto —y la he invitado a cenar cuando me ha dicho que tenía planes contigo —se ríe de mí.

—Vaya, mi pequeña es más lista de lo que creo —sigue riéndose de mí.

—No tiene gracia —mi cabreo va en aumento.

—Te digo yo que sí —gruño —intentaré enterarme. —Sabía que me diría esto.

—¿Por qué tiene que mentirme? Podría haber dicho que no directamente y no me hubiera molestado —lo dudo, me hubiese molestado más que no quisiera.

—Quizás los dos estéis ocultando lo mismo.

—¿El qué? —pregunto confuso.

—Nada... nada... —parece como si estuviera pensando algo —espero que

lo admitas pronto. Tengo que dejarte.

Y sin más se despide. No sé qué tengo que admitir. No sé qué estamos ocultando, lo único que sé es lo jodido que estoy. Toda esta situación me va a superar. ¿Y si me acerco a su piso? ¿Y si le envío un mensaje? No, no puedo hacer eso. No ha querido cenar conmigo y no ha sido ni sincera, tiene que haber algún motivo. Me ofende, pero también me molesta. ¿Por qué cojones tiene que afectarme tanto? Volví de Madrid pensando en dejarme llevar, no sé hasta cuando, pero me apetecía por una vez que las cosas sucedieran como tuviesen que suceder, sin esconderme de lo que me apetece en cada momento. Y me apetece ella. Y más desde el día que la tuve entre mis brazos. No puedo pensar en otra cosa.

Me meto en la cama y me cuesta dormir. La voy a tener que ver toda la semana y parece que ella ha puesto algún tipo de barrera, ha creado unos límites. No voy a tirar la toalla por una primera negación, ha prometido concederme una cena y voy a conseguir al menos eso.

Llego a la oficina antes de las ocho, me ha costado levantarme puesto que no he dormido demasiado y hay cosas que cerrar antes de que llegué el verano. Este año me voy a tomar un mes seguido de vacaciones, podría irme a Australia, a la otra punta del mundo y así dejaría de hacer el gilipollas. Pero de mientras, seguiremos siendo profesionales y mi trabajo va por delante de cualquier cosa. Así que esto voy a hacer esta semana, centrarme en mis tareas sin pensar en lo que pueda pasar en el despacho de al lado.

—¿Una mala noche? —hace por lo menos dos meses que no madrugo tanto, Santi me conoce tanto como yo a él.

—No quiso cenar conmigo, me mintió con una excusa —no tengo porque andarme con rodeos con él.

—Vaya, se te resiste más de lo esperado —se mofa —qué pena me das.

—Otro que se ríe de mí. ¿Os dan un premio por ello? —porque más de uno sería candidato.

—Solo espero que lo admitas pronto.

—¿Por qué todos me decís lo mismo? ¿Qué tengo que admitir? —grito, pero ya ha salido de mi despacho, ni siquiera se molesta en darse la vuelta para responderme.

Voy a tener que organizar una reunión con los chicos y que me pongan al día sobre mi vida, todos ellos saben más que yo al parecer. Soy el último en enterarme de lo que me pasa, un poco raro, pero muy cierto. Seguro que cuando quedan sin mí soy el tema de conversación, ese que cuentan como un

chiste y que disfrutan criticando, tendrán que explicarme también que es lo que les ha hecho tanta gracia. Siempre he sido de reírme el primero, espero que al menos esta vez también me parezca gracioso.

A las dos del mediodía decido que es buena hora para ir a comer. Le envío un mensaje a Santi por si le apetece acercarnos al Fucsia y comer algo.

Santi: *Sigo reunido con Irene, iremos a comer, pero te la dejo por la tarde, si te atreves [cara guiñando un ojo].*

Que capullo es. Me la deja, dice. Como si fuera una muñeca. Vale, lo es. Es como la muñeca más bonita que he visto. Felipe, cursiladas las justas, por favor. No le contesto, no hace falta. El mensaje se lo envío a ella en esta ocasión.

Felipe: *Me voy a poner celoso con tantas comiditas. ¿Cenamos hoy?*

Irene: *¿Tú celoso? ¿A quién pretendes engañar?*

Felipe: *A alguien que no me lo está poniendo fácil... no contesta a mis preguntas.*

Irene: *¿Un BarcelonaMilano a las 21?*

Felipe: *Ahí estaré.*

Ya puedo respirar un poco más tranquilo. Me gusta cuando se pone en este plan. Le gusta picarme, pero es un juego que tengo muy aprendido, y sé que se lo pasa igual de bien que yo. La noto suelta cuando se comporta así y me agrada pensar que soy el responsable de eso. Me gustaría que lo estuviese todo el rato, incluso cara a cara. A veces la siento un poco cohibida y me gustaría poder darle la confianza suficiente para relajarse del todo.

Con mi mente en la cena de esta noche, la tarde se me pasa volando. Dicen que el tiempo pasa volando cuando te lo pasas bien o te entretienes. Puedo añadir que si tienes la mente ocupada en algo que te gusta, también pasa volando. Acabo de salir de la ducha y dudo si ponerme un traje o vestirme más casual. ¿Cuándo me he preocupado por esta gilipollez? Me sorprende de mí mismo y de la capacidad de mi mente en cambiar tan radicalmente últimamente. Finalmente decido ponerme unos vaqueros, mis Addidas blancas, una camiseta básica y un jersey gris. No quiero arreglarme demasiado por si las moscas.

Llego al restaurante, me siento en la mesa y a las 21:15 temo que se haya rajado. Lo ha propuesto ella, no puede no aparecer. ¿O sí? Por suerte está entrando por la puerta, así que no hace falta que le dé más vueltas al coco. Viene con un vestido de rayas blancas y azul marino, al estilo marinero. Se le ciñe hasta la cintura y luego la falda es más holgada. Lleva unas sandalias de

tacón y una cazadora tejana, el pelo recogido en una coleta alta. Y aunque con el pelo suelto está impresionante, que deje su cuello al descubierto y pensar en lo mucho que la excita que le bese esa parte, me vuelve terriblemente loco.

—Buenas noches —me levanto un poco torpe, los nervios nunca han sido muy buenos compañeros.

—Buenas noches —me contesta acercándose a darme dos besos.

Estoy tentado en volver a besarla, pero vamos a dejar que las cosas sigan su curso, no adelantemos acontecimientos. Empezamos hablando un poco de trabajo, juraría que es su vía de escape para relajarse y sentirse lo máximo cómoda posible, así que no le fastidiare con ello. Cuando habla de su trabajo se nota que le apasiona lo que hace y que está orgullosa de lo que ha creado y de poder vivir de lo que le apasiona, así que es un lujo escucharla hablar de ello. He dejado que escogiera los platos, no había estado antes aquí y tengo un buen paladar, me adapto con facilidad a la hora de comer. Cuando nos traen el cheesecake con frutos rojos, no puedo alargarlo mucho más.

—Creo que tenemos un tema pendiente —empiezo a aclarar las cosas antes de que sea tarde. Por un momento temo que los chicos tengan razón y estemos escondiendo algo que ella sepa lo que es.

—No voy a escaquearme de eso, ¿verdad? —me pone tal cara de niña buena que empiezo realmente a dudar.

—¿Qué quieres tú? —si lo dice ella, posiblemente sea más fácil adaptarme, cruzo los dedos para que sea lo mismo que quiero yo.

—¿Pasarlo bien? —y lo pregunta, no lo afirma.

—Y eso quiere decir... —la animo.

—Que deje de ponerme nerviosa cuando aparezcas —sus mejillas se ponen rojas —mierda, lo he dicho en voz alta —se está muriendo de vergüenza —pues...

—¿Te pongo nerviosa? —si jugamos a lo que los dos sabemos, quizás sea más sencillo.

—Un poco... —confiesa- pero eso es bueno... —duda —creo. Vaya, estoy haciendo el ridículo —se tapa la cara con las manos.

—Me encanta ponerte nerviosa —le sonrío —yo también quiero pasármelo bien.

—¡Perfecto! —se destapada —nada más que decir —añade.

—Claro que sí. Nada de ilusiones, ¿Prometido? —sabe perfectamente a lo que me refiero, su cara la delata.

—Prometido —y su sonrisa acaba de matarme.

La saco de ahí lo más rápido que puedo y nos dirigimos a su casa, ambos sabemos lo que significa pasarlo bien y vamos a empezar esta misma noche.

No hacen falta palabras una vez llegamos a su habitación y nos importa un bledo que Sandra pueda estar en la habitación de al lado, ya lidiaremos con ello cuando sea el momento. Estamos excitados y nos apetece disfrutar el uno del otro. Y eso hacemos, a lo grande. Podría afirmar que ha tenido tres orgasmos seguidos y a mí me ha dejado muerto de satisfacción.

Evidentemente esta noche vuelvo a dormir con ella. Se ha vuelto como un refugio para mí.

Capítulo 36

He pasado una semana muy intensa. Llevo desde el martes durmiendo acompañada y es como una novedad. Hemos acordado que no nos haríamos ilusiones y que alternaríamos las noches en los pisos para que ninguno tuviera ventaja. ¿A quién quiero engañar? Tengo que pensar seriamente en ese viaje. Me gusta dormir con él, me siento arropada, protegida, segura. Sin embargo, sé que no es normal en él y no quiero pensar en la que me va a caer encima cuando Claudia se entere de lo que estoy haciendo. Sandra lo sabe desde el primer día. Los gritos que salieron de mi habitación la primera noche me delataron al momento. No puedo controlar mis orgasmos con él, tendré que aprender a morderme la lengua. Pero ahora que lo sabe, las noches que pasamos en nuestro apartamento, ella se va a casa de José. Este tendría que agradecerme bien, está encantado con esta situación. Sandra se puso a chillar cuando se enteró, dice que me estoy volviendo loca, que estoy creando mi propia tumba y que ella me servirá las copas cuando no cumpla mis promesas, pero dice que el sexo hace mejorar hasta el cutis y que me va a venir estupendamente. Eso es una buena amiga. O no. Tendría que meterme en un avión y enviarme lo más lejos posible. Si me quisiera no me dejaría tirarme por este puente. Porque creo que me estoy tirando, y sin paracaídas.

No. Me estoy convenciendo de que no voy a ilusionarme. Y voy a cumplir esa parte del trato. Simple diversión. Como la de esta noche. Salimos de nuevo y cada vez me apetece más rodearme de gente y sentir la música en mi cuerpo. Ya no me molesta que se me acerquen los chicos o bailar con cualquier desconocido. Conozco donde están mis límites, aunque no tengo ataduras, y si encontrara un Dios en la pista de baile, me lo llevaría a la cama. Cómo han cambiado las cosas. Ni yo misma me reconozco. Somos las reinas en la sala de reguetón, al menos, nos gusta creer eso. Para bailar ese ritmo o pierdes la vergüenza o eres tú el que está perdido.

—Yo te quiero para mí, no te quiero para más nadie. Solita para mí, no te comparto con nadie —me cantan al oído y no puedo evitar sobresaltarme.

Sé de sobras quien es, no hace falta ni darme la vuelta, pero tendrá que dejar de hacer eso, me lo anoto como nueva norma en nuestra supuesta relación. Que me cante esas canciones al oído y con alcohol en sangre me va a

volver turuleta. Ya pienso que todas las canciones de reguetón están hechas para mí, no hace falta que lo retroalimente más. Encima ni siquiera piensa la letra que canta, estoy segura de ello, sino lo nuestro no tendría ningún sentido. Sabéis eso que dicen de que los chicos se mueven en la cama igual que bailan, pues puedo asegurar que es totalmente cierto. Felipe tiene un ritmo descomunal y nadie lo diría si lo vieran trabajar. Parece el típico pijo estirado, trajeado, al que le gusta estar en la barra y observar a sus presas, que no pierde el tiempo moviendo el esqueleto ni haciendo el ridículo. No es que lo haga, pero muchos de los hombres tienen esa sensación cuando bailan este tipo de música. A él no le importa arrimar su cintura a mi culo y demostrar que podemos movernos al mismo compás.

—¿Así que no me compartes? —le sonrío de manera traviesa.

—¿Te quieres ir con otro hoy? —me reta.

—Voy a pensarme esa opción —si quiere jugar, puedo ser muy buena jugadora.

Empieza la partida. Cojo el primer chico que pasa por nuestro lado y me pongo a bailar con él de una manera muy sensual. Ni siquiera estoy pensando lo que hago, mi cuerpo ha decidido cobrar vida propia y actuar por su mero juicio, ese que yo perdí en algún lugar. No tarda ni dos segundos en agarrarme y ponerme frente a él, pero cuando está a punto de besarme, agarra a una chica por la cintura y le dedica un movimiento de culo de lo más provocativo. “Así que estas tenemos”, la noche va a ser más divertida de la cuenta.

—Estás jugando con fuego —le digo a la oreja pasando por su lado.

Voy a la barra y pido otra copa, la voy a necesitar si ese va ser el plan de esta noche. Puedo jugar a este juego, de lo que no estoy segura es de quien va a quemarse primero. Me la bebo de un trago y vuelvo a la pista para visualizar mi próxima víctima.

Es entretenido, pero a mi estomago no le sienta demasiado bien cuando alguna chica lo agarra demasiado. ¿Estoy celosa? No puedo estarlo, no es mío. Ni lo será. Voy a tener que frenar un poco todo esto, demasiados días juntos. En una semana será la gala de verano y podré respirar un poco más, prefiero confiar en ello.

Me paro un rato a hablar con Fran y Pedro, los tacones me están matando y a este ritmo más de la mitad de la discoteca habrá intentado tocarme el culo.

—¿Me vas a contar a qué juego estáis jugando hoy? —es difícil no percatarse.

—¿A convencerme de que no me estoy pillando? —no puedo mentirle a

Pedro, no después de la bronca que me pegó por utilizarle de tapadera sin avisarlo.

—Podrías fijarte en mí, no te haría daño —interviene Fran y me agarra de la cintura para arrimarse más de lo debido.

—Que corra el aire —aparece Felipe marcando territorio.

—Pues no te ha importado que se meneara con medio Bling Bling —se queja.

Pedro decide que es mejor llevárselo a otro lado, al parecer el juego a llegado a su fin. Y ya era hora, mis piernas no hubieran aguantado otro movimiento hacia abajo.

—Entonces, ¿ninguno te ha convencido? —posa sus manos en mi cintura.

—Uno... —muevo mi cadera —que ha tentado mucho la suerte —la muevo hacia el otro lado —pero sería un candidato perfecto.

—Así que... —me acerca a él —un candidato perfecto —me acaricia la espalda —tengo ganas de conocerlo —siento sus labios encima de los míos.

—Pensaré en ello —le beso —mientras... —le vuelvo a besar —vayámonos a casa.

—Me parece la mejor idea de esta noche.

Nos vamos a su casa y nos falta tiempo para fundirnos. No llegamos ni a la habitación, creo que el juego de esta noche ha sido como nuestros preliminares. Y debo confesar que la isla que tiene en la cocina es mi rincón favorito de este ático. Que me pose encima de la mesa y me abra las piernas frente a él es el mejor de los inicios para un buen polvo, un polvo de los nuestros.

Capítulo 37

Llevo dos semanas siendo un completo desconocido. Tengo la necesidad de tenerla a mi lado y los días se me hacen eternos esperando el momento para irnos a casa y poder estar juntos. Ayer no dormimos juntos y puedo asegurar que me sentí inmensamente vacío. Me costó más de 1000 ovejitas conciliar el sueño y me levanté de mal humor. No verla a ella con mi camisa puesta y su moño a medio hacer con una taza de café en las manos, era como si una desgracia acabara de pasar. No sé cuánto tiempo aguantaré así. No puedo depender de nadie, no puedo depender de ella. Me van a cortar los huevos pronto, solo están esperando encontrar el momento adecuado.

Hoy celebramos nuestra gala de verano en el jardín del Juan Carlos y a pesar de que estuve tentado de reservar una única suite para los dos, Santi puso la cordura que a mí me faltaba para recordarme que era un tema profesional y que ella debía tener su propia habitación. Una planta más abajo, una habitación que espero que esté sin ocupar esta noche.

Ha estado estresada toda la semana, está obsesionada con la perfección y aunque he intentado tranquilizarla, ha resultado mucho más complicado de lo que imaginaba. ¡Hasta le hice un masaje! Yo, Felipe Campos, le hice un masaje a una mujer y ni siquiera follé esa noche, porque tenía la regla. He dormido tres días con una mujer sin tener sexo. Vale, hemos jugado de otras maneras, pero esto es totalmente nuevo para mí. Algo está cambiando en mi interior, puedo notarlo, y, o no quiero admitir lo que es o me da miedo lo que pueda ser.

La cena empieza según lo previsto y ella se encuentra con los del catering marcando el ritmo de salida de los platos. No ha hecho caso a la petición de Santi, podía asistir al evento como invitada, no como trabajadora, pero no sabe hacer eso.

—Como no dejes de mirarla, la vas a desgastar —me tiende una copa mi socio.

—Vuelvo a recordarte que estoy jodido —necesito que alguien me diga que tengo que hacer.

—Solo hasta que te atrevas a admitirlo —se ríe y brinda su copa con la mía.

—¿Me puede estar pasando? —empiezo a ser consciente de hacia dónde pueden ir esos mensajes.

—Comprobémoslo esta noche.

Veó como se aleja de mí y se dirige a ella, va tan decidido que ella se sorprende cuando lo tiene delante. No lo debe pensar mucho, la agarra del cuello y le planta un beso. Así sin más. Delante de mis narices y sin que ella tenga tiempo de reaccionar. Justo al separarse le susurra algo al oído y puedo ver como se medio relaja. Me hierva toda la sangre, tengo ganas de pegarle un puñetazo, de cargármelo aquí delante. ¿Cómo se puede ser tan capullo? ¡Qué es mi mejor amigo joder! Cuando vuelve conmigo, mi ira está al 90% y me falta bien poco para cumplir con mi deseo.

—Tu sabrás lo que has sentido. Deja de hacer el gilipollas —posa su mano en mi hombro y se marcha.

¿Puedo estar enamorándome? Decirlo así me aterra. ¿Cómo se sabe lo que es estar enamorado si no lo has sentido nunca? Siento cosas por ella, me siento a gusto con ella, me apetece estar con ella, quiero cuidarla, quiero mimarla, quiero ser el motivo de su sonrisa, verla despertar, llevarle el desayuno a la cama, que me ponga su carita de no haber roto nunca un plato, que se cuelgue a mi como un monito, que sea mi monito... quiero demasiadas cosas, y todas las quiero con ella. Estoy jodido.

La he estado observando toda la noche. Cuando hacía mi discurso, cuando daba los premios, cuando saludaba a todos los presentes, durante todo el video, toda la cena y ahora en las copas. No ha dejado de ser profesional y aunque cuando nuestras miradas se cruzan aparta sus ojos demasiado rápido, puedo sentir que también me observa esta noche.

Santi me está poniendo de los nervios. Aprovecha cualquier ocasión para estar junto a ella y sobarla. Lo más raro es que ella se deja hacer. Y me estoy volviendo loco. Sé que lo hace solo para joderme a mí, pero no hace falta traspasar ciertos límites. Lo peor llega cuando veo que ambos se dirigen hacia el hotel y me parece que dan por finalizada la noche. No viene a despedirse de mí. ¿Eso es normal? A mí no me lo parece, no después de las dos semanas que hemos pasado. Acordamos pasarlo bien, sin ataduras, sin ilusiones, pero tampoco hace falta putear.

Espero un tiempo prudente y me dirijo hasta su habitación, pico a la puerta. Nadie contesta. Los nervios van subiendo. Después de cinco minutos sin respuesta me dirijo a la habitación de Santi y repito la acción. Mismo resultado. Si no estoy loco ya, poco me falta. Entro en mi suite y cojo el

teléfono, marco primero la de ella, nadie responde. Marco la de él, se acaban los tonos. Los he visto entrar en el hotel, y no había ni rastro de ellos en el vestíbulo. Estoy tentado en bajar a recepción y pedir copias de llave. He pagado yo todas las habitaciones, tendría derecho a tenerlas ¿no?

Descarto la opción. Mi mente da demasiadas imágenes en poco tiempo y ninguna de ellas me parece atractiva. No hago más que imaginármelos juntos. ¿Serían capaces? Me han dicho que admita las cosas, pues lo admito, son celos y para nada son sanos.

Me tumbo en la cama y me desespero. Voy a la bañera y la lleno de agua caliente, me pongo música y me meto dentro a ver si puedo desconectar un poco. Necesito hacer algo para mantener mi mente ocupada. Podría llamar a Andrea, por ejemplo, pero no me apetece, es lo último que me apetece. ¡Joder! Esto no puede estar pasándome.

Me había imaginado esta noche de muchas maneras, pero esta no entraba en mis posibilidades. Una vez dentro del agua cierro los ojos. Mala idea. Si los cierro solo tengo una imagen delante, la del beso que he presenciado al inicio de la noche. ¿Le habrá transmitido más que yo? ¿Le habrá gustado más? ¿Estarán teniendo sexo? No quiero pensar en todo esto. Mi cerebro podría apiadarse de mí hoy y dejar de pensar en ella. Si hay una buena ocasión para esto, sin duda es hoy.

De repente suena la puerta de mi habitación, me pongo el albornoz y más vale que sea el servicio de habitaciones con una botella de ginebra para que pueda hundir mis penas.

—Parece que alguien se ha cansado de la fiesta muy pronto hoy —se ha cambiado el atuendo, lleva un vestido ceñido de los que tanto me calientan, y me mira con ojos de cordero degollado con sus manos detrás de la espalda a modo niña buena.

—Esperaba tener la mía propia —le medio sonrío.

—Por el atuendo, apuesto a que es muy divertida —me da un repaso de arriba abajo —¿no vas a invitar a unirme?

—Te he visto muy entretenida hoy —no se lo voy a poner tan fácil —pensaba que querías otra compañía —me acercó un poco más a ella.

—Era toda una tentación... una opción interesante... —su picardía no tiene límite.

—Está a solo dos puertas de aquí... —la tiento.

—Tendré que considerarlo entonces —da media vuelta.

—Ni se te ocurra —la agarro del brazo y la estiro lo suficiente para que

dé un salto y se acople a mi —monito —la beso, demasiado he tardado ya.

La desnudo en menos de un minuto, y nos metemos los dos en la bañera. Ya puedo hacerla mía. La noche ha parecido una eternidad. Después de un primer asalto en el agua y un segundo en la cama ha caído rendida. Me imagino que con toda la presión que le ha provocado este evento y las pocas horas de sueño durante la semana, asumo mi parte de culpa por ello, necesitaba este descanso. Aprovecho mientras la observo y le mando un mensaje a Santi.

Felipe: *he querido matarte. Lo admito. Jodido es poco. Vas a tener que ayudarme.*

No hace falta ser muy explícito con él, lo entenderá a la perfección.

Capítulo 38

Cuando Santi me besó en plena gala creía que me estaba dando algo, cuando me susurró al oído que confiará en él mi cuerpo decidió corresponderle. Poco después, al marcharme de la fiesta de su brazo me puso al día. Felipe no es Felipe estas últimas semanas, quería que confesara que está colgado de mí. No me lo creo, pero que pudiera sentir celos me apetecía más de lo que debería. Si yo estoy perdida, que menos que él también lo esté, al menos un poco. Estaría compensado. No me sentiría tan gilipollas. Frente a su puerta, al picar, temí que todo fuese un error y no me estuviera esperando. Vi cómo se lo comían con la mirada todas las mujeres de la empresa, dudo que no se haya llevado a más de una a la cama. Me reconfortó claramente que estuviera solo, lo que vino después fue un añadido.

Esta mañana al despertar se había marchado y me había dejado una nota: *siento tener que marcharme, asunto familiar, pero monito puedes pedir el desayuno al servicio de habitaciones. Pd: ni se te ocurra ir dos puertas a la derecha.*

Me gusta que me llame monito, es un apodo cariñoso. Temí que me llamara así para no tener que acordarse de mi nombre, pero después de estas semanas estoy segura que se acuerda de él. Me gusta la post-dada de la nota, reafirma la idea de los celos. Y lo vuelvo a reafirmar con el mensaje que leo en la pantalla de mi móvil

Santi: *objetivo conseguido. Está hasta las trancas.*

Hasta las trancas estoy yo. Y esto no puede ser. No puedo permitirlo. No me hace falta el desayuno, en la habitación ya tengo una máquina Nespresso y es lo único que me hace falta. Me bebo el café de un trago y vuelvo a ser persona. Envío un mensaje al grupo de las chicas citando un gabinete de crisis urgente y luego le envío otro a Pedro para quedar si ellas no me matan antes.

A las 13:00 estoy entrando en casa de Claudia y traigo vino bueno para que no me torture en mi muerte. Sandra ya se encuentra ahí y los chicos nos han dejado vía libre.

—Dos semanas ha tardado —dice Sandra observando mi cara.

—La hacía más inteligente —le contesta la otra.

—Yo le di dos días —le tiente un billete de 20 euros.

—¿Apostatéis? —no han hecho falta saludos.

—Claro —dicen al unísono. Ten amigas para esto.

—Traigo copas —Claudia se levanta y abre la vitrina del comedor.

Han tenido que hablar antes, si no ya estaría muerta. Se lo está tomando mucho mejor que todas mis suposiciones. Agradezco lo que haya hecho Sandra, prefiero no saber a qué ha recurrido, pero se lo agradeceré eternamente.

—Así que tenemos que proceder a desintoxicación —posa las copas en la mesa y empieza a llenarlas.

—Algo parecido —pongo cara de duda, tampoco estoy segura de lo que estoy diciendo.

—Tendrás que ponernos al día antes de declarar sentencia —aporta Sandra, —quiero los detalles, —es toda una cotilla.

Las pongo en situación. Les cuento que hace dos semanas que dormimos juntos, y que dormir por supuesto engloba mucho más. Les cuento conversaciones que hemos tenido sobre lo que tenemos. Nos lo pasamos bien, no tenemos ataduras, y seremos sinceros siempre con el otro, así evitaremos disgustos. Cuando uno se cansa de este juego lo dirá y el otro tendrá que acatar la decisión. Mientras lo cuento en voz alta parece mucho mejor de lo que es. Qué fácil es la teoría a veces y qué poco se parece a la práctica. Confieso que me estoy enganchando. El día que no dormimos juntos me sentí demasiado extraña, como si me faltara algo y ahí es cuando me alarmé del todo. Cuando una bombilla se iluminó en mí y me advirtió de que era el camino equivocado. Añado la noche de ayer, el juego de Santi y lo bien que acabo todo.

—Tienes brillo en los ojos —apunta Claudia —brillo especial —específica.

—Soy idiota, ¿verdad? —tiro la cabeza hacia atrás.

—Los idiotas siempre son ellos, no lo olvides —me coge del hombro y me acerca a ella.

—Y vamos a desengancharte cuando antes —se frota las manos Sandra —este era el plan.

Trae el ordenador y abre una página de viajes. Busca vuelos para dentro de 1 semana y pone como destino Indonesia. Siempre hemos querido ir ahí.

—Te irás dos semanas con cada una, vamos a hacerte desconectar —teclea las cosas demasiado deprisa para que mi mente proceda.

—¡Estás loca! —la acuso.

—Loca te vas a volver tu si te quedas —me recrimina.

Y antes de que me dé cuenta, ya tiene cogidos los billetes. Estamos brindando por ello cuando mi móvil suena. Miro la pantalla: Felipe. No quiero cogerlo ahora. Si quiero cumplir mi parte, no puedo ceder cada vez que venga a buscarme. Vuelve a sonar y cuelgo. Así se dará cuenta que no quiero cogerlo.

Felipe: *Debes estar ocupada, espero que no sea en la habitación 302. No voy a dormir en casa esta noche, ¿Nos vemos mañana?*

Dejo el teléfono en la mesa, para que ambas puedan ver ese mensaje. Me estoy volviendo loca, pero creo que no soy la única. Sandra coge mi aparato y responde.

Irene: *Estoy con las chicas. Noche de desfase asegurada [cara pillina], mañana estaré ocupada.*

—¿Por qué has hecho eso? —me quejo.

—Porque tiene que empezar a pensar que no vas a estar ahí cuando él quiera.

Tiene razón, lo sé, pero podría haberle dicho que no podía sin más sin provocar que pensará cosas que no van a ser ciertas.

Felipe: *Vaya, voy a tener que tenerte solo en sueños [cara triste].*

Ahora es Claudia quien decide que le toca contestar. Amo a mis amigas, pero sigo pensando que se toman demasiadas libertades sobre mí.

Irene: *Entonces el sueño será bueno. Pensaré en darte una cena esta semana.*

—Te cedo una cena, en algún momento tendrás que informarle que te vas. Me gustaría más que te fugaras sin explicaciones, pero temo por la integridad de mi marido —ha decidido que me debe una explicación por su mensaje.

Felipe: *Los sueños contigo son más que buenos, pero la realidad supera la ficción. Reservo en Cachitos el lunes.*

Irene: *Ahí estaré.*

Seca. Concisa. Así prefiero que sea mi última respuesta.

A Pedro al final tengo que llamarlo y posponer nuestra quedada porque mis amigas han decidido que tienen que secuestrarme este fin de semana y que vamos a convivir con los móviles apagados.

El fin de semana se me hace larguísimo. Quiero mucho a mis amigas y un fin de semana de películas de Netflix tumbadas en el sofá y comiendo palomitas, helado, pizza y todo tipo de guarradas es un plan que siempre es bienvenido. ¿Pero alguien me explicará por qué todas las películas que escogen estas dos tienen que ser románticas? Alucinaríais de la cantidad de

películas que hay de ese género. Y todas cuentan lo mismo. Todas acaban bien. En todas triunfa el amor. Siempre hay un chico que está más bueno que el pan, que no es precisamente un buen chico, y luego una chica, más bien tímida o patosa, que pasa más desapercibida. Sabes que van a acabar juntos desde el minuto uno. Y están tan lejos de la realidad. No hay tanto tío bueno en la faz de la tierra. Estos actores tienen que estar en alguna parte, pero deben de tenerlos retenidos en alguna isla desierta para que las mujeres no muramos de infarto cada vez que nos echen una mirada. Mentira. Felipe podría ser perfectamente uno de ellos, no tiene nada que envidiarles.

—¿Queríais que me deprimiera más? —me meto una cucharada de helado de cookies en la boca —no me creo que todas ellas acaben bien. ¿Dónde está la película de mi vida?

—No seas dramática —Sandra me tira un cojín a la cara —podemos poner una de acción si lo prefieres.

—O irnos a la cama —la sensata tiene que dar siempre las mejores ideas.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —le pongo cara de niña buena, sé que soy irresistible.

—Gonzalo te odiará por eso —coge su móvil y le manda un mensaje a su marido. Contra nosotras no puede competir.

—Pero yo te querré un poco más —me abalanzo sobre ella y le doy un fuerte beso en la mejilla.

No he tenido la compañía que esperaba esta noche, pero sentir que compartía mi calma me ha permitido descansar lo necesario. Tengo un par de eventos más antes de mi viaje improvisado y no tendré que ir a las oficinas de FeSa hasta después del verano. Parece que voy a tener un poco de suerte, y esa distancia me ayudará a reponerme más rápido. Esta noche tendré que poner mis cartas sobre la mesa y acataré las consecuencias. Hicimos un pacto y no lo he incumplido, al contrario, voy a ponerle freno para evitar hacerlo. Espero que se lo tome bien.

Capítulo 39

El fin de semana ha sido horrible. El viernes tuve que salir corriendo porque a mi madre le pareció buena idea mentirme sobre la salud de mi padre para que fuera a comer. Es más patética de lo que podáis imaginaros. Confieso que no los visito a menudo, no soy el hijo perfecto, pero no hace falta llegar a esos extremos. Mi madre hasta tiene llave de mi casa para poder visitarme siempre que quiera. Y creo que esa mentira me costó el fin de semana. Si llego a estar en la habitación cuando despertó no hubiese dejado que se marchara.

Sus mensajes posteriores me dejaron un poco hundido. Ahora que empiezo a entender un poco lo que me pasa, me dolió lo fría que pude notarla, y ya sentía demasiado frío estando sólo. El sábado le volví a escribir, desde la cama, esta que se me hace tan grande cuando no la tengo a mi lado, pero no obtuve respuesta. Esto me dejó más jodido, si es eso posible.

Estoy sentado en la mesa cuando la veo entrar, va sencilla, con sus tejanos Levii's, que ya me volvieron loco en alguna ocasión. Ahora mismo me arrepiento de haberme decantado por el traje en esta ocasión.

—Sé que te pones este traje para torturarme —ha venido de humor, eso me gusta.

—Tanto como me torturas tu con estos vaqueros —no espero más para besarla, he echado demasiado de menos estos labios. —Así qué ¿un fin de semana movidito? —no estoy seguro de querer conocer la respuesta.

—Se le puede llamar así...- no es día para hacerse la interesante.

—Estoy deseando que me lo cuentes —miento, como me estoy mintiendo a mí mismo.

Por suerte no me hace sufrir mucho y me dice que ha sido un fin de semana de chicas sin más. No me reconforta mucho lo que Claudia pueda opinar de lo nuestro, pero sé que Sandra está más de mi parte. El resto de la cena volvemos a ser nosotros. Los de la semana pasada. Y me siento feliz. Cuando pensé en ella la primera vez, la imaginé completamente distinta Sin embargo, su sencillez me ha cautivado poco a poco. Es muy natural y cuando está relajada tiene unas ocurrencias dignas de un óscar, pero en su locura encuentro yo mi cordura. Qué tópico, pero qué real. Si esto es amor, me alegro de haberlo encontrado. Dicen que no hay que querer enamorarse, que lo bueno es

enamorarse sin querer. Y yo lo que no quiero es desenamorarme, quiero vivir en este estado permanente.

Pero como después de la calma siempre viene la tormenta, no ha esperado al postre para clavarme un puñal.

—Me voy a Indonesia en una semana —casi me atraganto con el vino.

—¿Y eso? —prefiero no adelantar acontecimientos.

—Mmm... las chicas creen que es buena idea, un viaje de verano — Claudia, la voy a matar antes yo a ella que ella a mí.

—¿Una semana? —sé que Gonzalo no puede vivir un periodo más largo de tiempo sin su mujer, y ahora entiendo lo que es esa sensación.

—Un mes —bebo la copa de un trago. Esto tiene que ser una jodida broma.

—No es el día de los santos inocentes monito —tiene que estar tomándome el pelo.

—Lo sé —mueve su boca nerviosa —necesito este viaje.

—Podrías habérmelo dicho, habríamos ido juntos —no había pensado antes en el verano, pero estoy convencido de que hubiera sido una opción.

—Felipe ... no sé cómo decirte esto —puedo notar su nerviosismo, lo mío se parece más a un cabreo.

—¿Me estas dejando? —no podré soportar un si.

—No se puede dejar algo que no tienes —y lo dice convencida —necesito poner distancia, esto es demasiado para mí —se sincera.

—¿Por qué? ¿No estamos bien? —elevo mi voz sin querer.

—Porque no quiero pillarme de ti —empieza a llorar y se me está rompiendo algo por dentro —porque estamos demasiado bien, demasiado, y me estoy acostumbrando a ello —los sollozos no dejan de aumentar —no puedo caer en ello —se levanta y se dirige a la salida.

—No hagas eso, no te alejes —intento agarrarla en medio de la calle —no me lo hagas a mí —seco su mejilla derecha.

—Necesito hacerlo —se suelta y se va.

Me quedo en medio de la calle, hecho polvo. Estoy peor que si me acabaran de dar una paliza. Ha sido el peor golpe de mi vida sin duda alguna. No sé si me ha dolido más que quiera irse, que lo haga por mí, verla llorar, sentir que no puedo frenarla... pero me ha clavado el cuchillo hasta el fondo.

No quiero irme a casa, sé que Santi está fuera de la ciudad esta semana y no me apetece mucho los sermones que pueda darme Pedro. Le envió un mensaje a Gonzalo y le digo que voy hacia su casa. Necesito alcohol duro,

necesito un whisky.

Cuando llego, Gonzalo me lleva directamente a la terraza, no quiere despertar a su mujer, que mañana madruga. Le pongo un poco en situación y creo que me he bebido ya más de media botella yo solo. Al parecer el viaje ha sido una idea de este fin de semana. Mi madre siempre jodiéndolo todo, muy oportuna ella. Le cuento un poco la cena, el resto de la historia ya lo sabe. Si algo quise hacer bien desde el principio es contarle todo tipo de detalles para evitar líos, para evitar cagarla hasta el fondo. Y aquí estoy más jodido de lo permitido y con la cabeza en el fondo de un pozo, como si me hubieran empujado de un duodécimo piso.

—¿Te has sincerado con ella? —¿por qué todas las mujeres necesitan que hagamos el idiota y les digamos te quiero? Podrían quedarse con lo bien que se sienten con nosotros, digo yo.

—¿Qué querías que le dijera?

—Pareces tonto cuando quieres. Estas cosas solo suceden una vez Felipe.

—¿Y si está haciendo lo correcto? —yo pensé en poner tierra de por medio y no fui capaz, ella es más valiente que yo.

—¿Es eso lo que quieres? —no tengo que pensar la respuesta, claro que no, quiero que se quede a mi lado, no que se marche, y menos tanto tiempo —no la dejes escapar primito —ha entendido mi respuesta —no te había visto nunca así y eso es porque ella lo vale. Te han cazado señorito —me sonrío con orgullo.

—¿Y es siempre tan difícil? —tengo muchas dudas, tendré que resolverlas con paciencia.

—Sólo hasta que te atrevas a sincerarte con quien debes —me saca la copa de las manos —por hoy es suficiente, puedes quedarte en el cuarto de invitados.

Y eso hago, no estoy para irme a casa. No quiero meterme en la cama y tener que asumir lo que está pasando. No estoy preparado. ¿Y si la pierdo para siempre? No puedo pensar eso, no ayuda.

He pasado la peor noche de mi vida. Apenas he cerrado los ojos más de diez minutos seguidos. Estoy hecho una mierda, me duele todo el cuerpo, me duele la cabeza y hasta las lágrimas me han amenazado con salir. Todo iba bien. ¿Cómo se pueden torcer las cosas de un minuto a otro?

—¿Un café? —me ofrece Claudia cuando me ve aparecer.

—¿Eso lo arregla? ¿Por qué os la lleváis? —necesito una explicación que logre convencerme.

—Porque no se merece que la vuelvan a romper —y sus ojos no transmiten otra cosa que sinceridad.

—Pero yo sí que me lo merezco ¿no? —un capullo nunca se saca esa etiqueta.

—Vamos Felipe, ahora te lo estas pasando bien, pero poco te durará —me odia.

—¿Y si no es así? —confío en que la gente pueda mejorar con el tiempo, probablemente ha llegado mi momento.

—Nunca vas a cambiar, eres un cabrón nato, pero te aguanto porque eres el primo de Gonzalo —y con la gran descripción sobre mi persona, coge su bolso y se marcha.

Sé perfectamente quien soy, la fama que tengo y lo que he sido siempre. No he creído nunca en el compromiso, en el amor y en nada de lo que se le pareciera. He disfrutado del sexo, de muchas maneras y con muchas mujeres, pero nunca he mentido a nadie. Todas las mujeres con las que he estado sabían a la perfección lo que buscaba y se han acoplado a ello. No he incumplido ningún límite y las he respetado siempre. Puedo ser un cabrón como persona, pero jamás le haría daño a ninguna. Hasta que ella apareció no perdía el tiempo pensando en mujeres, pero ella ha dado un giro a mi vida. Me ha enseñado lo que es sentir, preocuparse por alguien que no seas tú, me ha enseñado a divertirse, a cuidarla, me ha enseñado a mejorar y eso es lo mejor que te puede aportar otra persona.

No sé si seré capaz, quizás este viaje nos sirva para darnos realmente cuenta de lo que queremos y nos sirve de lección. Si ninguno de los dos olvida al otro durante ese mes, demostraremos que sentimos más de lo que el resto piensa. Sin embargo, no sé si voy a ser capaz de aguantar, acabaré cogiendo un vuelo y plantarme ahí algún día del mes de agosto. Pero me queda todavía una semana para conseguir que no se olvide ella de mí. Y no la voy a desaprovechar.

Capítulo 40

Ha sido una semana de lo más extraña. Confesarle lo de mi viaje fue mucho más duro de lo que había imaginado y por un instante pensé que me declarararía amor del bueno. ¡Qué ilusa! Si es que una nunca aprende. Me sorprendió su reacción, pero me afectó más la mía. No pude confesar todo lo que tenía pensado, pero imagino que el mensaje quedo claro. Al menos así lo deduje cuando vi su Whatsapp al día siguiente.

Felipe: *Déjame al menos disfrutar de esta última semana.*

Suena triste después de todo. Pero ha ido todo demasiado deprisa entre nosotros y no puedes depender de un desconocido en un periodo de tiempo tan corto. Pero fue leer última semana y entristecerme al momento.

Claudia me contó que esa noche durmió en su casa y que la mañana siguiente parecía jodido. Y para que ella diga eso, es que jodido era lo mínimo que podía estar. Así que después de esa información decidí que sí que sería bueno tener una última semana juntos. Nos la debemos.

La he disfrutado, no como las anteriores, pero la hemos disfrutado a nuestra manera. Felipe no ha sacado el tema del viaje, ni hemos hablado de mis confesiones. Eso nos ha permitido el poder seguir siendo nosotros dos. A poder sentirnos, llenarnos y desgraciadamente enamorarnos un poco más. El viaje va a ser mi salvación.

Me quedan tres días en la ciudad. Esta noche cenaré con él a modo de despedida. No estoy preparada, pero es lo que tengo que hacer. Mañana saldremos todos juntos, dudo que él se una esta vez y el lunes a primera hora Sandra y yo estaremos cogiendo ese avión. La primera parte de mi terapia es con Sandra, que es la mejor de las dos para alocarme completamente y luego venga Claudia a reconstruirme las ideas.

Estoy nerviosa, más que la primera vez que lo vi. Me sigue poniendo nerviosa, su presencia me intimida, pero la provocación que siente mi cuerpo con él es plenamente positiva. Hemos decidido pedir sushi y cenar en su casa, poder sentarnos encima de la alfombra gris del comedor y tomarnos todo el vino que queramos. Parecemos una pareja como cualquier otra y eso es lo más doloroso. Cualquiera que lo viese desde fuera no lo entendería, pero no estoy preparada para que mi corazón vuelva a romperse en mil pedazos, ni siquiera

estoy segura de que esté reconstruido del todo. He vuelto a sentir, me he vuelto a sentir viva y plena, pero tengo que alejarme antes de que vuelva a caer en picado. Y sé que caería sin frenos con esto. No necesito que me regale flores o me prometa la luna, me conformaría con que me hiciese feliz.

—Prométeme que me hablarás si me echas de menos —me susurra.

—No me gustan las promesas —mi consciencia que es muy sabia me informa de que uso esa respuesta porque lo que quiere es que me hable él cuando lo haga.

—Pero siempre nos hemos dicho la verdad —eso implicaría que no me callara lo que siento ahora —así que, si te lo pregunto en un mensaje, serás sincera.

—Eso puedo asegurarlo, sabes que soy muy mala mintiendo —media sonrisa aparece en mi rostro.

—A mí me has engañado —me devuelve el gesto.

—Pero puestos a sincerarse, necesito saber —no estoy preparada, pero no quiero irme con la duda —¿cuántas más durante este tiempo?

—Ninguna —me besa y eso me basta.

Hoy por primera vez hacemos el amor y los dos lo sentimos así. No hay mejor despedida posible que la que he tenido. Va a ser duro, pero prefiero tener ese bonito recuerdo. Esta noche soy yo quien lo abrazo, necesito que sepa todo el cariño que le tengo.

—¿Tú eres la nueva fulana? —me sobresalta una mujer de mayor edad desde el sofá.

—¿Disculpa? —creo que mis ojos salen incluso de mi cara. He salido de la habitación con una camisa de Felipe y unas bragas de encaje negras, me encanta sentirme sexy con este atuendo cuando me sirvo un café por la mañana.

—¿Cuánto te debe mi hijo? Se lo daré tan rápido salga por la puerta —vale, o sea la madre de Felipe piensa que soy una puta, esto es un poco extraño, ¿de veras tengo pinta de eso? Ni siquiera tengo unas tetas enormes, que tontería. Pero espera, ¿es qué es normal que aparezcan prostitutas por su casa a menudo? Porque si su madre lo comenta, será que no es la primera vez. Y, por último, ¿su madre se está ofreciendo para pagar el sexo de su hijo? Creía que lo había visto todo, pero, creo francamente que estaba equivocada, esto es mucho más raro de lo que se pueda imaginar.

—Disculpe señora mm...- me atrevo a empezar pero una voz me interrumpe por detrás.

—¿Mamá qué coño estás haciendo aquí? —no veo ni un mínimo respeto

por su parte, pero teniendo en cuenta las maneras de entablar una conversación de su madre, me podría parecer de lo más normal.

—Oye hijo, un poco de respeto. Hoy tenemos el almuerzo con los Domenech, quieren que conozcas a su hija que ha vuelto de Estados Unidos con un puesto respetable en...

—No sigas —la corta —no he olvidado esa comida —la que parece no entender nada soy yo.

—Hijo no me gusta que cada día tengas una nueva, la de ayer era bastante mejor —que desprecio de señora.

Pero un momento, ¿ha dicho la de ayer? No puedo procesar esa información. He desconectado de la conversación por completo y como un rayo me voy directa a la habitación para vestirme y largarme de aquí cuanto antes.

Oigo la puerta de casa y cuando salgo del cuarto me topo de pleno con su torso desnudo. No quiero ponerme a llorar, no aquí ni ahora. Me debía sinceridad. ¡Joder! No hay nadie más pringada que yo.

—No sé qué te habrá dicho mi madre, pero lo siento igual —me agarra las muñecas, aunque no presiona.

—Déjame marcharme —estoy controlando mis lágrimas —¡Déjame salir! —acabo por gritarle.

—Monito por favor...

—Ni monito ni ostias —estoy furiosa, decepcionada, quiero que lo note —me has mentado, no tenías por qué y lo has hecho. Una única norma, sinceridad y me has mentado —una lágrima me traiciona.

—Necesitaba convencerme de que no eras especial —confiesa —y me equivoqué, eres lo más especial que he conocido —deja de agarrarme.

Aprovecho para salir corriendo. Necesito que me dé el aire. No puedo creer que sea tan estúpida. No tenía por qué mentirme. No hubiera cambiado nada, la noche hubiese sido igual de mágica. Que alguien me saque el cartel que debo llevar en la frente donde va escrito en mayúsculas la palabra: IDIOTA.

Voy directa a mi apartamento y aunque son las 11 de la mañana es buena hora para prepararse un Sex on the beach. Bebería directamente de la botella de vodka, pero lo dejo para más adelante. No sé si tengo alcohol suficiente en casa para todas las penas que debo ahogar.

Sandra se alarma en cuanto me ve y José que va detrás de ella reacciona de la misma manera.

—No soy culpable, soy estúpida —alzo mi copa hacia ellos.

—Primero deja esto —me saca mi bebida —segundo cuéntanos que ha pasado.

—Que soy estúpida —me pongo a llorar desesperadamente —ayer estuvo con otra y me ha mentido —sigo llorando.

Me levantan del taburete de la cocina y me llevan al sofá. Intentan tranquilizarme, pero es una misión suicida. Hoy no estoy capacitada para resucitar. Me marcho en dos días y ahora mismo veo más factible mi muerte. Olvido mencionar que me han confundido con una prostituta, eso quedará muy bien en mi curriculum.

Si no me dejan beber en casa, tendré que buscar otro lugar, pero sólo me apetece ahogar mis penas y voy a conseguirlo.

Capítulo 41

Cuando se fue de mi casa, supe que la había jodido bien. Anoche cuando me preguntó si había habido alguien más durante nuestra aventura no tuve el valor de ser sincero, me acojonó la idea de no poder estar con ella una última vez. Necesitaba que se fuera con un recuerdo feliz, positivo de todo lo que fuimos. Fui un cobarde. Tampoco le mentí. Cuando la noche anterior invité a Andrea no fui capaz de acabar lo empezado. Solo podía pensar en Irene y en las ganas que tenía de que ese viaje lo compartiese conmigo y no con Sandra y Claudia. El idiota de mi dejó que se quedara a dormir, no me apetecía tener que devolverla a casa a esas horas. Pero claro, mi madre siempre es tan oportuna que tuvo que aparecer esa mañana para traerme unos paquetes que habían recibido en su chalet a mi nombre. ¿Hacía falta que apareciese dos días seguido? ¿Tiene que ser siempre tan bocazas?

Me quedé echo polvo en medio del salón, le pegué un puñetazo a la pared de la impotencia que casi me cuesta la muñeca y quise salir cuanto antes a buscarla.

La llamada de Sandra llegó poco después de cruzar el portal, estaba realmente alterada y me costó enterarme bien de lo que sucedía, mis nervios tampoco ayudaban. Irene se escapó de casa después de fingir que dormía, después de tres cocktails a las 12 de la mañana y no han podido localizarla.

—Felipe no hagas que me arrepienta de llamarte, pero necesito encontrarla —oí al otro lado del teléfono.

—¿Ninguna idea de dónde puede haber ido?

—Hemos mirado en todos los rincones que conocemos —la culpabilidad me come —no responde al teléfono, no puede volver a pasar por lo mismo.

—Vamos a encontrarla —decirlo en voz alta hace que parezca cierto.

Nos reunimos todos en mi apartamento y dividimos zonas. Si ya me sentía un mierdas, en ese momento se iba multiplicando esa sensación. No me perdonaría nunca que le pasara algo.

—Como le pase algo, no sobrevives esta noche —me señaló Claudia con el dedo, por si me quedaba alguna duda.

—No perdamos los nervios, ahora debemos encontrarla —puso paz su marido.

Cuatro horas más tarde damos con ella en un bar del Born. Está sentada en la barra y tiene delante una copa de vino blanco. Santi y Fran han sido los que la han encontrado, pero han preferido no acercarse hasta que estuviéramos todos. Sólo ha bebido dos copas desde que están aquí, pero no quiero pensar cuantas puede llevar encima. Conozco el aguante que tiene, pero no podemos ceñirnos a ello, no ha ni desayunado esta mañana.

—Creo que has bebido suficiente —me acerco a ella y le saco la copa.

—¿Y a ti qué te importa? —puedo ver la pena que tiene a través de sus ojos. Los tiene hinchados, ha estado llorando demasiado.

—A él no lo sé, pero a mi mucho —aparece Sandra —no vuelvas a hacerme esto.

—¿Sabéis qué? Dejadme en paz, este es el único que no me falla —intenta recuperar el vino.

—¿Cómo puedes decir eso? —interviene Claudia.

—Evitemos el circo —la paz de Gonzalo —vayámonos a casa.

—Eso, dejadme tranquila, iros a casa —está borracha, y mucho.

—Nos vamos contigo —la coge Pedro.

—Ni se te ocurra tocarme —se separa y casi se cae al suelo.

—Pues será por las malas —la cojo y me la meto en el hombro, me dan igual sus pataletas.

—¡Suéltame! —puede estar pegándome con los puños todo lo que quiera, que el daño no será superior al que siento viéndola así.

Nada más salir del local, vomita. Ponerla boca abajo no ha sido tan buena idea. La bajo y le aparto el pelo de la cara para que acabe de echarlo todo. Es mejor que se vacíe al completo. Pero soltarla no ha sido buena idea, porque echa a correr y el frenazo del coche ha provocado más de un paro cardiaco entre nosotros. La vuelvo a atrapar y no la suelto hasta su casa.

—Quiero una copa —se queja sentándose en el sofá.

—Irene, por favor, no hagas esto —parece que Claudia es la más indicada para mediar con esto.

—No le importo a nadie —y se hecha a llorar.

—A todos nosotros —le dice Pedro colocándose a su lado.

—¡Dejad de mentirme ya!

—¿Puedes parar de decir eso?! —se enfada Sandra, que ya le dolió el comentario del bar.

—¡Digo la verdad! Me vas a abandonar en menos de 12 meses, te vas a ir con José a ser felices, algo que yo no seré jamás —no se la entiende muy bien,

tiene hipo provocado por sus lloros —pronto vais a tener hijos y os olvidaréis de mí, Pedro no os lo ha dicho pero se marcha a Nueva York, y Fran tiene que volver a Tenerife una temporada por problemas con la familia. ¿A quién le importo entonces?

—A mí —me adelanto a cualquiera, para mí ella es lo más importante.

—No me hagas reír, tu madre creía que era prostituta. Eso soy para ti, un puto juguete sexual que tirarás a la basura cuando te canses.

Primer punto, mi madre es gilipollas, de alguien lo tenía que haber heredado, punto número dos, ¿esa es la imagen que tiene de mí?, punto número tres, ¿en qué momento lo he hecho tan mal?

—Irene ya. Estás borracha y no piensa con claridad. Te vamos a meter en la cama y mañana ya hablaremos —si uno es la paz, la otra es la sensatez, que bien se complementan.

—No quiero irme a la cama, quiero salir a emborracharme.

A la fuerza la llevamos a la habitación y la tumbamos en la cama, mañana seguro que se levanta con un dolor de cabeza y se arrepiente de todo lo que ha dicho de sus amigos, de lo mío prefiero no comentar.

—Eres un cabrón —me empuja Claudia cuando volvemos al salón — prometiste no hacerle daño —vuelve a empujarme.

—Claudia, no vamos a solucionar nada así —la frena su marido.

—¿En qué momento decidiste joderla? —me pregunta Pedro sincero.

—¿En qué momento decidisteis vosotras que era bueno llevársela un puto mes? —me giró mirando a las mujeres de la sala.

—¡No eres bueno para ella! —vuelve a atacarme.

—Me he enamorado —confieso y caigo rendido en el sofá.

Con esa frase consigo apaciguar las aguas. Parece que esa palabra era la que todos estaban esperando y decirla en voz alta no me ha dado tanto miedo, me ha dado respeto. Estoy acojonado. Lo admito. Lo admito todo. Estoy enamorado y necesito luchar por este amor. Gonzalo me advirtió que esto solo sucede una vez, me han ido advirtiendo que no lo dejase escapar, que no fuese tarde cuando lo averiguase, y que soy muy afortunado de sentir eso con una persona correspondida. No puedo perderla. Claudia se ha ablandado, puede ver en mi mirada que no le estoy mintiendo, pueden verlo todos. Pero estamos tan metidos en esta conversación que no nos damos cuenta hasta que oímos la puerta de la entrada cerrarse en un portazo. Sandra va directa a la habitación de Irene y vuelve confirmando que no está. Mierda. Otra vez la misma historia.

Esta vez tardamos menos en encontrarla. Pilar ha avisado a Pedro en

cuanto ha llegado a su bar y le han informado de que llevaba tres Gin-tonics bebidos de un trago. Ha pedido otro, pero por suerte ella ha llegado a tiempo.

Cuando llegamos nosotros a penas se mantiene de pie. Viene hacia nosotros, Fran y Pedro la cogen antes de que se dé de bruces contra el suelo, pero es tan rápida, que coge una copa de una de las mesas y se la bebe de un hidalgo. ¿Cómo podemos frenar a esta mujer?

Cuando llega a mí me mira fijamente a los ojos. Y parece que me haya disparado directamente al corazón. Esta bala duele mucho más. Y cuando pienso que no puede ir peor, se desmaya en mis narices. Por suerte la sostengo antes de que caiga al suelo.

—¡Llama a una ambulancia! —grita Claudia.

—Llegamos antes en mi coche —anuncia Pedro.

Se lo agradezco, no estoy en condiciones de conducir ahora mismo. Me tiembla todo el cuerpo. Y en cuanto salen por la puerta, me siento en una silla y me echo a llorar. No puedo evitarlo. No recuerdo la última vez que lloré de esta manera, pero no puedo remediarlo.

Es Santi quien viene a por mí, el resto se han ido al hospital. Yo no he sido capaz. No puedo hacerle daño, no quiero que se haga daño por mi culpa.

—Felipe, respira, necesitas tranquilizarte.

—La he jodido —le abrazo con fuerza como si necesitará un salvavidas, algo a lo que aferrarme.

—Lo sé, pero tienes que luchar por lo que quieres —no hay ánimos posibles para estas situaciones.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Tarde o temprano la volveré a joder —siempre lo hago.

—La quieres, no la joderás si lo demuestras. Vete a casa, dúchate y vete directo al hospital, tienes que estar ahí cuando despierte.

—Parecía tan frágil cuando cayó —ha sido como una muñeca rompiéndose en pedazos.

—Es tu oportunidad de demostrárselo —me levanta y nos saca de ahí dirigiéndonos hasta mi casa.

Capítulo 42

Abro los ojos y no soy consciente de donde estoy. Miro mi cuerpo, llevo un camisón blanco con punto verdes. Miro mi mano derecha y veo como tiene una vía colocada. Estoy en un hospital, hasta ahí estoy segura. ¿Cómo he llegado aquí? Me giro hacia el otro lado y veo a Felipe durmiendo en la silla que hay en esa minúscula habitación. ¿Qué hace él aquí? Lo último que recuerdo es que José y Sandra me llevaron a la habitación para que descansara, pero logré escapar de ahí. Poco me duran mis pensamientos porque mi acompañante decide que es hora de levantarse. No ha descansado mucho, lo veo en sus ojos.

—Monito, estás despierta —y parece el hombre más feliz de la tierra — voy a avisar a los demás —no me da tiempo a contestar.

En menos de dos minutos, los tengo a todos a mi alrededor. Todos ellos desprenden cansancio.

—¿Alguien puede explicarme qué hago aquí? —me atrevo a preguntar.

—Dormir la mona —suelta Claudia, está enfadada, muy enfadada.

—Bebiste más de la cuenta ayer —Sandra intenta parecer más serena.

—¿Más de la cuenta? ¡Perdiste el conocimiento Irene! ¿En qué coño estabas pensando? ¡Has tardado más de 24 horas en despertarte! ¡Eres una inconsciente! —reafirmo, está muy pero que muy enfadada.

—Claudia, no es lo más apropiado ahora mismo —Gonzalo pone orden — ya está despierta, dejémosla descansar.

—Lo siento... —pronuncio con dificultad —lo siento de verdad, no os merecéis esto, siempre habéis estado a mi lado y ... —las miro a las dos, el resto ahora no me importa tanto —sois mi familia...

—Por eso siempre vamos a estar aquí —me corta Sandra. Me coge de la mano —no quiero más sustos. Pero descansa, lo necesitas. —me da un beso en la mejilla y le hace un gesto a José para que salgan de ahí.

—Solo me preocupo por ti —dice Claudia un poco más calmada —no soportaría perderte —me abraza fuerte —dejémosla sola, voy a hablar con los médicos para saber cuándo le darán el alta.

Se marchan todos menos Felipe. Este ha decidido que aún no me ha jodido suficiente. Siento un dolor inmenso. Me ha mentido. No puedo sacarme esa

idea de mi mente. No era tan difícil. Temo volver a ponerme a llorar, no quiero que me vea débil. Qué ridículo, estoy estirada en una cama de hospital, demostrándole lo mucho que me afectaron sus palabras. Soy patética. Es bueno conocer los defectos de uno mismo, y yo conozco los míos a la perfección.

—Puedes marcharte, solo necesito descansar —necesito matar este silencio.

—No quiero hacerlo —se acerca al lado de la cama y me coge la mano.

—No hagas esto —la electricidad que he notado a su contacto no es sana.

—No puedo hacer otra cosa —empieza a acariciarme la palma de mi mano.

—¿He perdido el vuelo? —mis ocurrencias siempre son muy oportunas.

—Nunca dejas de sorprenderme, lo has perdido —y noto como si me sacara un peso enorme de encima.

—Van a hacerle un nuevo chequeo en una hora, esta tarde nos la podremos llevar a casa si todo sale bien —aparece Claudia por la puerta —¿puedes quedarte con ella hasta que volvamos? Vamos a recoger un par de cosas —mira a Felipe y este asiente con la cabeza.

Algo he tenido que perderme, Claudia me deja sola con Felipe, siempre he sido de perderme capítulos, pero no imaginaba que tantos. A estas alturas, ya tendría que estar apuñalado o tener un huevo menos.

—¿Te han cortado un huevo? —reafirmo mi estupidez —perdón estaba pensando en voz alta —no estoy segura de haberlo arreglado.

—Claudia ha estado tentada de hacerlo —me lee la mente —pero los sigo teniendo en su sitio —hay un amago de sonrisa —voy a buscar agua —informa al levantarse.

Me duele la cabeza y juraría que no es resaca. De hecho me duele todo el cuerpo y no recordaba que el amor fuese tan duro. El desamor un montón, pero no me ha dado tiempo de llegar a esa fase.

Cuando vuelve a aparecer lleva con él dos botellas de agua y una bolsa de... Palotes. Mis ojos se iluminan, mi cuerpo cobra vida y siento un pinchazo de felicidad. Mi reacción le provoca una sonrisa. Se acerca a mi y pone la bolsa frente a mis ojos. Puedo ver como disfruta de mi rostro. Cuando voy a intentar cogerla, la aparta. Eso no se hace, es ponerle un caramelo a un niño en la boca y no darle permiso para que se lo coma.

—Antes vas a tener que escucharme —se ha puesto serio.

—No estoy preparada para sermones aún —me temo lo peor —ni broncas evidentemente —prefiero aclarar por si hay alguna opción de escaquearse.

—No va a ser ninguna bronca, de eso creo que vas a tener dosis en cuanto salgas de aquí —vuelve a sonreír y me relajo.

—Entonces tu dirás —digamos que tampoco tengo mucha fuerza para discutir.

—Empezaré por el principio. Esto me va a costar lo suyo, sabes de sobras que no soy ningún moñas —sonrío, no puedo evitarlo —pero sobre todo déjame acabar, me ha costado mucho.

—Prometo no interrumpir —si no empieza a hablar ya, los nervios van a cobrar vida propia.

—Irene, te quiero.

—¿Eso es todo lo que tenías que decir? ¡Qué decepción! —bocazas, esa es otra de mis cualidades.

—Has dicho que no ibas a interrumpirme —me recrimina.

—Perdón perdón —simulo cerrar los labios con cremallera.

—No voy a prometerte la luna, porque no seré capaz de dártela. No prometeré no decepcionarte, no puedo prometer que no vaya a cometer errores, ni prometerte que cada día será de color rosa, sin embargo, puedo prometerte intentarlo. Quiero intentarlo. No deseo nada más que seas feliz, quererte cada día un poco más, cuidarte, mimarte y despertar a tu lado. Las noches sin ti son demasiado oscuras y mi vida deja de tener sentido cuando te tengo lejos. Me gustaría prometer que será para siempre, pero no puedo hacerlo, pero lo que si prometo es luchar para que cada día lo nuestro merezca la pena. No seré el novio más romántico del mundo y tendrás que enseñarme a tener una pareja, pero quiero aprender a tu lado, quiero seguir creciendo junto a ti.

—No me prometas la luna, demuéstrame que me la merezco —tiro de su brazo para que llegue a besarme.

—Mereces mucho más —y vuelve a besarme con más pasión.

Este es nuestro primer beso de amor. Le quiero. Me quiere. Es suficiente. No va a prometerme la luna, pero va a prometerme tener una relación perfectamente imperfecta.

Epilogo

Un año más tarde

Acabo de presenciar la boda más bonita del mundo. Quizás, que haya sido participe de toda la preparación influye en mi punto de vista. No soy muy objetiva. Pero me ha parecido de lo más romántica. Sandra y José están guapísimos y desprenden el amor que sienten a los demás. Me alegro mucho por ella, y estoy segura que él cuidará de ella como se merece. En dos días se irán para Sudáfrica de safari y cuando vuelvan se trasladará definitivamente a su piso. No es que no vivan juntos ya, pero han esperado para considerarlo oficial a que llegara este día. Si algo tengo que aprender es a controlar mi boca cuando voy borracha. Sí que les importo, sí que se preocupan por mí y sí que cuidarán de mí por mucha gente que aparezca.

A un lado de la mesa tengo a Pedro y Pilar, por fin dio el paso que tenía que dar para que pudieran ser sinceros el uno con el otro. Pedro ha venido de Nueva York para la boda, se marcharon juntos ahí hace cosa de seis meses y la experiencia les está sentando de maravilla. Justo en frente, Claudia muestra su embarazo de 4 meses. Gonzalo fue un poco reacio al principio, pero todos sabemos que cuando nazca la pequeña perderá el culo por ella. Fran también ha venido acompañado, conoció a Lea el verano pasado y es justo una versión de él en femenino. Lo que los polos opuestos se atraen no siempre se cumple, en esta ocasión les favorece ser completamente iguales. Santi es el soltero de la mesa, pero no por ello menos feliz. Al contrario, alardea mucho de su soltería y al que más fastidia es al testarudo que tengo sentado a mi lado. Felipe y yo estamos mejor que nunca. No podemos pasar más de dos días separados y disfrutamos como el primer día, no nos hemos cansado de pasarlo bien ni nos hemos saciado del otro. Algún día llegará nuestra primera pelea, una discusión por alguna tontería, o las ganas de querer matarlo, pero no nos hemos prometido lo contrario. Acordamos que basaríamos nuestra relación en la sinceridad y el respeto y lo cumplimos a raja tabla. Será la clave de nuestra felicidad.

Suena la música y los novios se levantan. Llevan en las manos una caja con dos tazas que se complementan de Mr. Wonderfull, una con un dibujo de otra taza y la otra con una galleta, junto a un sobre. Encima de la caja está

escrito una típica frase: esperamos que seáis los próximos. Y como era de esperar se paran junto a nuestra mesa. Cuando nos entregan el regalo no sé si reír o llorar. Hemos expuesto varias veces que somos ajenos a esa decisión, pero mi yo del pasado hubiera soñado con un momento como el que he vivido hoy, siendo la protagonista, por supuesto. Nos abrazan y puedo oír como Sandra me dice:

—He visto cómo te mira, lo desea tanto como tú.

Me conoce demasiado bien y me alegra pensar que él puede estar en mi misma línea.

—Pensad que a mi hay que avisarme con tiempo —comenta Pedro a modo burla.

—Podríamos aprovechar que estás aquí estos días —mi mirada de sorpresa no pasa desapercibida —es broma monito —me dice a la oreja para supuestamente destensarme.

Seguimos cenando y por suerte no mencionamos el detalle que han tenido nuestros amigos. Lo que sí, tenemos curiosidad por la nota que venía junto a él.

Queridos Felipe y Irene,

Lo hacemos de una manera formal porque la ocasión lo reclama, pero podríamos enviaros un mensaje o decíroslo entre copas controladas. Os regalamos nuestros futuros marido y mujer aún a sabiendas que no entra en vuestros planes porque no conocemos otra pareja que sea más perfecta que la vuestra. Encontraros fue un bote de salvación para los dos. Irene, saliste de un pozo muy hondo y te demostraste que sí podía llegar un amor bueno para ti; Felipe, caíste en la trampa que provocan las mujeres cuando nos atrapan y deciden que ya no hay vuelta atrás. Os enamorasteis sin querer y eso es lo más bonito que puede suceder. Las cosas no hay que planearlas, por eso estamos seguros de que saldrá bien.

Sois la envidia del resto y parece que los días no pasan para vosotros, seguís igual de enganchados que cuando os conocisteis y, como os hemos recordado alguna vez, no podéis desaprovechar esta oportunidad. Estas cosas sólo suceden una vez en la vida y vosotros supisteis valorarla a tiempo. No podemos ser más felices de compartir un día como este a vuestro lado. Todo lo que sea amor y felicidad es lo que necesitamos para que este día sea mágico, pero estamos convencidos de que merecéis tener el vuestro propio.

Sabemos que decidisteis no prometeros amor eterno, pero prometisteis

mostrar el amor que os tenéis cada día de lo que lo vuestro dure y ponemos la mano en el fuego, de que va a durar para siempre. Así que chicos, nada nos haría más ilusión que veros salir de la iglesia siendo marido y mujer. (La última frase es de Sandra, tan cursi no podía ser yo).

Irene, no dejes que se te apague el brillo de los ojos. Has conseguido domar al cabezota que tienes al lado y eso tiene que ser amor por cojones.

Felipe, si decidiste luchar por ella fue porque lo que sentiste era más grande que lo que tienes en el corazón. Estar jodido es simplemente maravilloso.

Ojalá vuestro amor dure para siempre.

José y Sandra.

Puedo ver como sus ojos se llenan de lágrimas, pero lágrimas de felicidad. No puedo ser más afortunado y ahora soy consciente de que tomé la mejor decisión en su momento. Haberla perdido me hubiese matado por dentro, no me hubiese perdonado que le pasara algo, pero tampoco me hubiese permitido destrozarnos a los dos. El destino me ayudó, podemos decirlo así, y me dio el empujón que me hacía falta para poder estar hoy en esta mesa junto a la mujer más espectacular que he conocido. La quiero, la quiero como el primer día que la vi. La quiero de todas las maneras posibles y estoy intentando que no se le olvide ni un día de su vida.

No le he prometido nada que no pueda cumplir, y por muchas tentaciones de prometerle la luna, ella misma me dijo que le bastaba con que le demostrara que se la merece. Y eso hago. Me encanta tratarla de una manera especial, es mi monito. No hemos dejado de tener nuestros momentos de chincharnos, nos gusta demasiado el juego, pero eso solo hace que nos demos cuenta de lo bien que estamos juntos.

Leer estas palabras solo reafirma lo que ya sabemos, que nos queremos y no podemos ocultarlo. Después de todo lo que pasó nadie puso en duda mis sentimientos y tal como le demuestro a ella lo especial que es, me he ganado la aprobación de la dura de Claudia. Sigo amenazado a quedarme sin pelotas, pero no me preocupa lo más mínimo.

—Monito ¿estás bien? —me atrevo a preguntarle, parece un poco triste.

—No podría estar mejor —me besa —tengo al mejor hombre de todos — como me sabe hacer la pelota.

Los recién casados han abierto el baile con un vals, y aunque nos gusta otro tipo de movimientos en la pista, la invito a bailar sin preocuparme por hacer el ridículo. Bailar con ella a este ritmo me permite sentir los latidos de

nuestros corazones. Van al compás. Nuestras respiraciones siempre se han entendido bien.

—Lo haría por ti —se claramente a lo que me refiero, y estoy seguro que ella también. Nuestro nivel de entendimiento es bastante sospechoso.

—No hay nada que hacer —posa sus brazos sobre mis hombros, y me abraza por el cuello —no me hace falta ningún papel para saber cuánto me quieres —me besa, pero puedo notar las dudas en sus palabras.

No vuelvo a sacar el tema en toda la noche. Sé de sobras que acabaré dando ese paso. No me hace falta que lleve un anillo, ni que figuremos como marido y mujer para saber que es mía, pero toda mujer sueña con un día como este y estoy segura que tarde o temprano se lo daré. Sin embargo, prefiero no pensar en ello de momento.

—Tengo una sorpresa para ti —le anuncio cuando subimos en el coche.

—No me gustan las sorpresas —pone cara de niña buena, no sabe mentir, le apasionan aunque sea difícil de sorprender.

—Esta estoy segura que te gustará —y me introduzco a la carretera.

Me cuesta mantenerme sin confesar con sus ataques de calentura al volante. Le gusta torturarme de esta manera para sonsacar información, pero consigo controlarme hasta llegar. Paro el coche en avenida Cavallers y su cara de desconcierto me permite saber que he logrado mi objetivo, no se ha dado cuenta, no me ha descubierto.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta cuando voy a bajarme del coche.

—Sal, quiero enseñarte algo —le tiendo la mano para ayudarla a salir y la acerco al portal.

Por fuera es preciosa, una casa blanca de tres pisos de altura con una parcela de jardín considerable. Agradezco que mi madre se haya comportado correctamente por una vez, fue ella quien me ayudó a encontrarla. Dice que su hijo por fin a sentado la cabeza, no ha dejado de alardear de ello desde que se enteró, y ha intentado compensar su presentación con Irene unas trescientas veces.

—Quiero empezar contigo, que dejemos las idas y venidas de tu piso y el mío, y tener el nuestro —la invito a pasar y sé que está flipando en todos los colores posibles.

—Es preciosa —se atreve a comentar, he notado el temblor en sus palabras —no sé qué decir —añade

—Dime que no vas a rechazarme, sabes que no soportaría eso —le sonrío para tranquilizarla.

—Voy a tener que pensarlo —Irene está aquí y su esencia nunca muere.
Pero el beso que me da a continuación demuestra que ya tenemos nuestro
nidito de amor.

Agradecimientos

Siempre he pensado que esta era la parte más difícil a la hora de escribir un libro. ¿A quién realmente debes dar las gracias? Porque encima si te dejas a alguien corres el riesgo de que se sienta ofendido, así que espero que no sea mi caso.

En primer lugar dar las gracias a mi familia, a mis abuelos maternos por mostrarme día a día que el amor es real y duradero, porque no hay historia más cierta que la suya y por ser una gran fuente de inspiración en ese campo; a los paternos, que aunque ya no estén, siguieron ese mismo camino y mi abuela Ana me mostró el camino a la escritura, a no tener miedo a expresar lo que una siente con palabras y a ser una mujer fuerte capaz de todo. A mis padres por permitir que sea quien soy hoy en día y por creer en mis sueños tanto como creo yo y acompañarme en todo el camino a pesar de las veces que haya podido tropezar, por ser, en definitiva, todo un ejemplo para mí. A mi tío Xavi por todo el soporte durante el camino y aguantar todas mis crisis. Y a mis hermanas, no sólo por ser mis lectoras cero, sino por disfrutar de mis fracasos y animarme a no rendirme nunca y luchar por lo que quiero.

Dar las gracias a mis amigas: Carla Cebrián por ser una compañera de las novelas románticas y mostrar todo su entusiasmo a la hora de valorar mi oportunidad; a Ingrid Térmens por apoyarme en todo el camino y preocuparse porque todo saliese como esperaba; y a Carmen Pueyo por mantenerme con los pies en el suelo con optimismo y positividad. Agradezco también la felicidad mostrada por Mariona Benitez, Patricia Vallés, Elena Aragones, Andrea Comella, Laura Girona y Sandra Figueredo cuando les conté mi aventura; una se siente afortunada de saber que tiene gente alrededor que muestra su alegría por ella.

Especial gratitud por Maria Rotger quien ocupó su tiempo en ayudarme a corregir la obra y permitió que tomara una forma más auténtica. Y a Ingrid Térmens por conseguir que la portada transmitiese lo que significa esta novela para mí.

Por último, agradecer profundamente a mi pareja, porque con amor en casa es mucho más sencillo fantasear con historias así. Por ser mi compañero pero sobretodo mi apoyo en todo este camino.

Disculpad, el último agradecimiento es sin duda el más importante, a todos los que estáis leyendo esto, que hacéis que valga la pena contar las historias que tenemos dentro.